

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL



00023305120

LECCIONES  
DE  
HISTORIA ARGENTINA

POR  
LOS ALUMNOS DE 4º AÑO

DE LA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Señoritas Elvira y Ernestina López, Ana Mauthe y María A. Canetti.

Señores Juan C. Jara, Abrahám Mendieta, Sebastian Direnzio  
y Clemente J. Andrada.

**Curso de 1899**

PROFESOR TITULAR: DOCTOR JOAQUIN CASTELLANOS

PROFESOR SUPLENTE: DOCTOR DAVID PEÑA



**BUENOS AIRES**

IMPRESA EUROPEA DE M. A. ROSAS, CALLE MORENO 423

1899



LECCIONES  
DE  
HISTORIA ARGENTINA

POR  
LOS ALUMNOS DE 4º AÑO

DE LA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Señoritas Elvira y Ernestina López, Ana Mauthe y María A. Canetti.

Señores Juan C. Jara, Abrahám Mendieta, Sebastian Direnzio  
y Clemente J. Andrada.

**Curso de 1899**

PROFESOR TITULAR: DOCTOR JOAQUIN CASTELLANOS

PROFESOR SUPLENTE: DOCTOR DAVID PEÑA



BUENOS AIRES

IMPRENTA EUROPEA DE M. A. ROSAS, CALLE MORENO 423

1899

1-4-11

# FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

---

## PROGRAMA

DE

## HISTORIA ARGENTINA

### **BOLILLA 1<sup>a</sup>**

La historia en general—Evolución de las ideas referentes á la Historia—Historiadores antiguos—Herodoto—Edad media: Crónicas—Historiadores modernos—Nuevas tendencias—Distintos conceptos de la Historia—Ejemplo: la historia de Roma, Tácito, Salustio, Suetonio, Montesquieu, Boissier, Beulé, etc.

### **BOLILLA 2<sup>a</sup>**

Historiadores del Rio de la Plata—Juicios y paralelos—Reseña de las obras de Historia desde Schmidel—Historiadores argentinos—Mitre y López: Apreciaciones sobre ámbos—Regla para la crítica histórica—División de la Historia Argentina en seis periodos.

### **BOLILLA 3<sup>a</sup>**

Historia del descubrimiento de América—Reseña de las ideas científicas sobre la tierra desde los antiguos hasta el siglo XV—Estado político de la Europa en el siglo XV—Colón—El descubrimiento de América es la obra de una evolución y no de un hombre—Su importancia general—Destino de América—Otros descubrimientos.

413429

982  
L457

#### **BOLILLA 4<sup>a</sup>**

La América pre-Colombina—Sus razas—Centros civilizados de Méjico, Perú, etc.—Explicaciones y consideraciones acerca de su origen, cultura, gobierno, creencias, etc.—Caracteres generales que las distinguen—Monumentos y obras de arte que los han sobrevivido—El Dorado—Estudios de Americanistas.

#### **BOLILLA 5<sup>a</sup>**

La conquista española—Viajes de españoles y portugueses—Desavenencias de estos países y su influencia á través del tiempo—Cuestiones de límites—Descubrimientos en las costas del Atlántico y Pacífico—Corrientes conquistadoras en el centro y el litoral—América del Norte—Exámen del carácter y tendencias de la conquista española.

#### **BOLILLA 6<sup>a</sup>**

El coloniaje—Autoridades residentes en España y en América—Evolución de la autoridad Real delegada en los conquistadores, adelantados, capitanes generales, etc.—El Cabildo—Su importancia y origen—Opiniones del doctor Del Valle sobre los Cabildos—El comercio de las colonias—El monopolio—Causas y efectos—La vida en las colonias—Tipos de sociabilidad representados en Méjico, Perú, el Plata, etc.—Comparación de la colonización española con la inglesa—Planes modernos—Resultados—Juicio de Demolins.

#### **BOLILLA 7<sup>a</sup>**

Faz religiosa de la conquista—Las misiones jesuíticas—Organización general—Reglamentación minuciosa—Trabajos é influencias de los jesuitas en América—Sus fundaciones—Duración de su acción—Expulsión por Bucarelli—Juicios diversos sobre la obra de los jesuitas en América—Documentos históricos referentes á este periodo.

#### **BOLILLA 8<sup>a</sup>**

Ultimos años de la colonia—Creación del Vireynato—Breves noticias al respecto—Desmembramientos—Reconstrucción—Estado general de las colonias al terminar el siglo XVIII—La sociedad criolla—Su desenvolvimiento intelectual y su carácter—La vida en el interior.

### **BOLILLA 9<sup>a</sup>**

Las invasiones inglesas—Los hechos y su crítica—Papel de Buenos Aires—Significación que tuvo el rechazo de los ingleses para las colonias de América—juicio sobre Liniers—Resultados—Homenajes contemporáneos.

### **BOLILLA 10<sup>a</sup>**

La Revolución de Mayo—Marcha del pensamiento emancipador—Antecedentes y causas que explican el movimiento—Forma en que se produjo—Personalidades que lo dirigieron—Ejecución de Liniers y sus compañeros—Comparación de la revolución argentina con la francesa y norte-americana—Papel de la oratoria en la Revolución de Mayo—El sentido económico en la historia.

### **BOLILLA 11<sup>a</sup>**

Don Mariano Moreno—Su obra—Carácter que la distingue—Su acción en la 1<sup>a</sup> Junta—Su alejamiento del escenario político—Arengas de Moreno—El unitarismo y el federalismo ante la filosofía política—Concepto constitucional.

### **BOLILLA 12<sup>a</sup>**

La Independencia—La 1<sup>a</sup> Junta—Origen de los partidos—Buenos Aires y las demás provincias—La 2<sup>a</sup> Junta—Primeras tentativas de organización nacional—Idea de una Constitución—Separación del Paraguay y sus consecuencias—Historia de la bandera argentina.

### **BOLILLA 13**

Asamblea del año 13—Cláusulas incorporadas á la Constitución actual—El triunvirato—Peligros que amenazan á la revolución—El Estatuto Provincial—Bases constitucionales—El Directorio—Relaciones con Chile.

### **BOLILLA 14<sup>a</sup>**

San Martín—Su esbozo—Su acción en Perú y Chile—Entrevista de Guayaquil—Su muerte—Reimpatriación de sus restos.

**BOLILLA 15<sup>a</sup>**

Antecedentes para la historia naval de la República Argentina—La escuadrilla—Periodo en que actúa—Papel que en ella desempeñan Brown, Bouchard, Blanco Encalada, Espora, Rosales, etc.—Resultados de las acciones navales.

**BOLILLA 16<sup>a</sup>**

El Congreso de 1816—La cuestión capital—Prolegómenos del año XX—Cepeda y Arequito—Los caudillos—Documento histórico de Salta.

**BOLILLA 17<sup>a</sup>**

Datos para la historia de la Constitución Argentina.

**BOLILLA 18<sup>a</sup>**

Don Bernardino Rivadavia—Su obra—Luchas civiles posteriores—Dorrego y Lavalle—Rosas y su época.

---

## LA HISTORIA

(APUNTES DE LA PRIMERA CONFERENCIA DEL DOCTOR J. CASTELLANOS  
TOMADOS POR LA SEÑORITA MARÍA A. CANETTI)

La Historia es una producción del espíritu humano que corresponde á un período avanzado de civilización.

En las obras antiguas se encuentran latentes elementos de historia, pero no la historia misma.

Es ciencia y arte á la vez; y es menos arte y más ciencia á medida que se aleja de la antigüedad. Es más ciencia cuando predomina el espíritu filosófico, y más arte cuando predomina el espíritu poético.

Grecia nos ofrece un ejemplo en sus obras; en Hesiodo y Homero existen vestigios de historia, pero son obras esencialmente poéticas.

Herodoto es considerado como el primero y el mejor de los historiadores novelistas; tiene mucha poesía en el fondo y en la forma. En el fondo porque no se desprende de la fábula, y en la forma porque tiene caracter épico y vestidu-

ras poéticas. Macaulay, dice: « Herodoto nos hace el efecto de un niño encantador ». « No conocemos ningún escritor que atraiga tanto el corazón de sus lectores hacia él y hacia su libro ». « Es un inventor desde el primero hasta el último capítulo ». « Ha escrito un libro de interés sostenido, una epopeya cuyo héroe era la Grecia ». « Y se comprende, agrega más lejos, Herodoto escribía para una nación susceptible, curiosa, activa, con un deseo insaciable de novedades y de excitaciones; para una nación en que las bellas artes habían alcanzado su más alto grado de desenvolvimiento; pero donde la filosofía no había salido de la infancia. »

Así como los poemas de Homero determinaron la forma de las epopeyas subsiguientes, los aplausos tributados al « padre de la historia » llevaron á sus sucesores á imitarlo en la composición, en la forma y en el estilo, y aunque Tucídides es maestro para dar una idea general de los efectos de conjunto, toma de Herodoto la práctica de colocar en su historia discursos de su cosecha propia, discursos que según una comparación feliz, imprimen algo del carácter grotesco de esos paisajes chinos en que repentinamente surge una roca perpendicular de granito en medio de una suave y verde pradera... « *Tucídides ha sobrepasado á todos sus rivales en lo que concierne á la narración histórica y al arte de impresionar la imaginación por la exquisita selección y arreglo de los materiales.* » Pero la narración no es todo. En la historia, dados los hechos, hay que buscar los principios, y el escritor que no explica los fenómenos con la misma perfección que los expone, solo cumple á medias su tarea. Los hechos son tan solo la materia bruta de la historia. Es de la verdad abstracta comprendida y

en ellos y latente, como el oro en la ganga, que derivan su valor y las partículas preciosas se combinan generalmente con la escoria, de tal modo que el separarlas es una obra de dificultad extrema.» (Macaulay). Tucídides tiene reputación de hombre profundo; su libro es digno de un hombre y de un estadista; pero no deja de ser sino la obra de un ateniense del siglo V, á J. C. Jenofonte sigue también la ruta de Herodoto. Hombre de mundo, es suave y culto como su estilo; pero su historia no es más que un conjunto de fábulas compuestas para deducir una moral—cabeza pobre. Unas pocas migajas de moral y algunas de las más sencillas doctrinas de religión natural (recogidas en la enseñanza de Sócrates) fueron bastantes para el honrado joven. Fanático en política es, según Macaulay, digno miembro de la camarilla apostólica.

Polibio, hombre de quicio y experiencia, animado del deseo de instruir, nos ha dejado algunas observaciones sagaces y sensatas. Polibio merece grandes elogios si se le compara con los historiadores de la escuela de Plutarco á la que Macaulay profesa particular aversión. «Estos escritores, dice, hombres que no supieron lo que es tener patria, pusieron de moda una gerigonza ofensiva acerca del patriotismo y del hecho por la libertad. Lo que los puritanos ingleses hicieron con el lenguaje de la cristiandad, lo que hizo Scuderi con el lenguaje del amor, ellos lo hicieron con el lenguaje del espíritu público. Por su exageración habitual lo envilecieron y por su énfasis monótono lo debilitaron.»

Tito Livio, Suetonio y Tácito son en Roma los representantes de esas tendencias señaladas.

Y Tito Livio muestra abundancia de sentimien-

tos atrayentes y espléndidas imágenes. Su narración es vivaz y graciosa. «Su espíritu es un suelo que nunca se cansa, que nunca se fatiga de producir, una fuente que jamás se agota». Todos los méritos y defectos de Tito Livio llevan el sello del carácter de su nación. Era un escritor exclusivamente romano, ciudadano orgulloso de una república que si había perdido la realidad de la libertad, todavía conservaba religiosamente sus formas. Prescinde de las particularidades que desespera de trazar con cierto aparato y se detiene en los pasajes favorables para una descripción, una arenga. Carece de espíritu filosófico (Taine —ensayo sobre Tito Livio). Macaulay dice que no conoce un escritor que haya demostrado mayor indiferencia por la verdad y que no puede encontrarse tampoco una cosa mala mejor ejecutada que su obra.

Suetonio fué un infatigable rebuscador de anécdotas como Tácito mismo cuya indignación sirvió de aguijón á su gran genio para ahondar en el estudio de las acciones, llevando el arte de la pintura de caracteres hasta lo supremo.

Nos hace ver desnudos los personajes y los hechos; pero en vano se le interroga sobre las leyes, las costumbres, las artes, la religión, sobre aquello que constituye el carácter de un pueblo. Sus datos, exactos; pero desgranados é incompletos, no nos hacen comprender el espíritu del gobierno imperial. Con la vista en Roma, ignora las costumbres del Asia y hasta su geografía. Echa de menos la república sin aperebirse de que ella ha perecido irreparablemente bajo sus propias faltas.

En suma: «*El arte era el ídolo perpétuo de los historiadores antiguos.*» (Cantú).

En la decadencia del poder romano solo se ven compiladores y abreviadores.

La posteridad dejó perecer á Tito Livio y á Tácito, mientras conservó á Floro y Eutropo.

A la caída del imperio — «en un silencio profundo como el que sigue en la naturaleza al estallido del rayo» la historia no tuvo voz para narrar el acontecimiento más notable de la antigüedad. La historia se refugió en los claustros. Pero aunque esa posición era favorable para examinar desde las alturas el movimiento de los pueblos, la ignorancia general impedía comprender un cuadro tan variado. He ahí porque ha quedado privada de verdaderos historiadores la época en que el género humano marchó con un paso más atrevido.

El restablecimiento del imperio de Occidente, las cruzadas, la formación de las comunas, no tienen para los mejores de ellos la importancia que se les ha reconocido después. Los cronistas nos abandonan en medio de una oscuridad completa—Cuando se apartan del tono de la crónica, caen en la oscuridad de la historia clásica—Los narradores vienen á ser así más dignos de estudio y de interés que las narraciones. Se advierte en los más viejos el vago temor de la tempestad que se prepara. Después del siglo XV asoma la luz de la esperanza con que saludan una nueva era. Los primeros historiadores europeos imitan á los clásicos en la forma y en cuanto al fondo ni sospechan la parte íntima de la historia, única verdaderamente instructiva.

Maquiavelo fué el primero que aplicó su pensamiento á buscar causas lejanas de los acontecimientos—Creó una obra sin modelo, en la cual un estilo de una *desnudez*

enérgica como la de los Atletas (Cantú) le sirvió para grabar su pensamiento con tanta facilidad como profundidad. Introdujo la discusión en la historia y tendió á reducir á una teoría filosófica la série de los hechos. Es seguido en esta vía por Comines y Guicciardini; pero éstos ponen de relieve un personaje ó acontecimiento dejando en la sombra la muchedumbre anónima.

Comienza propiamente la historia filosófica en el siglo XVIII. Predominan la abstracción y las fórmulas. La historia se pone al servicio de la idea revolucionaria. Voltaire hace un ensayo sobre las costumbres. La revolución política trae como consecuencia revolución en las ideas y nace la *Filosofía de la Historia*. Victor Cousin, después de haber estudiado todas las historias, de haber investigado todos los hechos, se pregunta si allí concluyen todas sus necesidades. «No me queda nada más que indagar sobre la humanidad y sobre el mundo? Habeis hecho correr ante mi vista el río del pasado; me habeis dado á conocer los países que cruza, las riberas que ha devorado en su curso, las tempestades que han agitado sus olas, en una palabra, la historia de su corriente rápida, á mí que debo ser ahogado en ella. De qué naturaleza es el movimiento que lo arrastra y el fin á que tiende? Por qué su curso es ora apacible, ora borrascoso? No hay alguna regla que explique sus irregularidades? No están sus movimientos sujetos á leyes? No hay algo que dé razón de su existencia misma? He aquí lo que quiero saber, lo que importa que yo sepa, porque de lo contrario no sé nada y no veo por todos lados más que acontecimientos insignificantes y el juego caprichoso de un destino incierto».

Cuando se consideran en sus principios y elementos constitutivos, los sistemas de filosofía de la historia, se reducen á tres grandes escuelas: la de Bossuet, la de Vico y la de Herder. La primera es la escuela providencial nacida del cristianismo que le dió su base. Las doctrinas de la caída y de la redención, del origen del mal en el mundo, de la acción constante de la Providencia Divina sin menoscabo del libre albedrío humano, explican la historia.

Vico, en su famosa Ciencia Nueva, somete todos los acontecimientos á las leyes del pensamiento humano; los hechos son para él la expresión material de una idea innata en nuestra inteligencia. Partiendo de una idea metafísica de la justicia, cuyo origen encuentra en la naturaleza espiritual del hombre y cuyas aplicaciones sigue en el derecho histórico, dice que los hechos se desenvuelven en relaciones más ó menos directas con una ley á la cual está subordinado el mundo de las naciones: Las edades de idolatría, de barbarie, de legislación, ó sea, los tiempos místicos, heróicos é históricos, trazan un círculo fatal que las naciones recorren inevitablemente.

Herder, aunque oscuro y á veces declamador, es de un alto valor. Su error es que petrifica la historia, subordinando los destinos de la humanidad á la naturaleza exterior, y haciendo del mundo la representación de no se sabe qué Dios—naturaleza.

Los tres sistemas históricos conducen al fatalismo desconociendo el libre albedrío. Pero si estos autores pueden ser objetados en cuanto á la veracidad de sus conclusiones, marcan, no hay duda, rumbos filosóficos á la historia, le insinúa á que indique las *causas* y llegue á las consecuencias.

Thierry, Guisot, Thiers, Huxley y Macaulay han escrito obras importantísimas, como son las Historias de Inglaterra, de la Revolución, etc.; pero en estos últimos tiempos se ha hecho una obra filosófico-científica-evolución, iniciada por Taine en Francia.

Los hombres de ciencia de esta época, parten de esta base: que el hombre no es más que un producto del suelo y no un ser distinto, de modo que hoy la historia estudia, al hombre influenciado por el medio y los otros seres. En consecuencia, queda constatado que recibiendo el hombre sus elementos orgánicos del elemento que lo rodea, no es más que un producto de ellos.

Con este concepto científico de la historia, se encamina casi á convertirse en Historia Natural. Los historiadores antiguos daban mayor importancia á las batallas. La historia en el concepto moderno dá más importancia al estudio del hombre influenciado por el medio ambiente, por la herencia, la educación, el estado social y su acción sobre el mismo. La cuestión de raza se mezcla á la cuestión de medio.

Macaulay, á la vez que atiende á los acontecimientos exteriores, estudia la sociedad en sus caracteres íntimos.

Inglaterra es un tablero en que nos presenta la vida pública y la privada.

Taine dá preferencia á los acontecimientos de orden puramente externo, dá poca importancia á la cronología y estudia más bien la vida de la sociedad, haciendo su autopsia y buscando las causas que han determinado las catástrofes.

Hay que defenderse, sin embargo, de las exageraciones de los sistemas. Lo prudente es tomar del objeto conocido lo que esté más en consonancia con las conquistas de la ciencia y es el método que nos proponemos adoptar y seguir.

---

## HISTORIADORES AMERICANOS Y ARGENTINOS

2ª CONFERENCIA DEL DR. CASTELLANOS

(APUNTES ORDENADOS POR LA SEÑORITA CANETTI)

Los lineamientos contenidos en la conferencia anterior, tienen su conformación en lo que se relaciona con nuestro país. Las primeras manifestaciones son simples crónicas; tienen bastante carácter fabuloso. Las posteriores se acercan más al concepto científico.

El primer historiador fué Welderico Smichdel que escribió la historia de la conquista cuando vino con Mendoza, y aunque tiene errores cronológicos, deficiente la forma y mucho detalle, es precioso desde el punto de vista de la veracidad. Ha sido traducida á varias lenguas, hasta el latín.

Schimidel, un alemán que estuvo cautivo bajo los tupies, escribió un libro titulado «Mi Cautiverio» y descripciones de los indígenas. Alvar Nuñez Cabeza de Vaca después de su desgraciada expedición al Río de la Plata, escribió sus comentarios, en que por cierto, las condiciones que hacen á la historia, no existen.

Ruíz Díaz de Guzmán tiene cualidades estimables como historiador, pero afeadas por las parcialidades para con su familia.

El poema de Barco de Centenera, fría como obra histórica, llena de fantasía y de fábulas, solo tiene mérito por ser la primera obra literaria escrita en el Río de la Plata: se llama «La Argentina».

El padre Lozano escribió sin imparcialidad; pero su método en la descripción es más uniforme y apropiado.

Nuestro primer historiador Nacional fué el célebre Dean Fúnes, que escribió la obra histórica que lo recomendó á la posteridad. Fué publicada en 1817 y comprende desde el descubrimiento del Río de la Plata por Solís, hasta el Congreso de Tucumán.

Esta obra llamó la atención de los hombres científicos, tanto del país como extranjeros, entre los cuales la hizo conocer Rivadavia que en aquella época estaba en París. El estilo es claro, con cierto colorido clásico, obedeciendo á la escuela literaria que predominaba en tiempo del autor; la narración de los hechos es reputada como fiel; las fuentes en que se ha inspirado el historiador argentino, para estudiar la conquista y colonización, son las que más comunemente sirven para seguir los sucesos de esa época. Ha recojido el Dean Fúnes muchos episodios, narrándolos con animación y colorido, como el drama del Fuerte Santi Spiritu, y la Salvación de la Maldonada, condenada al suplicio de ser devorada por las fieras atada á un árbol y salvada por una leona, y, en algunas ocasiones, se hace eco, candorosamente, de la superstición de los cronistas á quienes sigue, como al ocuparse del Indio Oberá de que habla Centenera.

En cuanto á la Revolución de Mayo, el Dean fué testigo y actor, de manera que su testimonio refleja las ideas y pasiones del autor combinadas con la naturaleza de los hechos que estudia.

El Dean Fúnes es el decano de los historiadores argentinos y la alta moralidad de su vida pública es un título que recomienda la rectitud de sus juicios y sus instrucciones, como escritor.

Más compendiada que el «Ensayo Histórico» aún cuando de más extensión cronológica, es la «Historia Argentina del señor Domínguez, que alcanza hasta el año 20. Esta obra participa de los caracteres del texto escolar y al mismo tiempo reviste las condiciones de un libro de miras trascendentales, con cierta tendencia á estudiar la faz filosófica de los sucesos. Es obra de literato por el estilo.

A pesar de las agitaciones políticas que han impedido el florecimiento de la historia de Mitre, López y Estrada producen obras de real mérito.

Mitre, según Uriarte, en sus obras de Belgrano y San Martín, abraza un vasto y profundo estudio de la revolución é Independencia Argentina, como también de las luchas orgánicas que originariamente agitaron al país para constituirse bajo la forma de gobierno que nos rige. Estos libros, que en un principio debieron ser biográficos, han salvado los límites de las obras de este género para construir *un monumento literario* sobre cuya base se mueven personajes y desarrollan sucesos, que si bien absorven al protagonista, sirven para iluminar el escenario y acentuar la fisonomía de la época que describe».

Historiador erudito, literato por temperamento nos ofrece los sucesos narrados en formas poéticas, hace el efecto de estar leyendo un poema, de tal modo anima los acontecimientos y mueve al entusiasmo.

Se identifica con los personajes á tal punto que penetra sus más recónditos pensamientos y no se sabe si admirar

más al protagonista ó al historiador. Con la visión propia del genio, halla la explicación de todo suceso que por cualquier razón ha quedado envuelto en el misterio; pero no como Tito Livio inventando sinó deduciendo de lo conocido lo desconocido «*la actitud de San Martín le basta para saber lo que en la entrevista de Guayaquil se dijeron los dos colosos de América*».

Podrá no ser una historia perfecta en el concepto que hoy se tiene de la historia y seguramente el historiador no ha pretendido hacer una historia, puesto que eligió la Biografía de Belgrano y San Martín; pero sin quererlo le dió las proporciones de tal; quiso cortar el vuelo de sus facultades; pero éstas lo vencieron y he ahí que su historia es un monumento digno, elevado á la memoria del pueblo de Mayo, y coloca á su autor al lado de los más notables historiadores».

El Dr. López ha estudiado la historia argentina bajo un punto de vista nuevo, dramatizando los acontecimientos.

La «Historia del año 20 y la revolución argentina» es la obra maestra del Dr. López.

«El momento histórico elegido «época climatérica de las transformaciones argentinas» como dice el Dr. López, es importantísimo, porque constituye el nudo dramático de la revolución de Mayo.

«El estilo animado de esta obra, la descripción de las cosas y de los personajes, reproducen en la imaginación del lector la época que estudia el historiador. La historia narrada por el Dr. López tiene movimiento y vida; el estudio de los detalles, sin descuidar las causas generales ni la apreciación filosófica de los sucesos, ilumina todos los aspectos del cuadro histórico; y el retrato de los hombres que

en él se destacan, permite al lector seguir todos sus movimientos, apreciar todas las peculiaridades del carácter individual y hasta le parece oírlos hablar». (Uriarte).

La historia de López se acerca al género científico; pero debiera el historiador haberse desprendido de las pasiones nacidas del propio medio en que ha actuado.

Ha sido actor principal en los acontecimientos y éstos le obligaron á ser sostenedor de las ideas unitarias.

Tal vez en López se violentan los acontecimientos históricos, es porque tiene ideas preconcebidas.

Por lo demás es profundo, su obra es científica en el fondo y poética en la forma. Recuerda su autor á Tucídides, Thierry y Macaulay que es, para el Dr. López, el genio de la historia entre los modernos.

«Ocupa también un puesto entre los historiadores argentinos D. José M. Estrada. Las lecciones publicadas en la «Revista Argentina» lo acreditan como hombre de saber, versadísimo en la historia nacional y de alto criterio para juzgar su desenvolvimiento y el vínculo que une á los hechos con sus causas generales generadoras. El señor Estrada prescinde, por lo regular, del detalle, complaciéndose en abarcar con su mirada los vastos horizontes en que se destacan los grandiosos acontecimientos de la historia.

«Armonizando su estilo con esta manera de encarnar los sucesos, llega á veces, hasta lo sublime, y en algunos casos se convierte en ampuloso, debido tal vez á la circunstancia de haber sido dictadas estas lecciones desde la cátedra donde puede campear el tono oratorio, en que descuella el autor». (Uriarte).

Terminaré esta breve reseña con un nombre que ocupa entre los historiadores argentinos un lugar distinguido; y si

bien su obra de historia no reviste las proporciones de las de Mitre y Lopez, por el método, no es inferior.

Es el historiador de las vistas generales ó de conjunto; examina los acontecimientos desde lo alto y extiende su mirada abarcándolos en un cuadro inmenso, cuadro lleno de proporción y de armonía. Y une á la facilidad prodigiosa de la generalización, la profundidad del concepto; penetra á las causas y deduce las consecuencias con la exactitud que le presta su vastísima erudición. Me refiero al señor Clemente J. Fregeiro.

Aunque joven, la República Argentina tiene historiadores que le hacen honor y que gozan del privilegio de haber echado las bases para el cultivo del género histórico.

Cuando entregado el pueblo argentino á las tareas pacíficas, haya serenado su espíritu conmovido por las contiendas civiles, sus hijos, teniendo sobre su mesa de estudio las obras de sus padres, levantarán la obra histórica de esta hermosa, pero desgraciada tierra.

El Dr. Peña ha dicho: Algunos de los libros de historia encargados de guiarnos en el sendero, siempre oscuro, de nuestra vida intelectual, no están exentos de pasiones; de las propias que emergen de los caracteres ó cuestiones ó períodos turbulentos que el autor estudia y de que tan llenos están los anales de la República. Conviene darse cuenta entonces que aquellos combates han pasado y que nosotros, generaciones libres y sanas, debemos descender al campo de la acción sin prejuicios. Recojamos los muertos de uno y otro bando con unción piadosa, ya que por nosotros lucharon; y á través de los despojos, busquemos tan

solo, únicamente, la verdad. La verdad histórica no es de fácil conquista, pero es menos difícil si nos acostumbramos á escuchar á apologistas y detractores con aquella imperturbable serenidad de espíritu que un crítico señala como la más sobresaliente cualidad en Shakespeare.

El Dr. Peña ha explicado la división de la Historia Argentina en los siguientes períodos: Descubrimiento.—Conquista.—Colonización.—Revolución.—Independencia.—Organización.

---

## APUNTES

### SOBRE LOS ANTECEDENTES DE LA IDEA COLOMBINA

¿Quién es Colón ante la posteridad?

¿Simple aventurero que va de puerta en puerta, de corte en corte, con un legajo de papeles debajo del brazo y una intuición en el alma? Un personaje á lo Juana de Arco, ignorante pero sincero, que tuvo el sueño antes que la realidad, la ilusión antes que el hecho, con el raro privilegio de la adivinación? Estaba su talla fundida en el molde platoniano cuyo genio poético «sembrára mundos para recoger ideas»?

Algo de todas esas personalidades casi mitológicas há-le reconocido la posteridad.

La crítica histórica, tan fisiológica en el día, ha despejado el campo que abraza la personalidad intelectual del genovés; y ora afirmando que su gloria es de quilates tan bajos como la de Guillermo Tell ó Rolando, ora parangonándola con la gloria de Cristo, no ha agotado aún tema tan vasto. Según los últimos, Colón sería el primer peldaño descendente en el trono altísimo donde se sienta el Salvador del mundo. No faltan otros que, buscando al hom-

bre de genio en lo absoluto, pretenda reducir la talla de Colón al nivel común, afirmando que «su brillo es reflejado como el de los planetas tanto más resplandecientes cuanto más próximos al sol en cuya luz se envuelven á igual de esa Venus ínfima que deslumbra nuestra ignorancia más que las estrellas de primera magnitud...»(1) Hombres cuya sabiduría no necesita recargar las tintas para atraer é imponerse, tales como Alejandro de Humbold han estudiado á Colón con un ámplio criterio conservándole al fin la gloria de que disfruta. Humbold analiza el caudal científico del marino, compara sus ideas anteriores, descubre su génesis y las modificaciones á que Colón las sometió...y hasta el sentimiento de la naturaleza que han hecho de Colón un poeta inspirado á la vez que un genio revelador.

Creemos atinado que en un trabajo que aspira á tener alguna utilidad, deban dejarse de lado tanto el lirismo puramente glorificador, como los virulentos dieterios, y abordar el asunto á la luz de los datos consignados por la historia. Si del consiguiente análisis nada quedare al marino como original, ¿deberemos juzgar su gloria como injusta y ficticia? Pensamos que no, pues de lo contrario, despreciaríamos con igual razón todas las grandes figuras históricas, ya se llamen Newton, Cristo, Napoleón, etc. y la humanidad se quedaría sin ellas, lo que creemos poco menos que imposible: el pedestal no está bien sin la estatua, que completa la obra, la embellece y nos educa.

Si nos fuera permitido juzgar de la obra antes de haberla analizado, diríamos que el descubrimiento del Nuevo Mundo no es sino el resultado lógico de una lenta evolución

(1) P. Groussac. (Génesis del Heroe)

hacia la conquista de la Tierra, efectuada por el hombre desde el día en que, aislado en medio de las selvas, nada conocía más allá del horizonte de su vista, hasta el momento en que merced á una serie de pensamientos y de trabajos amontonados por los siglos, corre al Océano y le arrebató el secreto de la «hija postrera del tiempo destinada á celebrar las bodas del futuro en sus campos de eterna primavera».

No de otro modo, —como lo tiene demostrado la ciencia —la materia radiante y difusa en soles se condensa, se enfría y se torna vivificadora de organismos. Los grandes pensamientos no son patrimonio exclusivo de un hombre sino de las generaciones; éstas elaboran lentamente y, en épocas precisas oportunas, encarnan la materia difusa de las ideas en sus Verbos reveladores: Cristo viene después de grandes profetas; Alejandro, Demóstenes, Aristóteles, Cicerón, Virgilio, Cesar, etc., son altas cumbres de las civilizaciones griega y romana; el genio del primer renacimiento es el Dante; Colón le sigue en el orden del tiempo.

Tratemos de seguir la evolución de esa materia difusa hasta la hora misma designada en el reloj de la eternidad para la aparición de aquel; é investigando con brevedad el ambiente de su época, veamos por qué es Italia la que dá el Verbo, y como éste condensa la antigüedad y la edad media (en materia geográfica) «reuniendo en su frente dos crepúsculos: el vespertino de la teocracia que huye, y el matutino de la ciencia que alborea». Si lo consiguiéramos, quedaría compensado el esfuerzo.

### Cosmogonía

Abarcando el conjunto de lo creado, creyó la antigüedad oír el concierto de los mundos infinitos y leer en la luz y movimiento de los astros el porvenir y destino del humano espíritu. Careciendo de instrumentos precisos que les permitieran escudriñar la inmensidad del espacio y engañados por los sentidos, se imaginaban la Tierra plana é inmóvil, de límites desconocidos y sostenida por columnas que se pierden en el abismo; encima de la Tierra—y separada de ella por la región de la luz—la bóveda celeste, sólida y movable en que estaban clavadas las estrellas. Tal se figuraron el universo los arios y los hebreos. (1)

Los egipcios, maestros de la antigüedad, afirmaron la redondez y movimiento de la Tierra. (2)

Thales introduce esta idea en Grecia, enseñándose en las escuelas Jónica y Pitagórica. Eudoxio de Cízica, Aristóteles, Eratóstenes, Hiparco, Posidonio y tantos otros, la desarrollan y aclaran; pasando á Roma con sus maestros, la encontramos en Cicerón: el «Sueño de Escipión» no es sino un compendio de esta teoría; el número VII de ese bello capítulo de «República», contiene su sistema del mundo, que en sustancia es idéntico al de Aristóteles.

Siendo este último y Ptolomeo los que, al decir del sábio A. de Humbold, ejercieron mayor influencia en la mente

(1) El extiende los cielos como una còrtina, tiéndelos como una tienda para morar. (Isaías, cap. XL, v. 22), etc.

(2) Uno de sus sistemas presenta el universo como un triángulo que tiene sesenta mundos en los lados y tres en los ángulos, moviéndose todos uniformemente; en el centro del triángulo está el campo de la verdad, la inmutable y misteriosa eternidad, de cuyo seno brota el tiempo que se distribuye entre los mundos.

del marino genovés, citaremos con mas detenimiento sus ideas respecto del universo aquí, las geográficas después.

El universo, dice más ó menos el Stagirita, es una esfera que se mueve eternamente; tiene dos puntos opuestos que se llaman polos; la línea que une á éstos se llama diámetro del mundo. En el centro de este diámetro y del mundo está la tierra, fija é inmóvil, envuelta por la esfera del aire: arriba, en la parte más alta se vé el cielo, formado del éter, la sustancia más sutil del universo. . . .

Ptolomeo dice también que la tierra es esférica, fija en el espacio, envuelta por las esferas del aire y del fuego. La esfera sólida del cielo gira con todas las estrellas en torno de la tierra en 24 horas; los siete planetas desde la Luna á Saturno—entre el sol y la tierra—describen sus órbitas en tiempos que él fija. Encima de todas las esferas existe un primer motor que pone en movimiento toda la máquina de Oriente á Occidente.

La fijeza de la tierra es una idea común á toda la antigüedad. No obstante, Timeo, entre otros, decía que no debía suponerse la tierra inmóvil, sino dando vuelta sobre sí misma, y animada, además, de un movimiento de traslación por el espacio. Aristarco de Samos (300 A de C) enseñaba que el sol permanece inmóvil y que la tierra se mueve en torno suyo, describiendo una curva circular cuyo centro ocupa aquél astro.

*Edad Media:*—El sistema de Ptolomeo pasó á la Edad Media, pero con la caída de Roma se hunde también la ciencia. Los últimos vagidos de la antigüedad moribunda, las postreras oleadas de luz lanzadas por aquella civilización brillante, se confunden con las primeras oleadas de esas sombras que durante diez siglos adormecerán el humano espíritu.

¡Destellos de un sol poniente ahogados por las sombras de la noche! Ya el génio de la elocuencia no se elevará á los cielos para encontrar allí las leyes físicas que rigen el concierto de los mundos, como en los brillantes momentos de Grecia y Roma ó como en los de Copérnico y Newton que vienen á la hora de la resurrección; se mira hacia arriba para contemplar á Dios que les dice en sueños pensamientos sublimes pero demasiado abstractos para fundar el método que ha de descubrir la forma y movimiento de planetas como el nuestro. La Escritura no consigna la esfericidad de la tierra; al contrario, dice que es plana, de ahí que San Agustín, la más alta expresión científica de la Teología, niegue tácitamente la teoría egipcia del sabio milecio. Así, pues, al romper con el paganismo, los doctores rechazan toda doctrina en pugna con el texto de la Escritura; para Lactancio es una mala broma la doctrina de los antípodas. . . y si queremos caracterizar el pensamiento cristiano de la Edad Media en estos asuntos cosmográficos, debemos recordar aquí al prototipo del saber astronómico del siglo VI: nos referimos al monge viajero Cosmas. Rechazando la teoría de los antípodas y haciendo á la tierra plana, explica la forma del mundo comparándolo con el arca santa, y la causa de la sucesión de los días y las noches se debe según él, á la interposición de una gran montaña tras la que desaparece el sol todas las tardes (!)

Si después de estas consideraciones, agregamos que toda la ciencia sobreviviente á la destrucción del imperio romano, fué á refugiarse en los monasterios, se comprenderá fácilmente cuán grande sería la ignorancia de la Edad Media, y también cuán lenta sería la evolución restauradora de la antigüedad.

Pero, á la par de la cosmografía, hay otra ciencia, la geografía, ciencia que conoció Colón, ya por estudio teórico, ya prácticamente, ó bien escuchando el rumor tradicional.

### Geografía

No es nuestro propósito discurrir acerca de los conocimientos geográficos del hombre pre-histórico, ni los del comienzo de la época siguiente, puesto que no tienen relación con nuestro asunto. Señalar las múltiples analogías que existen entre las tradiciones de razas ya extintas, sobre grandes cataclismos, diluvios, hundimientos, etc., es tema de otra clase de estudios. Tampoco intentaremos seguir, paso á paso, la evolución geográfica, merced á la cual reina el hombre en casi toda la tierra. Bástenos decir que hasta el siglo VI, ántes de nuestra era, cada sistema geográfico tenía por centro el territorio de cada pueblo, con relaciones vagas ó fabulosas, acerca de sus vecinos: el sistema de Moisés tiene por centro la Palestina; para los egipcios, está en el Nilo; Homero lo lleva á Grecia. Su mapa-mundi es el de un gran disco, rodeado completamente por el río Océano, de riberas desconocidas. En el centro de este disco está el Egeo, de allí irradia los conocimientos geográficos á los cuatro vientos. La Troada, Yolcos, el Ponto, le son familiares; pero más allá solo conoce de oídas: apenas si menciona el Egipto, los Fenicios é Italia vagamente, y allá en los confines de la Tierra donde el sol, «salido del bello lago del Oriente para alumbrará los dioses y á los hombres» va á sumergirse en las tinieblas para terminar su curso «por debajo de la Tierra» —coloca la Cymeria, pálida comarca de los muertos envuelta en tristes brumas, donde los fantasmas,

parecidos á los murciélagos, acuden en tropel á llenar y calentar sus venas, pues el poeta coloca tambien allí la entrada de los Campos Eliseos, donde se goza para siempre de una dulce vida. (1)

Nos admiramos de que en esa época, en que ya los fenicios habían dominado con sus naves casi toda la cuenca del Mediterráneo, los griegos, sus vecinos, fueran tan ignorantes en esta materia. Pero observaremos á propósito que después de la egemonía griega, y en plena civilización, Virgilio hace correr el Nilo por la India, (2) para Plinio la Escandinavia es una isla, Strabón discute si la Italia es un cuadrado ó un triángulo y cree que el Caspio une sus aguas al Océano Septentrional aunque ya Herodoto había dicho que era un gran lago y los ejércitos de Pompeyo lo habían dado vuelta (3). En la época de Ptolomeo el norte de Europa sigue siendo el reino de las Tinieblas habitado por los Cymerios. Y quizá continuara siéndolo si un cymerio M. Behaim y otro, Copérnico, no defendieran su país de los muertos amantes de las tinieblas, dibujando nuevas tierras y enseñando que el sol alumbrá á todos y gobierna el mundo!

Significará esto que los antiguos tuvieran idea y conocimiento muy limitados de la Tierra y no sospecharan otros países habitados ó habitables? No, por cierto. Sócrates y Platón profesaban la idea de Thales; y como consecuencia de ella, nos enseña el último el mito sobre la Atlántida,

(1) Odisea, citada por H. Taine: (El Arte en Grecia)—V. de S. Martin, (Historia de la Geog.)—El país de los cymerios se ha llamado «región ó reino de las Tinieblas»; corresponde á la Europa N. y O.

(2) Georg. IV—v. 293.

(3) C. Cantú.

grande isla cuadrada suficientemente conocida por él para darnos datos sobre sus producciones, culto, etc. Mansión de los justos, era esta isla hermosa y santa; habitaron en ella las divinidades y después los humanos, quienes llevaron por todas partes la civilización. Pero con el tiempo se corrompió y entonces Júpiter desató los vientos, sacudió la tierra... y la isla fué sumergida en una noche (1).

Aristóteles profesando la idea de la redondez de la tierra, dice que la zona templada, única habitable, está oprimida en su anchura por la zona polar de un lado y por la tropical del otro, ambas habitables. La zona templada dá la vuelta á la tierra y estaría habitada en toda su extensión si el mar no interrumpiese la continuidad de las tierras. «No parece que las partes de la zona templada situadas más allá de la India por un lado, y de las columnas de Hércules por otro, se junta de manera que formen un todo continuo de tierra habitada» ...

«Sin embargo, dice en otro pasaje, algunos autores asientan que el espacio ocupado por el mar (en la parte opuesta á nuestro hemisferio) entre las columnas de Hércules y las regiones orientales de la India, no deben ser de grande extensión fundándose en este hecho: que en las extremida-

(1) Coincide en esto con los recientes trabajos de los geólogos modernos y con la teoría del continente austral sumergido: «Brasseur Bourbourg sostiene que la cuna de la civilización sería el occidente y no el oriente como se cree; que de América siguió el camino á Atlántida, el movimiento civilizador de que dan testimonio sus monumentos, y que estos monumentos son los que explican ó han de explicar de una manera distinta los de los Egipcios, como las lenguas clásicas y los mitos universales; y no solo esto, sino las revelaciones geológicas del globo y sus grandes cataclismos olvidados ó desconocidos antes y después del diluvio, encontrándose consiguado todo ello en los geroglíficos mexicanos y los símbolos guatemaltecos.—(Arqueología Americana, Mitre, La Biblioteca, entrega 1ª, pág 35.)

des de la monitonia y en las de la India se crián igualmente elefantes.»

«La idea de que en un cuerpo de mediano volumen (dice V. de Saint Martin) tal como se representaba el globo terrestre, la parte desconocida de la zona templada de nuestro hemisferio debía ocupar una extensión relativamente poco considerable, entre los confines orientales de la India y la costa occidental de la Mauritania. Esta idea no es original de Aristóteles, puesto que él la atribuye «á los hombres más hábiles en las cosas geográficas» pero él la autorizó consignándola en sus escritos, se abrió paso entre los antiguos por la autoridad de su nombre, reapareció de época en época en las obras más autorizadas, y reforzada con los errores que Ptolomeo introdujo en el mapa del mundo, llegó al través de la E. M. hasta Cristóbal Colón.»

«Sábese, dice Eratóstenes, que la zona templada volviendo sobre sí misma, forma enteramente el círculo, de suerte que si la extensión del mar Atlántico no opusiera obstáculos, podríamos ir por mar desde la Iberia hasta la India, siguiendo siempre el mismo paralelo.» «La circunferencia de la zona templada es próximamente de 200.000 estadios de los cuales ocupan más de una tercera parte las partes conocidas de la tierra habitada desde la India hasta la Iberia.»

Strabon piensa de idéntico modo, y antes que éste Posidonio había dicho que la India estaba «á la vista de la Galia».

La universal reputación de saber de que gozaba este último, hizo que Ptolomeo lo siguiera en sus cálculos astronómicos equivocados, dando al ecúmeno (mundo conocido)  $180^{\circ}$  — ( $50^{\circ}$  más de lo que le daban Eratóstenes y Stra-

bon). Según estos, la zona del mundo conocido equivale á las dos séptimas partes de la circunferencia de la Tierra; según Ptolomeo á la mitad. Así, desde las Canarias á Tina (al S. O. de Malaca) extremos del mundo conocido entonces, calcula los 180°, quedando en los 180 restantes la parte desconocida de Asia —que se suponía mucho más dilatada de lo que es realmente —y más allá el Océano que la separaba de la parte occidental de Europa.

El sabio Alejandro de Humboldt hace notar (1) la capital influencia que este error ejerció en la mente de Colón.

Además, los antiguos creían que en este mar inexplorado existían diseminadas muchas partes insulares, cuyos habitantes serían los antípodas de los europeos. Cicerón, en el capítulo ya citado expresa esta idea:

« Entonces el Africano: Veo—dijo—que estás contemplando aún la patria y la morada de los hombres: si ella te parece tan pequeña como lo es, mira estas cosas celestes y aquellas humanas desprecia . . . »

« Veo que ocupan en la tierra estrechos y raros espacios, hallándose interpuestas vastas soledades entre esas casi pequeñas manchas donde viven y los que habitan la tierra no solo están separados de modo que entre ellos ninguna comunicación es posible, sino que parte se halla distante de vosotros en el sentido de la latitud, parte en el de la longitud y parte también os ofrece una posición completamente opuesta (antípodas); y de ellos ninguna gloria podéis esperar por cierto! » (2)

Así la civilización romana tiene también sus profetas; los

(1) Examen crít., tit. 1.

(2) El Sueño de Escipión, núm. IX (trad. de Y. Tarnassi—Buenos Aires, 1897.

que llegados á la cumbre, contemplan desde allí el Universo. Con sus horizontes sin fin y bajo un sol radiante, pasan la última palabra, dan el aviso á la humanidad del porvenir. Cicerón, Virgilio, entre otros llegaron allá arriba. En la égloga IV, Virgilio tiene versos que parecen visiones proféticas del héroe, de su odisea en el mar, de la nueva tierra surgiendo de entre las olas:

Quien surque habrá los mares encrespados,  
Y aún ose en tabla débil engolfarse;

.....  
De otro Tifis la diestra vigilancia  
En otra Argos será que á Colcos lleve  
Otros héroes también cuya constancia  
A la par de los dioses los eleve.

.....  
..... Mira el raudo viento,  
La inmensa tierra, el piélagos profundo  
Mira en sus ejes conmoveerse al mundo. (1)

Séneca, con no menor y sublime inspiración profética, anuncia las exploraciones del Océano y la aparición de nuevos mundos en la soledad del espacio:

Venien annis secula seris  
Quibus Oceanus vincula rerum  
Laxet et ingens pateat tellus  
Thetysque novos detegat orbés,  
Nec sit terris ultima Tule. (2)

(1) Trad. de F. M. Hidalgo—Madrid, 1879.

(2) «Tiempo vendrá en el curso de los siglos en que el Océano cortará los lazos con que aprisiona al mundo, la tierra inmensa se abrirá para todos, el mar pondrá de manifiesto nuevos mundos y Tula no será ya la última región de la Tierra.»

Si la índole de este trabajo nos permitiera ir más allá en el análisis, llegaríamos á demostrar que los antiguos, sobre todo los griegos, constituyeron la ciencia geográfica y realizaron su unidad, ya experimentalmente, ya por sus bellos presentimientos. Conocieron gran parte del Asia, el N. del Africa y el S. y O. de Europa, llegando hasta Islandia; tuvieron idea exacta de la forma de la tierra y en la determinación de su volumen hicieron grandes progresos. Pero al occidente no conocen nada cierto, colocando en el mar tenebroso la Atlántida, la Hesperia y haciendo de ellas, una mansión de felicidad—mitología poética que ha hecho decir á Plinio: «La fábula vagabunda trasladó este nombre (Atlántida ó Hesperia) á cien lugares diferentes».

Los predicadores del Evangelio llegaron pronto á las extremidades de la tierra: pero ellos no se ocupaban de geografía y cosmografía; y cuando lo hacen (sobre todo de la última), dan el resultado de Cosma.

Los árabes, grandes viajeros y astrónomos, fueron los que *conservaron* la ciencia antigua y á ellos debemos el que haya llegado á nosotros.

Cesar Cantú en su Historia Universal (1) incerta por vía de aclaraciones una serie de extractos, relaciones y tradiciones respecto de los viajes y correrías de los normandos en los mares del N. y O. que tienen tal parecido con la verdad geográfica é histórica, que sorprenden y á veces desencantan á quien deseara dar la primacía del descubrimiento de América al marino genoves. En el cuerpo de la obra dice cómo en 861 los normandos

(1) C. Cantú, Hist. Universal, Vol. 4, lib. XIV, pág. 655; Aclars 932 y siguientes.

descubren las Feroé é Islandía después. Gund-Bior descubre á Groenlandia; Erico Rauda la coloniza en 982. Se pretende que Leif descubrió las tierras del San Lorenzo (paralelo 49); las relaciones hablan del tiempo que permanece el sol en el horizonte, del lago donde nace aquel gran río, etc., etc. A este país llamaron Vinland y á los naturales pigmeos. «Las relaciones de estos viajes, dice el historiador, respiran un aire tal de verdad, que no se pueden reputar racionalmente».

Los hermanos Zeno (1380) recorrieron todas las tierras descubiertas por los escandinavos y trazaron un mapa de ellas. Nicolas Zeno halló en Groenlandia un convento de frailes dominicos con los cuales iban á traficar los pueblos del norte. En dicho mapa colocan á mil millas de Feroé, dos costas. Estottitlan y Droceo y un pueblo más civilizado. Un barco pescador de Feroé, arrastrado hacia el occidente, arribó á Estottitlan, donde encontraron una ciudad, que tenía su rey, biblioteca, y un intérprete que sabía el latín; correspondería á Terranova; Droceo á Nueva Inglaterra y Nueva Escocia y el país más civilizado á Méjico. Todos estos descubrimientos, que han ejercitado la erudición de los sabios, anticiparían el descubrimiento de América, pero no fueron conocidos en Europa».

#### **Siglo XV—Renacimiento—Italia—Colon**

La Europa despierta por fin de su largo sueño de la Edad Media y sigue su camino de progreso; viene la Edad Moderna. Se nos ocurre aquí una comparación, que no es nueva seguramente: Tras noche oscura de estío, agitada por el vendaval furioso que obliga al recogimiento,

aparece en el oriente la suave y grandiosa aurora á cuyos resplandores van poco á poco diseñándose las creaciones de la naturaleza y del hombre marchitas por el hielo del invierno y cubiertas por el polvo del viento y del derrumbe. Tras la noche de la Edad Media, intensa sombra velada aún más por el fuego devastador de la barbarie, por la luz solitaria del castillo feudal, por la inmensa pira en cuya cima arde la conciencia libre—va surgiendo lentamente esa inmensa luz del saber antiguo. Dante, estrella matutina de ese espléndido día que se llama el Renacimiento; Petrarca, P. de la Mirándola, Kempis, Donatello, y cien más, van indicando el camino por donde ha de llegar el espíritu humano á una transformación profunda por la cual las artes se hacen cosmopolistas, se universaliza la ciencia, la Tierra se completa, la razón se emancipa.

El siglo décimoquinto, dice Castelar, es la Pascua de la Resurrección tras el Viernes santo de la Edad Media.

El feudalismo teocrático implantado en el siglo décimo cae derribado por la virtud del trabajo. Los reyes, auxiliados por la pólvora que atraviesa la cota del señor y derriba las piedras del castillo, destruyen los viejos privilegios; la brújula viene á burlar el espacio, la imprenta vence al tiempo y para escudriñar los abismos cerúleos, aparece el telescopio que trastorna la astronomía alejandrina; la conciencia necesitaba independizarse, renovarse la fé en esta edad de renovación universal; y á cumplir este misterio viene Sabonarolo, y después Lutero. La naturaleza necesitaba renovarse y apareció Colón (1).

Hé ahí una razón de la época.

(1) Castelar—Hist. del desc. de América.

Si comparais en el siglo XV á Italia con las otras naciones de Europa, dice Taine, la encontrareis más sabia ó más rica, ó más culta, ó más capaz de embellecer su vida, esto es, más apta para gustar y producir. En la guerra de las dos rosas, después de la batalla, se matan los niños indefensos, y hasta 1550 no fué Inglaterra más que un país de rústicos cazadores, agricultores y soldados. En Alemania, los nobles son ignorantes, el emperador carece de autoridad; reina el derecho del puño. Bajo Carlos VII los lobos entran en las casas de París....

En suma, en toda la Europa es casi feudal el régimen al comenzar el siglo XVI, y los hombres como los animales feroces y fuertes, no piensan más que en comer, beber y batirse. Por el contrario, Italia es un país casi moderno. Los burgueses reinan tranquilamente. Son comerciantes, banqueros y ganan el dinero para gastarlo entre las gentes de talento; reducen la guerra á simulacros, cuando se matan es por descuido. La diplomacia reemplazó á la fuerza. (1) . . . . .

(1) Taine. (Philosophia de l'art.)

CLEMENTE J. ANDRADA.

---

## DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

Después que los orientales hubieron desarrollado su civilización, cayeron en la apatía y en la inacción como si una anemia social se hubiera apoderado del cerebro de aquellos pueblos y hubieran tenido necesidad de buscar en el reposo y el sueño la salud perdida.

Duermen siglos y siglos sin dar mayores señales de vida.

Por su parte, el Occidente preocupado en la formación, desenvolvimiento y caída de los imperios, no se digna siquiera preguntar qué es de los «padres de la civilización». Parece que la *Puerta de los pueblos* se hubiera cerrado con siete llaves y en un cofre hubieran sido arrojadas al mar.

Pero los pueblos, como los hombres, sufren decepciones y cuando éstas se presentan y hacen al presente abrumador, busca su espíritu un refugio en el pasado, padre pródigo en dones, alivio del presente, promesa del futuro.

El Occidente vuelve por fin sus ojos hacia el Oriente y desde el siglo XIII hasta el XVII hacen los pueblos esfuerzos titánicos para ir al Asia y se produce un movimiento profundo en todo el Occidente. La Europa ente-

ra se deja llevar paso á paso por este movimiento nacido, primero, de una excitación religiosa que dió por fruto acrisolar más este sentimiento; excitación que más tarde es sustituida por excitaciones de otro orden: las especies y las sedas sustituirán al ideal del cruzado. Empieza así la época de los grandes descubrimientos. Para comprender este movimiento, tenemos que darnos cuenta del estado de los pueblos. A primera vista, tratándose de ensanchar los conocimientos de la superficie terrestre, debieran haberse dirigido los esfuerzos desde el centro intelectual de Europa en todas las direcciones de la brújula; sin embargo, no fué así. En esto influyeron la forma y situación relativa de las regiones más importantes del mundo antiguo y de las preocupaciones que la escasez de conocimientos hacían nacer; la forma, y dirección del Mediterráneo y de las altas mesetas y cordilleras del Asia, que sin interrupción se extienden como el Mediterráneo de Este á Oeste. En toda la dilatada zona que va desde las Columnas de Hércules hasta las costas de la China, habíanse elevado varios pueblos que habían llegado á un alto grado de cultura, los de la mitad occidental de esta zona que llamamos la parte europea, habían encontrado un centro común y espacioso para su actividad y comercio en el Mediterráneo, mientras los pueblos de la parte oriental, ó sea asiática, carecían de centro común y tenían que luchar con mayores dificultades para comunicarse entre sí.

Al Sur de esta región se extendía por la parte occidental, el desierto africano formando una barrera infranqueable á la dilatación de la población y cuya soledad letal había hecho creer que la zona tórrida era inhabitable para el hombre, mientras que en la parte oriental, el Océano In-

dico, inconmensurable é indomable, detenía ó aniquilaba á todo el que osado quisiera buscar otra orilla.

Del mismo modo en el Norte de la zona un país frío, áspero é inhospitalario oponía á la extensión de la población un obstáculo porque la región Norte con sus noches interminables era para los antiguos *la región misteriosa de las tinieblas*. Desde luego, los pueblos debían dirigir sus miradas al Este ú Oeste, al Este, sobre todo, donde existía una región dilatadísima de donde venían productos preciosos cuya procedencia era desconocida y alrededor de sus productores la fantasía había bordado fábulas y leyendas y así aunque el Occidente tenía más importancia por su cultura, el Oriente lo era por su misterio y de aquí que cuando con motivo de las cruzadas se abrió de nuevo la *Puerta de los pueblos*, fuera el Oriente de Asia, sobre todo, el aguijón que movía á emprender expediciones lejanas; el oro y la riqueza ha sido siempre el *gran factor*, al que se deben la mayor parte de los cambios, sino todos, que ha sufrido la humanidad en las distintas épocas de la historia.

Ir á la India! región misteriosa sin límites, era el sueño dorado de todos los aventureros y más tarde cuando se generalizó el movimiento, de todos los pueblos. Es el Cipangu (tierra del Oriente) descrita por Marco Polo que golpea la imaginación de los aventureros descubridores de tierras en tiempo de Cristobal Colón.

Italia, y de esta Venecia, tuvo más relación con el extremo Oriente por su posición estratégica en el centro del Mediterráneo, emporio del comercio hasta el siglo XV, pero la dificultad que ofrecía la navegación, no permitió á los pueblos extenderse rápidamente y en pos de la edad media, la edad de las tinieblas como la llaman, aunque en

sus tinieblas se maduraron aquellas semillas del saber que con el tiempo habían de brotar en nuevas y espléndidas formas de civilización, la sociedad llegó á ser más favorable á la ciencia geográfica y el arte de la navegación llegó á tales adelantos que en pocos siglos será casi perfecto y el océano dejará de ser el enemigo terco y tenaz, casi invencible de los hombres.

El cálculo más exacto del tiempo y sobre todo el descubrimiento de la polaridad de la aguja magnética contribuyeron mucho á desarrollar los conocimientos geográficos. En lugar de deslizarse tímidamente por la costa ó de ceñir sus navegaciones al estrecho círculo de un mar interior, el viajero pudo ya desplegar atrevidamente sus velas en el Océano seguro de que tenía una guía á su disposición que dirigía su bajel, con tino inerrable, al través de la inmensa soledad. La conciencia de este poder encaminó el pensamiento á otra dirección y el marino empezó á buscar seriamente otra vía á las islas perfumadas de los mares indios de donde se traían las especerías, distinto del que seguían las caravanas orientales que tenían que atravesar todo el continente asiático.

En Europa, en lugar de los imperios de dimensiones colosales gobernado por manos férreas, multitud de estados, naciones independientes se entregaban á las tareas de la organización y empezaban á sentirse los impulsos naturales á los hombres libres, lanzándose al mar en busca de novedad y riquezas.

Pero las luchas por la organización traen siempre una crisis económica en los pueblos y he ahí que la crisis por un lado y el adelanto en los medios náuticos por otro, impulsaran á los hombres á buscar una nueva ruta comercial

y los mismos venecianos pasan las columnas de Hércules para surcar el océano Atlántico, monstruoso, bramador, infranqueable.

Las naciones á quienes tocaba naturalmente el espíritu emprendedor en esta crisis, eran España y Portugal, colocadas por decirlo así, en los puestos avanzados del continente europeo y dominando el gran teatro de los descubrimientos futuros. Ambos países conocieron los deberes de su nueva posición.

La corona de Portugal hizo constantes esfuerzos en todo el siglo XV para descubrir un pasaje al oceano Indico, rodeando la extremidad meridional del Africa; aunque tan tímida era la navegación, que cada nuevo cabo se convertía en una barrera formidable, y no fué sino á fines del siglo cuando el atrevido Díaz dió enteramente la vuelta al cabo de las Tormentas como él le llamó; pero que una feliz predicción de Juan II hizo llamar de la Esperanza. Pero antes de que Vasco de Gama se hubiese aprovechado de este descubrimiento para desplegar sus velas hacia los mares de las Indias, España entró en su gloriosa carrera y envió á Colón al Occidente.

Pero Colón no presentía quizás que fueran ciertos los sueños del poeta Séneca en su Medea cuando decía:

. . . . . «Quibus Oceanus  
Vincula rerum lascet, et ingens  
Pateat tellus, Typhis que Novos  
Detegat Orbes»

pero sí que la tierra era redonda y que yendo por el Oeste se podría llegar á las Indias Orientales.

No esperaba encontrarse con un continente al paso, y no es por lo tanto infundada la opinión de los que dicen

que la América se descubrió á Colón y que después de varios viajes permaneció en el error de haber llegado á las Indias, muriendo en esa creencia. Sea lo que quiera, el nombre del marino genovés quedará unido á esta tierra mientras exista el mundo, pues no bastarán ni los epítetos de «aventurero feliz», «ignorante afortunado» para disminuir un ápice la consideración que la humanidad tiene por su obra. Y si fué ignorante, fué hombre de genio por su intuición, su carácter y fortaleza, por su constancia inimitable: la América es su premio.

Su acción científica fracasó por que no era hombre de ciencia y halló la América por hallazgo sin que esto importe un reproche dirigido con el propósito de eclipsar su gloria.

No es fácil comprender en la época actual el impulso que dió á Europa el descubrimiento de América. No fué la adquisición gradual de un territorio limítrofe, de una provincia, de un reino. Lo que se alcanzó, fué un mundo nuevo que abrió de repente sus puertas al europeo. Las razas animales, los tesoros minerales, las formas del mundo vegetal y los aspectos variados de la naturaleza, el hombre en fin, en las diferentes facetas de la civilización, llenaron el ánimo de una multitud de ideas nuevas que cambiaron el curso de la corriente arbitral del pensamiento y lo estimularon á conjeturas indefinidas.

La América estaba destinada á la vez que á complementar el mundo físico, á complementar y restablecer el equilibrio general en el momento mismo en que vacilaba en sus cimientos, pues la Europa había perdido su equilibrio político, mecánico y moral. No existía una sola nación coherente y sus agrupaciones inorgánicas eran compuestos

heterogéneos de razas y particularismos antagónicos basados en las conquistas y servidumbre que la fuerza ataba y desataba.

Las fuentes productoras estaban casi agotadas, su porvenir era un problema sombrío.—La América se ofrecía pues para la salvación del mundo europeo!

El descubrimiento de América, desde el punto de vista geográfico, trastornó todos los conocimientos de los europeos. Por lo tanto al centro de gravedad de la ciencia antigua perdido, era necesario darle otro apoyo: crear una nueva ciencia geográfica y aunque no se despreciaron los conocimientos anteriores, se destruyeron muchos errores, se resolvieron algunos problemas y se plantearon otros.

Se comprobaron varias hipótesis: la de la redondez de la tierra, la de la existencia de los antípodas; pero como se comprende, el factor científico es secundario—el móvil es el económico.

Colón, marcó el momento en que debía descubrirse el campo á la curiosidad de los aventureros y abriendo el mar, lanzaba la civilización europea á las playas hermosas de América la Atlántida, soñada.

Este movimiento puede compararse con el que presidió las conquistas de Alejandro. Se trataba de ir al Oriente pero antes por el Este y ahora por el Oeste.

Colón ofreció á la civilización europea pueblos desconocidos cuya cultura mediaba entre la barbarie absoluta y la mayor civilización; como en otro tiempo Alejandro ofreciera el oriente á la civilización griega para que se extendiera.

En el siglo XVI dos potencias, España y Portugal, se disputan los mares. Si la gloria del mayor número de

descubrimientos pertenece á España, á Portugal pertenece la gloria de dar el primer impulso. Situados en la costa Occidental de la península ibérica y sobre el Atlántico, los portugueses como los fenicios de la antigüedad contaban con la bonanza del mar, y no abrigaban el temor y la desconfianza de otros pueblos.

Sus expediciones no fueron otra cosa que la continuación de la cruzada contra los musulmanes y la idea religiosa los arrastró á la costa de Africa. Los establecimientos sobre las costas de Ceuta llamaron la atención, y el infante don Enrique sintió pasión por estudiar geografía y se estableció en la extremidad de Portugal, cerca del cabo de San Vicente en Lagres para contemplar las olas más allá de las cuales sus ojos habrían querido contemplar lo desconocido.

Estableció un colegio de náutica y de allí salieron las expediciones.

Descubren la isla Madera (1417), el cabo Bojador (1433), el golfo de Guinea y pasaron el Ecuador en 1471.

En 1484 llegaron con Díaz al Cabo, como ya he dicho —y Vasco de Gama llega al Indostan; Cabral en 1500, descubre el Brasil, y los portugueses se establecen fundando sus factorías que con el tiempo florecerán.

La España, por su parte, no cesó desde 1492, fecha del descubrimiento de América, de enviar expediciones, y en 1515 se descubre el Río de la Plata por Solís, en 1520 el estrecho de Magallanes, dándose en este mismo año la vuelta al mundo, hecho que comprueba la exactitud de la afirmación de Colón; y queda así inaugurado el período de la colonización moderna.

Las consecuencias inmediatas de estos descubrimientos

marítimos son: abrir el comercio al mundo dándole un impulso extraordinario y una expansión á los pñeblos europeos.

A Lisboa, convertida en el más grande mercado europeo, afluían los metales del Japón, las especies de las Molucas, la seda, los productos de la industria y de la agricultura china, arroz y la madera de Indo China, las aromas y telas de la India, los géneros del Asia Central, las perlas recogidas á lo largo del golfo Pérsico, el marfil, polvo de oro y goma de Arabia.

La España no buscaba más que el oro y la plata que cambiaban la naturaleza de la riqueza.

La afluencia de oro equilibraba la afluencia de mercaderías. El oro encontraba su empleo de modo que sin que rerlo Portugal y España se complementaban.

Las notas comerciales se encontraron cambiadas. El Mediterráneo cesó de ser la única vía mercantil de Asia; Venecia, Génova y Alejandría palidecieron.

Después de la apertura del Canal de Suez reflorecen.

De la comunidad de intereses nace la rivalidad y ésta será trasladada á la América cuyos resultados se palpan hasta el siglo XIX.

Pero Inglaterra y Francia miran recelosas en los momentos de tregua que les deja la guerra recíproca, los movimientos de estos dos pueblos, y cinco años después del descubrimiento del Nuevo Mundo, los ingleses y los franceses lanzan á sus marinos al mar y llegan á las costas orientales de la América del Norte: se establece así el equilibrio en los dos continentes.

Inglaterra y Francia, se hallan frente á frente de España y Portugal.

«El ansia de explorar los secretos maravillosos del nuevo

hemisferio, llegó á ser tan activa, que las ciudades principales de España casi llegaron á despoblarse á medida que los emigrados se acumulaban á la orilla del mar para ir á probar fortuna. Lo mismo sucedió en Inglaterra, tanto que el monarca había prohibido la salida al extranjero.

«Era para los primeros, sobre todo, un mundo de ilusiones novelescas el que se abría, porque cualquiera que fuese la suerte del aventurero, lo que contaba al volver tenía un colorido tan novelesco que estimulaba más y más la ardiente imaginación de sus compatriotas y daba pasto á los sentimientos quiméricos de un siglo de caballería andante y era grande el interés con que se escuchaban cuentos de las amazonas que parecían realizar las leyendas clásicas de la antigüedad, historias de gigantes Patagones y brillantes pinturas del Dorado, donde la arena se componía de piedras preciosas y donde se sacaban de los ríos, con redes de pescar, piedras de oro tan grandes como huevos.

«Pero estos aventureros no eran impostores, sinó víctimas de su credulidad y de su imaginación, como lo prueba el carácter estafalario de sus empresas y sus expediciones en busca de la mágica fuente de la salud, del templo de oro del Doboyle, de los sepulcros de oro de Zenu; porque siempre el oro flotando ante su vista extraviada y el nombre de *Castilla* de oro á la región más mala y pobre del Istmo, presentaba esperanzas brillantes al infeliz emigrado que con demasiada frecuencia encontraba en vez de oro un sepulcro.

«En esta región encantada, todos los accesorios contribuían á mantener la ilusión.

«Los sencillos naturales con sus cuerpos indefensos y sus groseras armas, no podían hacer frente al guerrero euro-

peo, cubierto de hierro de la cabeza á los piés. La desproporción entre los combatientes era tan grande como aquella de que nos hablan los libros de Caballería, en que la lanza de un buen guerrero derribaba centenares de enemigos á cada bote. Los peligros que rodeaban al aventurero y los padecimientos que tenía que sufrir, apenas eran inferiores á los que acosaban al caballero andante. El hambre, la sed, el cansancio, las emanaciones mortíferas de los terrenos pantanosos con sus innumerables enjambres de venenosos insectos, el frío de las montañas, el sol calcinador de los trópicos; tales eran los enemigos del caballero que venía á buscar fortuna al nuevo mundo.

«Era la realidad de la novela. La vida del aventurero español constituía un capítulo de los más extraordinarios en las crónicas de la caballería andante.

«El carácter del guerrero se revestía en cierto modo del colorido exagerado que se atribuía á sus hazañas. Orgulloso y vano, inflamado por las pomposas esperanzas de su porvenir y con una invencible confianza en sus propios recursos, ningún peligro podía descorazonarlo, así como ningún trabajo lo podía detener. Al contrario, cuanto mayor era el peligro, mayores eran sus encantos; porque se deleitaba en obrar impelido por grandes estímulos y la empresa sin riesgos carecía de la espuela novelesca indispensable para despertar su energía. Pero en los motivos que tenía para obrar, se mezclaban de una manera extraña las influencias mezquinas con las aspiraciones más nobles; lo temporal con lo espiritual. El oro era el estímulo y la recompensa y al correr tras él su naturaleza inflexible, pocas veces vacilaba ante los medios. Su valor estaba mancillado por la crueldad, crueldad que por extraño

que parezca, dependía tanto de su avaricia como de su religión; es decir, como se entendía en aquel siglo la religión del cruzado. Era el manto cómodo que cubría una multitud de pecados, que se los ocultaba á sí mismo.

«El castellano demasiado orgulloso para ser hipócrita, cometió más crueldades en nombre de la religión que las que cometieron jamás los paganos idólatras.

El guerrear á un infiel era un sacrificio grato al cielo y la conversión de los que sobrevivían, compensaba ámpliamente los pecados más imperdonables.

Tristey humillante consideración es que el espíritu más feroz de intolerancia, el del inquisidor en lo doméstico y el del cruzado en cuanto á lo exterior, haya emanado de la religión que predicaba paz en la tierra y amor entre todos los hombres.

¡Qué contraste presentan estos hijos del medio día de la Europa con la raza Anglo-sajona que se derramó por la gran división del Norte del hemisferio Occidental!

El principio de acción en estos hombres no era la avaricia, ni el pretexto del proselitismo, sinó la independencia religiosa y política. Para asegurar estos beneficios, se contentaban con ganar el pan de cada día á fuerza de privaciones y de trabajos.

Nada pedían al suelo que no fuese el interés legítimo de este trabajo. No había para ellos visiones doradas que cubriesen su carrera con un velo engañoso y que los impulsase á caminar á través de mares de sangre para arrojar una inocente dinastía.

Quedaban satisfechos con el progreso lento, pero constante de su sistema social. Sufrían con paciencia las privaciones de la soledad, regando el árbol de la libertad con sus lágrimas y con el sudor de su frente, hasta que echó hon-

das raíces en la tierra y encumbró sus ramas hasta las nubes; mientras que las sociedades del continente vecino, brotando repentinamente en todo el esplendor de la vejetación de los trópicos, manifestaron, aún en sus principios, los indudables síntomas de la decadencia.

Parece una coincidencia que el descubrimiento de las dos grandes divisiones del hemisferio Americano tocase en suerte á las dos razas que más elementos tenían para conquistarlas y colonizarlas. Así la sección Norte fué señalada á la raza anglo-sajona cuyos hábitos de orden y de trabajo encontraban un vasto campo en que desarrollarse bajo un cielo más frío y en un suelo menos feraz, mientras que la parte del Sud, con sus ricas producciones tropicales y sus terrenos de riqueza mineral, ofrecían el premio seductor para estimular las facultades emprendedoras del español.

¡Cuan diferente hubiera podido ser el resultado si la nave de Colón hubiera inclinado su rumbo más al norte! como él pensó durante algún tiempo y hubiese desembarcado su puñado de aventureros en las playas de lo que es hoy la América protestante!

A impulso del espíritu de empresas marítimas que agitaba á todas las naciones europeas, se exploró hasta la extensión del inmenso continente en menos de 30 años desde el Salvador hasta la Tierra del Fuego; y el Pacífico, ya descubierto por Balboa en 1513 se había puesto en comunicación con el Atlántico por la expedición de Magallanes.

Ya los grandes imperios de Méjico y del Perú habían caído bajo la espada de Cortés y Pizarro y lo que es hoy nuestro territorio, ya había oído resonar el clarín de los guerreros europeos.

MARÍA A. CANETTI.

---

## CARACTER DE LA CONQUISTA

Vamos á tratar de estudiar de una manera general y sintética el carácter de la conquista en el Río de la Plata, con el propósito de investigar cual ha sido su influencia en nuestra vida nacional, en el carácter de nuestro pueblo y en los hechos más borrascosos de nuestra sociabilidad y de nuestra historia.

Trataremos de determinar también cómo ha llegado hasta nosotros su influencia causando las malas tendencias que se han infiltrado en todo nuestro organismo social.

Consignaremos igualmente en forma de consecuencia cómo en sus grandes anhelos patrióticos la noble y generosa estirpe de nuestros próceres, nuestros ilustres Constituyentes, no olvidaron establecer entre sus más sábias previsiones aquella última disposición consagrada en el preámbulo de nuestra Constitución, en la que se establece que las puertas de la patria se abrirían de par en par, para recibir en su fecundo y hospitalario seno á todos los hombres del mundo que quisieran habitar el suelo Argentino.

Paréceme que con ella se proponían nuestros constitu-

yentes, entre otros fines, oponer la más inexpugnable muralla y el más eficaz reactivo, á este grave mal anárquico, que nos trajo la conquista, con el que han contaminado gran parte de los hechos de nuestra historia, dejando males crónicos en nuestra sociedad, que solo la acción lenta del tiempo y la influencia saludable de la inmigración, irán desvaneciendo gradualmente, hasta su total extirpación.

Para penetrar el espíritu de la conquista y darnos clara cuenta de su carácter, es necesario investigar la índole del pueblo conquistador: es decir, debemos primero determinar el carácter del agente y luego reflejar el cuadro de su acción.

Había en la sociedad española ciertos elementos peculiares, que señalaron su rumbo á la conquista de América.

La España de aquella época se hallaba templada por su espíritu y sus costumbres en el diapasón de la guerra, que le dieron aptitudes para ser una nación conquistadora pero no colonizadora.

La guerra contra los Moros fué la que principalmente determinó el carácter guerrero del pueblo español, por su larga duración de setecientos años. Fué una guerra de raza y de religión. Ella marcó no solo el carácter guerrero, sino también el religioso del pueblo español.

El pueblo estaba incapacitado para el trabajo por diversas causas: 1º Por los principios absolutistas que absorbían la riqueza pública; 2º Porque el pueblo estaba universalmente contagiado por el ocio de los campamentos militares y el amor al botín de las batallas.

Estas dos causas, una de las cuales esterilizaba el trabajo, al paso que la otra bastardeaba el instinto de adqui-

rir, estas dos causas digo, desarrollaron la avaricia militar, el anhelo de poseer y enriquecerse por derecho de conquista.

En estos antecedentes está la clave de la conquista y de la colonización de América.

Durante el reinado de los reyes católicos se inició el descubrimiento y conquista de la América. Durante el reinado de Carlos V, comenzó el verdadero prestigio exterior de la nacionalidad española. Fué entonces cuando la España se convirtió en un campamento militar y fué completamente domeñada por la espada de este guerrero. Con este absoluto dominio del militarismo, se entronizó también el despotismo; pues sabemos que la libertad huye de las naciones cuando estas se convierten en campamentos militares.

Aquella sociedad guerrera no se preocupaba mayormente de los estudios y abandonaba por completo la educación popular.

España vivía de la superstición y de la guerra, fuerzas corrosivas que aniquilan las sociedades. En el Quijote está descripta la rivalidad existente en España, entre las armas y las letras.

La sociedad española de esta época, estaba completamente sometida á la voluutad omnipotente del Emperador.

El despotismo monárquico y la superstición religiosa, repito, dominaban la sociedad española de aquella época. Como puede verse en uno de los escritores más representativos y en su intérprete mas profundo—Calderón,—cuando dice en una de sus obras mas celebradas, «El Alcalde de Zalamea:» — «Al rey, la hacienda y la vida se ha de dar;

pero el honor es patrimonio del alma, y el alma sola es de Dios.» Con lo que se confirma lo que antes expresaba.

Todas las doctrinas políticas y económicas de la época tendían al acrecentamiento del poder monárquico. Impuestos y comercio, guerra y legislación, todo era amoldado á los intereses del trono y á sus bastardas ambiciones. Aquel pueblo decae porque su organización política no reparaba en el culto de la personalidad, robustecida por la educación, la industria y el trabajo, que son las fuentes más fecundas, para el engrandecimiento de los pueblos. Ciegos los ojos por la ignorancia, abrumada por la superstición: he ahí la España de la conquista. La educación guerrera del pueblo español y el espíritu de conquista de que se hallaba poseído, abrió el camino á la usurpación de que fué teatro el Río de la Plata.

Había ciertas modalidades propias en la sociedad española de aquella época, que también influyeron en el espíritu de la conquista de América.

Hemos dicho ya que la invasión de los Moros en España había determinado la índole religiosa y guerrera del pueblo español. Rebullía aun vigorosamente en sus venas, el espíritu aventurero y caballeresco de la Edad Media incorporado en el organismo de la sociedad europea por la invasión de los bárbaros, aunque ya algo reprimido por la presión absorbente del Emperador.

Las doctrinas políticas y económicas entónces imperantes en España, hacían refluir en el trono toda la savia de la nación; y su sometimiento al despotismo imperial, su indolencia en el cultivo del espíritu y su falta de actividad para el trabajo, fueron las principales causales de su decadencia y casi diría de su ruina.

El lucro y la ansiedad de apropiarse las riquezas del Nuevo Mundo, fueron el objetivo de los descubrimientos, de la conquista y de la colonización.

Esos fines anidaban en el espíritu de Hernan Cortés, de Francisco Pizarro, de don Pedro de Mendoza: estaban en una palabra, en la tendencia universal de los aventureros; al extremo de que, sin oro fácilmente adquirido, no había paladines para la conquista ni la colonización de América. Este espíritu se tradujo bien pronto en tributos, impuestos y monopolio á favor de Sevilla, de Cádiz y del comercio de la península para refluir por último en las arcas de la corona. El punto de mira de la conquista estaba en la riqueza, su nervio era la avaricia. Hay ciertas diferencias entre los conquistadores de Méjico, del Perú y los del Rio de la Plata. Los conquistadores de Méjico y del Perú, eran los últimos retoños de la vitalidad caballeresca de España. Hay grandeza en la conquista de Méjico y del Perú; porque es admirable y heróico llegar con un puñado de bravos á las costas de un imperio fuerte, poderoso y civilizado, quemar las naves y lanzarse á la guerra hasta someterlos. Los conquistadores del Plata eran, al contrario, un vivo producto de la corrupción imperial. Personificaban los primeros un estado de virilidad social y los segundos un estado patológico.

Para nadie es un misterio que el desarrollo económico, es el resultado y causa de expansiones populares, que constituyen á los hombres en inmigrantes y colonos. Al principio los peregrinos de Norte-América buscaron en un suelo vírgen, templo para la libertad á fin de abrigarse contra las persecuciones de su país y de su siglo; pero el interés económico fué el supremo atractivo de los que vi-

nieron más tarde á traerles compañía en la tierra prometida. El espíritu vicioso de la conquista no estaba allí.

Bastan las reflexiones precedentes para hacernos cargo del espíritu de la conquista. Oficial ó aventurera, ella sometía los pueblos que fundara á la esclavitud y la inspiraba en sus afanes, la avaricia y la rapacidad, cerrando sus ojos á la miseria y sus oídos al clamor de los indígenas. No tenían corazón los aventureros para compadecerse de la expresión de su llanto.

Dos son las formas que distinguen y caracterizan el espíritu de la conquista en el Plata: una oficial que termina con Mendoza y la otra aventurera que comienza con Irala.

No obstante que la conquista traía un carácter oficial, hubo sin embargo, gobiernos formales: el Adelantazgo en su forma típica. Esta institución así como sirvió para estimular la reconquista de las fronteras españolas, sirvió también para fomentar los descubrimientos en esta parte del mundo. Los aventureros aspiraban á él halagados por la perspectiva del poder al mismo tiempo que de la riqueza: Mendoza fué el primer adelantado del Río de la Plata. Fué traído á estas playas por las fábulas del Rey Blanco, personificación fantástica de la opulencia de estas regiones.

Recibiéronles cordialmente los salvajes, apresuráronse á darle en prenda de amistad cuanto en sus medios podían disponer.

La guerra fué provocada por los españoles insensatamente irritados el primer día en que escasearon los víveres, que debían hasta entonces á la generosidad de una raza, que venían á oprimir y exterminar. Por inferior que fuera Mendoza á su ministerio, encarnaba al fin la

legalidad, sinó el acierto; y su autoridad moral producía cierta unidad y cierto orden en la acción común; conteniendo este fermento de pasiones egoistas y anárquicas, que estallaron poco después y que entonces se oía ya como un vago rumor, precursor de la tormenta próxima á estallar. Irala ya no representaba la conquista regular en nombre de una bandera y en provecho de la nacionalidad. Con él y sus sucesores, la ávaricia desencantada de sus quimeras, trataba de resarcirse con espantosas crueldades. Llevándolo todo á sangre y fuego, se encontraron frente á frente, con razas varoniles, que preferían la muerte á la sumisión, y que les disputaron, palmo á palmo, la victoria; pero que al fin, fueron vencidas por la superioridad de las armas de los conquistadores, resignándose desde entonces á vivir en la esclavitud, á sacar oro de las minas, á regar con el sudor de su frente y á fecundar con el rocío de sus lágrimas, el suelo que les usurpaban, para satisfacer su codicia. La nueva faz de la conquista es fijada por esta nueva faz del espíritu conquistador.

La aventura se hace personal, tumultuosa, desesperada y bárbara. Extermina y cautiva: arrastra niños y ancianos, los doblega bajo la pesadumbre de una labor á toda fuerza y los vende por millares, en los mercados del Brasil. Los resortes de que se valieron para adelantar la conquista, fueron idénticos en toda la América: la violencia, la esclavitud y el exterminio, ejecutados con perseverante barbarie, á nombre de la civilización, que es armonía y á nombre del cristianismo, que es amor. Millares de indios esclavizados sacrificados en los combates, testifican con sus lágrimas y su sangre, el tono de aquella epopeya de la fuerza; y la llamo epopeya, porque había grandeza en la resistencia heroica y

en el martirio sublime de los bárbaros, sucumbiendo ante que entregar á crueles manos enemigas, el suelo en que sus padres reposaban.

Pero este no era el único principio disolvente que gangrenaba la conquista. Una vez otorgado á los aventureros el derecho de elegir sus mandatarios, en todos los casos de acefalía, se encontraba amenazada por un triple conflicto: 1.º Los aventureros tenían sus candidatos, que una vez en el poder, responderían á sus intereses y pasiones. Estas esperanzas fueron muchas veces defraudadas por el rey, que vendía á un advenedizo cualquiera el Adelantazgo, por un puñado de oro y que fué ocasión de muchos disturbios en esta parte de América. 2.º Otra fuente de disturbios encontramos en las ambiciones de mando, que dió motivo á la rivalidad de aquellos que aspiraban al gobierno supremo. 3.º Otra causa de discordias fué la ocasionada por los conflictos que se suscitaban entre los conquistadores del Río de la Plata, de Méjico y del Perú, al disputar cierto predominio territorial. Un punto de apoyo encontraban todas estas turbulencias en los cabildos, depositarios de la justicia ordinaria y de la administración municipal. Generalmente infieles á su misión, legalizaban la victoria, daban formas regulares á los resultados de la violencia y estimulaban por consiguiente la anarquía, ya fuese que proviniera de una resistencia popular á las hechuras del trono, ya de los celos acrimoniosos, que ponían la espada fratricida en manos de rivales.

Esto no basta para caracterizar la conquista; ella presenta también otra modalidad, la enemistad entre las autoridades superiores del Perú, de Chile y del Río de la Plata: rivalidad personal entre los mismos caudillos, cuya turbulen-

cias orgánica, determina á sus directores respectivos á enviarlos donde nuevos rencores é intereses pudieran distraerlos.

Se desprende claramente de las reflexiones anteriores el peligro permanente que amenazaba los intereses de la conquista. Hasta el suelo temblaba bajo los disturbios ocasionados por las ambiciones de los conquistadores, y lo que escapara entero del brazo del salvaje, amenazaba derrumbarse por corrupción interior.

La conquista fué desde los primeros tiempos anarquizadora y agresiva; pero la discordia sobrevenida después, debilitó la unidad de intereses y propósitos, enervando la fuerza comun. Los papeles se trocaron. La agresión estuvo entonces de parte de los bárbaros y cayeron una por una las ciudades fundadas como escalones de la conquista. En todo pueblo la cuestión económica es vital y especialmente en una colonización cuyo objetivo era la riqueza del conquistador y cuyo resorte era la codicia personal.

Jamás ha mirado la Europa á la América, sinó con ojos de mercader. El defecto de los medios de satisfacer estas pasiones forzosamente vencidas si se hallaban desalojadas del poder, fué la causa de la anarquía, tanto en el litoral como en el interior. Digo forzosamente porque la avaricia conquistadora, conocía todos los caminos de desarrollo menos uno: el trabajo, es decir el único legítimo. Otro hecho característico de la conquista es el plantamiento de las Encomiendas que fué obra de Irala. Este hecho social, fué un resorte de gobierno de que se valió Irala. Como hecho histórico tiene el mérito de haber salvado la conquista. Como institución política, deprimió una raza y

alejó al indio de la comunión civilizada. Como principio económico adulteró la propiedad, corrompió las bases del trabajo y nos legó una llaga social.

Tal es á grandes rasgos, el carácter general del cuadro, que nos presenta la conquista en el Río de la Plata.

De todo esto podemos inferir que la sociedad Argentina se fundaba sobre una absoluta y múltiple negación de la libertad.

Los gérmenes de nuestra sociedad y de nuestra historia encierran un innumerable dolor. No hubo sobre la cuna de la patria ternuras ni cantares de amor. Sus primeros balbuceos fueron de amargos lamentos. Engendrada por una nación enfermiza y moribunda, hay un acento doloroso en su primer gemido, y quien sabe si el mismo despotismo de los conquistadores, no haya infiltrado las aspiraciones robustas y saludables de la democracia en pueblos que, como los americanos, nacieron envueltos en el sudario. El cuadro de nuestra infancia social es desolador. Los reyes quisieron oro y exterminaron medio continente para adquirirlo.

JUAN C. JARA.

Buenos Aires, Julio 24 de 1899.

---

## LOS JESUITAS

La espada no fué el único medio con que los españoles sometieron las tribus americanas; la religión tuvo su gran parte en esa empresa y los sectarios de Ignacio Loyola, fundaron en las colonias americanas y especialmente en el Paraguay, un poder que pretendió disputar un día los derechos legítimos que los reyes de España se atribuían á la dominación del Nuevo Mundo.

La América abierta al mundo á fines del siglo XV y recorrida en todo el período del siglo XVI, iba á ser el extenso campo en que los religiosos de la orden jesuítica debían desplegar su grande influencia y su preponderancia.

Carlos V. y Felipe II, imponían á los representantes de su poder en América la obligación de propagar la fé y la doctrina, y á ellos se debe el aumento considerable del clero en las colonias americanas.

Sin embargo, los primeros misioneros de América no pertenecieron exclusivamente á la órden de los jesuitas. El franciscano Solano, consagrado más tarde como santo por el catolicismo ardiente de los conquistadores, recobró para los principios de la religión cristiana, el respeto y

el amor que no habían inspirado los consejos frios y brutales que el Padre Valverde daba á Francisco Pizarro.

Apenas los soldados del Capitán del Prado hubieron conquistado el Tucumán, entrando desde el Perú por las gargantas de la fronteras de Bolivia, las autoridades del Rey en América pensaron en enviar religiosos para obtener la reducción espiritual de los indígenas y cooperar así á la obra que realizaba la conquista armada. Con este objeto fué despachado Francisco Solano, religioso franciscano, acompañado de algunos sacerdotes de su orden. Estos misioneros, recorrieron la mayor parte de la provincia del interior predicando la doctrina, pero si bien dejaron abierto el rastro para que otras nuevas peregrinaciones las sucediesen, no tuvieron resultados permanentes porque su gefe fué llamado al Perú por los superiores de la orden á que pertenecía.

Durante este tiempo (1586) el padre Luis de Bolaños había establecido entre los indios Guaranis del Paraguay una pequeña reducción, en la cual vivían los naturales bajo el amparo espiritual de este misionero. La reducción del padre Bolaños, según Charlevoix, fué la base de las fundaciones jesuíticas. Bolaños, conocedor de la lengua guaraní, como la mayor parte de los misioneros, formó uno de los primeros catecismos en esa lengua y de él se sirvieron los indios para informarse en los rudimentos del catolisismo. Los jesuitas lo adoptaron después para el uso de sus reducciones. Bolaños murió cargado de años y su fundación religiosa pasó al poder de los jesuitas pocos años después de su muerte (1629). En esta época aparecen también en las provincias del Tucumán los primeros miembros de la compañía.

Las ciudades del interior, recientemente fundadas, carecían de sacerdotes: la instrucción no contaba con medios para propagarse y la ignorancia era general en el país.

El obispo de Tucumán trató de introducir en su diócesis á los jesuitas, cuyo renombre y fama corría por las Indias Orientales, por el Brasil y por todas las comarcas desiertas y salvajes de la tierra. Escribió á los representantes de la Compañía, residentes en el Brasil y en el Perú, para que enviasen á su provincia algunos religiosos de la orden con el objeto de propagar la fé católica y de dominar á los indios por medio de la palabra y el ejemplo. En el Brasil residía el padre Anchieta, provincial de la compañía y en el Perú el padre Juan Atienza.

Este último contestó al obispo de Tucumán accediendo á sus pedidos y muy poco después le envió á los padres Francisco Angulo, Alfonso Bárcena y Juan Villegas que comenzaron á catequizar á los indios de aquella provincia llegando á Salta en 1586.

Después de visitar á Salta, pasaron á Santiago del Estero donde los llamaba el obispo Victorio.

Con la entrada de los primeros jesuitas á las provincias del interior comenzó la predicación regular de la doctrina entre los indígenas. Los religiosos que acababan de llegar conocían el quichua, así es que conocedores del idioma de los naturales, la instrucción se hizo más fácil.

Por este mismo tiempo salieron del Brasil cinco miembros de la compañía, bajo la dirección del padre Leonardo Armenio, jesuita italiano. Entre estos figuraban religiosos de distintas nacionalidades. Estos jesuitas arribaron por vía del mar á Buenos Aires, donde fueron atendidos por el obispo Guerra. El obispo trató de que los jesuitas se

dirigiesen á la Asunción haciéndoles notar que la lengua de los indígenas era el guaraní, que ya poseían por su residencia en el Brasil; pero aquellos, cumpliendo las órdenes que habían recibido, se dirigieron al interior y se establecieron en Santiago del Estero y Córdoba.

Por último, los jesuitas llegaron á la Guayra donde eran solicitados por el obispo. Entre los misioneros que llegaron por este tiempo al Paraguay, figuraban también los jesuitas Ortega, Fils y Salonio. El padre Salonio permaneció en la capital, y sus dos compañeros remontaron el río Paraguay é hicieron una travesía á pié hasta llegar á las regiones que Alvar Nuñez había recorrido, dándoles el nombre de Provincias de Vera. Los dos misioneros regresaron algún tiempo despues á la Asunción. El padre Ortega volvió á salir en una nueva misión y catequizó cerca de cuatrocientos indios en las inmediaciones de Villa Rica.

En el interior continuaban las inmigraciones de los jesuitas. Los miembros de la Compañía habían establecido un colegio en Córdoba y allí comenzaron á formar un centro para diseminarse por todas las comarcas de Tucumán, del Plata y del Paraguay. Al mismo tiempo, el provincial de Lima disponía lo necesario para que las misiones se continuaran en la Guayra y los padres Salonio y Lorenzana, recorrían el Norte del Paraguay. Los jesuitas continuán sus trabajos, fundan un nuevo colegio en la Asunción con el objeto de establecer otro centro como el de Cordoba que les había dado tan buenos resultados. Este colegio fué establecido por los jesuitas Romero, Cattaldino, Lorenzana y Montoya. Este último, tal vez el más ilustrado de ellos, escribió varios libros de enseñanza en len-

gua guaraní y pasa por uno de los conocedores más diestros de esta lengua (1595).

Los jesuitas iban tomando así una gran preponderancia en la conquista espiritual de todo el país. Cada vez que ocurría una insurrección de los indios, ellos trataban de reducirlos con los medios pacíficos é insinuantes de su sistema.

Pero era el Paraguay donde debía caracterizarse más el desarrollo de su sistema y de su dominación.

Los padres Cattaldino y Mazetta se lanzaron audazmente á las regiones inexploradas y visitaron los pueblos de Ciudad Real y Villa Rica, en las cuales los españoles tenían reducidos en encomiendas un gran número de indios bajo el sistema que Irala había adoptado y miraron por esto de mal grado el arribo de los jesuitas.

Los dos jesuitas llegaron hasta los desagües del Pirapé, donde encontraron doscientas familias indígenas bautizadas y reducidas al cristianismo por los jesuitas Ortega y Fils. Ésta pequeña reducción fué la base sobre la cual los religiosos de la Compañía establecieron sus vastos dominios en el Paraguay. La reducida colonia religiosa fué designada bajo el nombre de Loreto y poco después fué establecida la de San Ignacio en las márgenes del Paraná-pané y la de Encarnación y San Javier en las orillas del Pirapé. No fué sin trabajo que los jesuitas consiguieron establecer sus primeras reducciones. Los españoles situados en las hermosas y fecundas comarcas del Paraguay habían fundado un gran número de encomiendas, y libres del control de las autoridades, cometían todo género de abusos con los indios, á punto de tenerlos reducidos muy poco menos que á siervos. El establecimiento de los jesuitas arrebató un

gran número de indígenas del pesado trabajo de las encomiendas, y los encomenderos hostilizaron por cuantos medios tuvieron á su alcance á los Padres de la Compañía.

Al mismo tiempo los Paulistas, llamados también mameucos, recorrían en bandos armados, toda la extensión del país y hacían la caza de indios con el objeto de reducirlos á la esclavitud ó de venderlos como siervos. Esta persecución constante y cruel de los indígenas, favoreció notablemente las miras de los religiosos: los indios acosados por sus perseguidores se refugiaron en las reducciones jesuíticas y encontraban en ellas el amparo que les faltaba contra sus enemigos. De manera que los Paulistas concurrían directamente á hacer más vasto el dominio de los misioneros y á que se reunieran en sus pueblos un número considerable de familias indígenas.

Para comprender y apreciar en su justo valor la obra de los jesuitas en América, es necesario detenerse un momento para recordar el desenvolvimiento y las tendencias de la Compañía de Jesús desde su fundación hasta el instante en que sus miembros establecieron su dominio en el Nuevo Mundo.

Ignacio (Iñigo) de Loyola, noble español, nació en 1491. De temperamento ardiente, en su juventud había prestado servicios militares bajo Fernando el Católico. Recibió una herida en el sitio de Pamplona; durante la cura de la cual alimentó y enardeció su fantasía con la lectura de las hazañas de los santos. Después de una preparación aventurera y de una recolección penosa de discípulos echó las bases de una orden, que confirmada por el Papa Paulo III, fué desarrollada genialmente por su sucesor en el generalato, Lainez, y, una generación después, por Aqua-

viva. El fin era una intervención eficaz en los asuntos de la Iglesia y del Estado.

La Compañía de Jesús, como se llamaban los discípulos de Loyola, imponía á éstos, además de los tres votos monásticos, un cuarto voto «el de la obediencia incondicional al Papa en todo lo concerniente al servicio de la Iglesia y especialmente en lo relativo á la persecución de los herejes é idólatras.»

Creció rápidamente en esplendor, riqueza y poder sobre todas las demás órdenes de la cristiandad, por el favor de la sede pontificia que le cedía toda clase de privilegios, y más aún por la sabiduría de su organización interna. El espíritu de exclusión de la comunidad, la completa sumisión de cada uno de sus miembros, le dieron una fuerza maravillosa. Ningún jesuita se pertenecía á sí mismo, ni á su familia, ni á su nación: no era ya sinó un miembro de la orden, una parte del inmenso cuerpo al cual daba vida y movía como alma única, el general residente en Roma.

La orden se esforzaba en ser «el todo para todos, y sobre todo guiar á los príncipes en calidad de consejeros y confesores, infundir á la juventud (generación futura) por la instrucción, ideas favorables á la orden y dominar á los estados y á los reyes (Luis XIV no fué sinó un colaborador mundano, un hermano laíco de la orden) mediante relaciones múltiples con todos ellos.

Las bases de la maravillosa organización de la comunidad jesuítica fueron establecidas por el mismo Loyola siendo completadas después de la muerte del mismo por su sucesor Lainez.

«Los Exercitia spiritualia» reflejan fielmente el espíritu que animaba al fundador de la orden. Los mismos jesui-

tas confiesan unánime y oficialmente que, sobre todo en los primeros tiempos, la mayor parte de los individuos de la orden se sintieron por estas devociones animados de la vocación sacerdotal y que á ellas se debieron los primeros progresos de la compañía.

El libro es una obra maestra de psicología: con habilidad suma se apodera del corazón humano, descubriendo su más recónditos impulsos y sus más groseras sensaciones. Las más elevadas ideas y los instintos morales del hombre son puestos al servicio de las miras del autor que le llevan á someter su alma á Dios, es decir, á la Iglesia Católica. En el no se perdona recurso alguno y menos los de carácter externo. En una palabra, el hombre se vé convertido, por decirlo así, en un autómeta accesible á todas las sensaciones que en él se quieren producir. ¿Y cual es la última palabra de esta preparación psicológica que anula al individuo, destruye su completa libertad, infunde en el entusiasmo sombrío y exclusivista y le llena de febril fanatismo? Esta última palabra es la completa sumisión á Iglesia romana. Fe ciega en la gerarquía eclesiástica y temor servil á Dios, tales son los dos últimos preceptos y los más importantes principios de la Compañía de Jesus.

Como guerrero que había sido Loyola, sabía perfectamente que durante la batalla es preciso que haya gran disciplina por parte de los soldados y aún de los oficiales; por esto la obediencia ciega fué el principal fundamento de la orden de los Jesuitas, destinada á combatir constantemente los enemigos de la Iglesia.

Esta organización con la absoluta disciplina, con la negación de todo sentimiento individual y con el frío menosprecio

de la moral, prometía grandes triunfos á una orden joven dirigida por caudillos de talento, y contribuyó poderosamente á que la Compañía de Jesús consiguiera rápidas victorias, pues proporcionaba á los campeones hábiles una arma dura y afilada; pero también es preciso reconocer que la iniciativa personal, la libertad del pensamiento, el individualismo y las propias fuerzas, son elementos indispensables para crear y fundar cosas grandes y duraderas. Una compañía en que la originalidad queda para siempre muerta, que procura ahogar en sus miembros todo pensamiento propio, que hace de ellos simples ruedas de máquinas, no puede mantenerse durante mucho tiempo á gran altura y ha de acabar por degenerar poco á poco. En sus mejores tiempos, durante el período de su gloria, la orden contó con muchos hombres notables, pero no tuvo ninguno verdaderamente grande. ¿Y cómo hubiera podido un espíritu verdaderamente esclarecido resistir esa servidumbre deprimente, esa deformación del corazón y de la inteligencia? De mucho tiempo acá la Compañía ha entrado en patente decadencia, y su nombre se ha hecho más temible de lo que en realidad significa, pues se le han atribuído todas las consecuencias necesarias é inevitables de la gran lucha que la Iglesia Católica viene sosteniendo contra el espíritu moderno. La singular organización de la Iglesia Romana, y no la Compañía de Jesús, es la que ha podido hacer frente á las tempestades; organización que ha sabido amoldarse admirablemente á las necesidades de cada época y servirse con especial talento de las mismas armas que empleaban sus enemigos, al paso que los jesuitas han permanecido siempre fieles á la anticuada tradición de Loyola y Lainez. ¿En dónde están hoy los sabios, los políticos y los mártires que antiguamente

salieron del seno de la Compañía? Ya se han extinguido en aquella orden que ha decaído irremisiblemente, víctima de la debilidad servil y de su propio principio.

La pobreza era para la orden una palabra sin importancia; tales eran las excepciones que á la regla general se habían puesto, tan cuantiosos eran los medios de allegar riquezas de que disponía el General, tan ilimitado el derecho de disponer de ellos, que podemos decir que cada jesuita era pobre ó rico, vivía bien ó mal, tenía ó no dinero según el General lo creía conveniente. La gerarquía de los jesuitas estaba perfectamente clasificada y regulada y abría ancho campo á todas las ambiciones y á todas las tendencias del espíritu. Enseñanza, actividad política, cargos administrativos, ciencias abstractas, todo podía encontrarse allí según las inclinaciones ó el talento de cada cual. Todos los individuos de la orden, sea cual fuere su categoría social, estaban sometidos al mismo duro é inflexible despotismo.

La educación dirigida por semejantes maestros no puede ser sinó una tiranía disfrazada por una dulzura fingida, un despotismo insinuante que roba á los hombres el bien más precioso: la libertad individual. El educador tiende siempre á formar el alumno á su imagen. ¿No es de temer pues que instrumentos serviles, de una voluntad superior, los jesuitas, estén dispuestos á generalizar el ideal de virtud que les es impuesto? ¿No es de temer que tiendan á desarrollar el hábito de la obediencia irreflexiva, la sumisión, la humildad, más que las fuertes y viriles virtudes de carácter, el sentimiento de la dignidad, la conciencia del derecho, el valor y la independendencia?

El objeto final del programa jesuitico era la dominación universal. Más, para realizar semejante teocracia, les era

necesario un ensayo y nada más propio que esa región perdida en la inmensidad del Continente Americano, sin riquezas de oro que pudiera atraer al aventurero, con solo la riqueza del suelo y con habitantes avasallados por el clima y atemperados por el hábito sedentario y capaz de sufrir una influencia eficaz.

La zona escogida convidaba á la vida suave y pacífica, á la vida sin cuidados, alejada del movimiento del mundo. La cruzaba el río que Azara ha llamado el Nilo de América y estaba situada entre selváticas sierras. El hombre era pequeño en medio de la naturaleza prepotente, tan pequeño, que el vegetal tendía á dominarle y asimilarle—Esta tierra elegida concentraba la armonía de las maravillas—allá se perdía el último rumor de la cascada tonante en el fondo de la selva bajo cuyas ramas se cobijaba el salvaje y cuyos frutos lo alimentaban. La naturaleza brindándole todo, lo invitaba á la inacción, llevándolo á la vida sin movimiento que es la vida del vegetal.

Un día oyó un sonido que no era la queja del viento en las hojas: un ser extraño hirió su mirada. El jesuita había ido á someter al habitante de la selva vírgen, pero no ya con la espada ni con la cruz. Solo convencido del poder de la música, se presenta armado con el arco que arrancaba arpejos á la cuerda. Hé aquí el secreto de su primer poder: el salvaje estremecido hasta en la fibra íntima, se sentía subyugado al éco de la nota que hablaba al oído con la caricia de una melodía.

El jesuita llegó cargado de cruces y rosarios, persuasivo é insinuante. Su religión no era de guerra sinó de paz y de consuelo. El Dios de los guaraníes era *Tupá* un Dios inmaterial creador de todo: Tupá siguió siendo su

culto; pero dijo el jesuita al neófito,—Tupá tuvo madre; y entonces la Virgen se convirtió en Tupasí, madre de Dios.

Luego el indio arrojó el amuleto y en su lugar tomó la cruz y el rosario. Símbolo por símbolo.

El fraile le enseñó á creer en el cielo y tres infiernos, de los cuales el podía absolverlo, estableciendo así en una fórmula explícita esta nueva base de su poder. Esto para empezar. En seguida el catecúmeno recibió el agua del bautismo y asistió á misa en la cual las frases latinas que no comprendía le recordaban las evocaciones de sus magos. Y como se vé, en realidad sus creencias permanecían iguales, ni siquiera cambiaba de nombre su Dios. Y en conciencia no encontraba en el nuevo culto sinó la novedad de las formas exteriores más afectadas. El indio tuvo confianza en las ropas negras. Además, nunca se había preocupado de la religión y ahora se complacía en arraigarla, porque le prometía lo que aun no había esperado, frulerias en la tierra, y en el cielo un paraíso plagado de placeres y beatitudes.

El jesuita que empezó músico concluyó con la prédica especulativa para insinuarse en el corazón.

Hizo más; los salvó de las encomiendas, librándolos de una esclavitud odiosa, convirtiéndose aparentemente en aliado para aprovecharlo mejor en otra esclavitud.

La aldea pobre al principio, tuvo todas las comodidades después. En el frente de un gran cuadrado estaba la iglesia y el colegio; á los costados los grandes almacenes de la comunidad, y en el fondo el cementerio. En todos los edificios, hechos con gruesas paredes de adobes el verandat, era sostenido por pilares de tayí. El corandaí y el lapacho se usaban para los techos: la piedra y el as-

perón predominaban poco. Era esa construcción pesada, baja y frágil del antiguo estilo arquitectónico español, sin gusto y sin elegancia, que aún siendo nueva tiene la apariencia decrepita. De cada ángulo del cuadrado partían en rectas las calles estrechas donde se situaban las cabañas rústicas de los indios y sobre una senda de pinos y araucarias que rodeaba la aldea, colocaban los altares-capillas, ante las cuales se estacionaban en sus largas procesiones.

La idea de una República Cristiana nació después de fundada la tercera reducción y se organizó definitivamente bajo la base del comunismo, de la obediencia ciega á la fuerza moral y del aislamiento de todo contacto con los colonizadores. La mansedumbre y credulidad de los indígenas les facilitaba el ensayo. Comprendiendo que aquella tierra fértil produciría mucho sin gran trabajo, no chocaron con la indolencia natural de los indios en la distribución del trabajo, pues este era limitadísimo. Cada uno tenía señalado el sitio que debía cultivar y además el *tupámbae*—cosa de Dios—y cuyo producto estaba reservado al pago de los gastos del culto. En las reducciones mayor tiempo reclamaban las atenciones del culto que las del trabajo; con cualquier pretexto celebraban fiestas para distraer á los neófitos.

El gobierno estaba aparentemente á cargo de funcionarios nativos: un cacique y varios alcaldes que elegían los mismos indios. Pero, en realidad, la dirección pertenecía á los jesuitas; el uno dedicado exclusivamente á los asuntos religiosos y el otro á los civiles. La reducción estaba materialmente aislada ya por rios ó fosos, de modo que nadie podía transitar clandestinamente. Los extranjeros recibían tres

días hospitalidad y luego debían abandonar el pueblo. Los jesuitas estaban tan independizados del rey que, á no ser por el impuesto de capitación, no hubieran tenido que entenderse con él.

Conseguido el derecho de administrar el sacramento fué aún mayor la independencia.

Tenían sus leyes especiales, su sistema propio; el neofito era siempre el tipo paciente y productor. Para hacerlo servir mejor, ligaban todas sus tareas á actos religiosos; lo dominaban por la superstición, lo obligaban al trabajo por el temor, lo distraían y ofuscaban con la pompa religiosa. Por medio de la confesión estaban al cabo de todos sus secretos, de todos sus deseos y aún de todas sus tendencias. El confesor era, por otra parte, el único intermediario entre él y Tupá. El indio vivía y trabajaba para la religión.

El guaraní no fué desterrado de las reducciones con ser escaso y rudimentario. Los jesuitas lo aceptaron íntegro —Halagaban así las pasiones del indio á la vez que lo alejaban mejor de la civilización. En la escuela le enseñaban algunas frases en latin sacadas de la Vulgata; los deberes múltiples del creyente, el respecto ciego al sacerdote; y si mostraba especiales aptitudes, recibía ligeras nociones de aritmética y esto solo si era de una fidelidad á toda prueba, para poder encargarles algunas facturas de Buenos Aires. Cuando el niño llegaba á la pubertad, el sacerdote le elegía esposa y lo casaba.

El ensayo salía bien, la república cristiana estaba formada. Salvo las cuestiones suscitadas en repetidas ocasiones por los católicos de la Asunción y algunos ataques de los paulistas, las misiones siguieron pacíficamente su vida patriarcal. En 1715, la población de las 30 reduc-

ciones alcanzó á su mayor cifra, ciento cincuenta mil indígenas jesuitizados.

Entre tanto la fama de las misiones se extendía á lo lejos, aumentada como por la acción de uu poliscopo. De provincia se transformaba en Estado, de República cristiana en Policracia independiente. A mediados del siglo XVIII se opusieron á la cesión de las misiones orientales al Portugal en cambio de la Colonia del Sacramento. Los Indios, instigados por los jesuitas, se sublevaron y se mantuvieron ea actitud de ganar tiempo

El tiempo ganado les valió en realidad la anulación del tratado; pero en cambio su causa empezó á perder terreno. Ya no disfrazaban sus tendencias de dominio sin restricciones y parecían dispuestos á hacer frente á cualquier emergencia. Silenciosamente se habían diseminado por toda América, se introducían por doquier y representaban por su organización una verdadera amenaza. Entonces la corte de España no vaciló más y dictó la cédula de expulsión que se cumplió un año después. Los jesuitas de las reducciones no opusieron resistencia, comprendiendo que ésta había sido prevista. Franciscanos y Dominicos los reemplazaron, pero como no poseían ese secreto de la administración que engaña con la más pesada coyunda, embrutece para domar y halaga con las esperanzas, treinta años después, cuando Azara visitó aquel teatro de la institución monacal, el número de habitantes había bajado á cuarenta ó cincuenta mil.

Cataldino y Mazeta, al partir á su primera misión declararon su confianza de poder hacer hombres y cristianos pero nunca esclavos.

Ni hombres ni cristianos formaron, sinó máquinas de

trabajo, cargadas de superstición. Aprovechando esa tendencia á la irresponsabilidad que se nota tanto en el salvaje como en el ignorante, cautivaron al guaraní, con la idea persuasiva de la recompensa; lo dominaron por la práctica exajerada del catolicismo en sus fases más farisáicas y se impusieron como tutores eternos de una raza.

Enseñaron al indio el trabajo liviano, le acostumbraron á las pompas pueriles, lo atontaron con el fanatismo, le grabaron en el corazón no la idea del bien por el bien, sinó la del bien por la recompensa; y lo unieron así al jesuita por un mecanismo especial, tan sólido, tan duradero, tan premeditado, que el creyente se transformaba en bestia y el jesuita en alma. No consintieron la regeneración del salvaje por la inteligencia, no dejaron crecer en su cerebro vacío ni un gérmen fecundo; lo dejaron árido, estéril, embrutecido; le enseñaron el trabajo elemental y sencillo sin descubrirle el secreto que lo hace verdaderamente productivo y que nace del cultivo intelectual. Pudiendo transformarlo, se limitaron á reformarlo; pudiendo regenerarlo sólo lo modificaron.

De su poder extinguido, del Tuhautinsuya, arrancaron el misterio de su sistema, sin expansiones ni entusiasmos, incapaces para los grandes destinos de la vida.

Su obra terminó como el reino de los Incas, dejando una multitud sumisa y obediente, preparada para recibir otro yugo, otro amo que seguiría explotándola y que prolongaría su descendencia en el servilismo.

Durante un siglo, desde 1650, las reducciones no recibieron ningún impulso. No era el desarrollo de un pueblo sinó la continuidad de un plan.

El estado de las misiones prueba, sinó un fin retrógado,

un sistema absurdo, porque la civilización no tiene manifestaciones de estabilidad, sinó de un carácter de progreso constante y definido.

El sometimiento del guaraní á su régimen monacal, sobre la base del comunismo aparente; la imposición de dogmas que no eran comprendidos y el hecho de persistir en mantener un estado de embrutecimiento invariable, caracterizan definitivamente la institución de las misiones y demuestran que su designio no fué civilizador.

El guaraní de las selvas continuó salvaje bajo la férula del jesuita, que le enseñó sólo aquello que podía dar resultado en favor de la Compañía. Después de haber sido el objeto de sus ensayos y la víctima de su sistema, volvió al estado salvaje con sus mismas costumbres, su mismo idioma y sus mismas tendencias.

ANA MAUTHE.

---

## INVASIONES INGLESAS

### APUNTES

Un siglo que muere y otro siglo que nace . . . . .  
Escúchase aun el derrumbe del siglo XVIII y los albores del siglo XIX aparecen y en las medias tintas de su aurora puede leerse en los espacios, en caracteres de oro, «siglo del progreso», «siglo de la libertad».

El alborar del siglo XIX encuentra á los indígenas y á sus descendientes gimiendo entre cadenas, sin que los tres siglos transcurridos desde el descubrimiento hubiesen variado la faz monótona de la mísera existencia.

El marqués de Sobremonte ocupaba el sitial de los virreyes del Rio de la Plata. Bajo su gobierno como el de los anteriores, los colonos vivían aparentemente en la apatía, mirando con indiferencia la vida, sin desear, ni pedir nada; pero las poblaciones por efecto del tiempo, se habían robustecido, y el instinto de independendencia aunque latente, se habían conservado en los nacidos en el país y era la herencia preciosa legada por los indígenas.

Los españoles tenían monopolizado el comercio, los em-

pleos de consideración eran desempeñados por ellos y muy raro era ver á un criollo con algún puesto en el gobierno, aun de los subalternos.

El liberalismo de los criollos instruidos se limitaba, como dice Lopez, á obtener progresos caseros, lejanos de acentuarse como aspiración social.

Pero la historia de la Colonia se desarrolla con su metrópoli, pues aunque colonias, tienen acción externa porque siguen recibiendo elementos de cultura. Todo movimiento en la Madre patria tenía su repercusión en la colonia. A fines del siglo pasado las relaciones entre Inglaterra y España eran vidriosas, pues esta última, aliada con Francia, celebró el fatal tratado de San Ildefonso que los españoles llaman el segundo pacto de familia por las funestas consecuencias y por los vejámenes á que condujo á España.

La España, como es indudable, debía temer por sus posesiones en América cuando dió orden al virrey Melo de fortificar á Montevideo y á Buenos Aires.

El gabinete inglés á cuyo frente estaba Mr. Pitt, consideraba con mucha razón que Inglaterra necesitaba extensas y ricas colonias para sostener su movimiento comercial, perdidas las de la América del Norte, prevaleció en la mente de los Ministros la idea de abrir los puertos de las colonias españolas que España tenía casi abandonadas. Pero no era su idea conquistar formalmente estas tierras, sinó fomentar su independencia ó apoderarse de algunos puntos propios para establecer el intercambio; pues, no podia esperarse de la España el que abriese los puertos dado su afán por el monopolio comercial, error grave, que condujo á la metrópoli á la pérdida de sus posesiones en América y á su ruina propia.

Pitt, á pesar de la oposición que se le hizo, persistió en esas ideas.

A principios de 1806 se supo en Buenos Aires que una fuerza de cinco mil ingleses estaba en el Cabo de Buena Esperanza, del que se habia posesionado, y que tenia intención de desembarcar luego en el Rio de la Plata.

Es en estos momentos que se presentan en la escena dos hombres, destinados á combatirse y á dejar su nombre para siempre en la Historia Argentina: Liniers y Sir Home Popham; francés el primero, inglés el segundo.

Popham era hombre de mar consumado, con lo que está definido. Mr. Pitt, lo tenía en gran consideración, y Popham por su parte habia comprendido al Ministro, adivinó sus proyectos y solo pensó en poner á disposición de la Inglaterra, el rico territorio del Perú y el puerto de Buenos Aires.

Liniers estaba muy lejos de ser un «aventurero francés». Era de buena familia y aunque no favorecido por la fortuna, lo fué por el acaso. Peleó á favor de España en la guerra contra los ingleses en 1779.

Bonaparte, que ya ejercía influjos en España, la obligó á que invadiera Portugal que permanecía aliada de la Inglaterra.

Sobrevino la guerra de España y Portugal en 1801. Al verse invadido el Portugal y que Francia invadía á España, entabló la paz y el tratado de Badajoz, pues terminó momentaneamente la lucha. Dos ingleses fueron expulsados de Portugal. Por el tratado de Madrid de 29 de Enero de 1801, tuvo que obligarse á dar á Napoleón 5 millones de duros, cendiéndole Cayena hasta el Maraón.

Napoleón iba á hacerse coronar emperador, pactando una

paz general con toda la Europa. Abiertas las negociaciones, la guerra de Portugal tuvo consecuencias como era natural en el Rio de la Plata. Napoleón seguía humillando á España y fueron inútiles todas las reclamaciones de la Rusia, las protestas de Inglaterra. La víctima de su ambición había sido escogida y no la dejaría hasta verla ultimada. Después de Trafalgar, el 21 de Octubre de 1805, la victoria de Austerlitz el 2 de Diciembre del mismo año, la rendición de Buenos Aires al general inglés Sir Ch. Carr Beresford el 27 de Julio de 1806, la Reconquista con que Liniers ilustró la bandera española; y mas todavía —la fama de que se hicieron dignos los soldados del Rio de la Plata y en la heroica defensa del 5 de Julio de 1807, España no podía menos que declarar la guerra á Inglaterra.

Dueños absolutos de los mares por la victoria de Trafalgar, los ingleses se dirigieron al Cabo de Buena Esperanza, colonia holandesa que por anexión de los Países Bajos y Holanda á los dominios de los hermanos de Bonaparte, consideraba como enemiga.

Al emprender esta espedición, nada estaba más distante de las miras del gobierno inglés que atacar las colonias del Rio de la Plata.

Popham no tenía conocimiento de los compromisos y consideraciones que la Inglaterra habia contraído con la Rusia que era aliada en contra de Napoleón, y al morir Pitt, el nuevo ministerio se había comprometido á no atentar contra las colonias Sud Americanas.

«Puesto en posesión del Cabo de Buena Esperanza, con una fuerza triple de la que necesitaba para mantenerlo en sus manos, y sintiendo sobre su frente las frescas brisas que le venian del lejano horizonte donde se extendian los

opulentos territorios que suponía codiciados por Inglaterra, Sir Home Popham volvió á su tema, convencido de que esta era la ocasión de terminar la obra tradicional de la Inglaterra: conquistar puertos para el comercio».

No pudo contenerse y creyó que, si bien no tenía instrucciones de su gobierno para apoderarse del Rio de la Plata, podía estar seguro de que si acertaba y salía feliz sería aprobada su conducta, sobre todo por los comerciantes de la City, que era el gran poder político de aquel tiempo. El General Beresford fué encargado de 1600 hombres que Popham condujo á bordo de su escuadra en el mismo instante en que España negociaba con Rusia é Inglaterra un pacto de adhesión á la grande coalición europea contra Bonaparte.

Sobremonte fué avisado por Ruiz Huidobro, gobernador de Montevideo, pero no acertó á precaver el virreynato contra el amago de la invasión anunciada y cuando en Mayo de ese mismo año, aparecieron en nuestro rio los navíos ingleses que conducian la expedición, la ciudad estaba desguarnecida, sin que se hubiese pensado en una organización de resistencia militar siquiera.

El 24 de Junio intentaron tomar la Ensenada de Barragán, pero fueron rechazados por Liniers que mandaba una batería.

Al dia siguiente desembarcaban en Quilmes, aldea compuesta de poquísimos y miserables ranchos; y despues de dos horas de descanso, dadas al arreglo de detalles, se pusieron en marcha hacia las orillas del Rio de Barracas, desplegando una extensa cortina de guerrillas por todo el territorio bajo que iban atravesando.

Entre tanto, la ciudad estaba alarmada, el cañón tronaba y se tocaba generala por las calles de la ciudad.

El fuerte (hoy casa del Gobierno Nacional) era el punto

de reunión, pero todos hablaban y nadie se entendía, porque faltaba un jefe que imprimiese el sello del orden, de la autoridad y de la disciplina indispensable en casos tales.

El virrey huyó precipitadamente; pero al fin se organizaron como pudieron; un cabo de escuadrón se puso al frente de esta tropa, por su propia autoridad, y salieron del fuerte formados, dirigiéndose á la barranca de Marcó.

Pero el enemigo no podía intimidarse con débiles obstáculos y el 27 de Junio de 1806 una columna de 1560 hombres entraba triunfante por las calles de Buenos Aires, población de 70.000 almas y que probará más tarde, hasta la evidencia, que no merecía ese baldón, obra exclusiva de la cobarde fuga del virrey Sobremonte.

Berresford, dueño de la ciudad, hizo prestar juramento á las autoridades, en tanto el pueblo rugía en silencio, con esperanza de vengarse con un escarmiento.

Liniers, que ya he nombrado, después de haberse hecho reconocer como general, penetró á la ciudad.

Entre tanto, el pueblo resolvió ponerse sobre las armas, efectuando sus reuniones en la campaña á una legua de la ciudad. Efectivamente, en el caserío denominado de Perdriel, se formó el campamento de los patriotas y llegaron á reunirse por lo pronto, unos 600 hombres de caballería, desorganizados é inexpertos en el arte de la guerra; así es que en la madrugada del 1º de Agosto fué esa reunión desecha y derrotada por una columna de infantería inglesa, después de un combate desigual en que señaló su valor Juan Martin Puyrredon, figura de las más simpáticas entre las llamadas á actuar en la política de los tiempos de la Patria.

Mientras esto sucedía en Perdriel, Liniers llegaba el

1º de Agosto á la Colonia con 1000 hombres de Montevideo.

El 4 desembarcaron en Las Conchas, donde inmediatamente se le reunieron como 500 hombres.

El día 10 amagaba Liniers la ciudad, situándose en los corrales de Miserere (después mercado 11 de Setiembre), de donde intimó rendición al general británico, dándole un cuarto de hora para resolverse.

Se negó Berresford y el 11 ocupó el Retiro el ejército de la Reconquista. Allí tuvo lugar la primera guerrilla, que dió por resultado desalojar al inglés, siendo obligado á reconcentrarse en el seno de la ciudad, y sin poder recuperar el terreno que perdía, porque le cerraban el paso los cañones que enfilaban las calles.

El día 12, la ciudad entera había corrido á las armas.

Los ingleses se atrincheraron en la plaza mayor y tomando por punto de apoyo el fuerte, esperaban vencer la resistencia y en caso necesario hacerse ayudar por la escuadra.

Pero los reconquistadores, ciegos, no dieron tiempo á ninguna maniobra, y ébrios de furor, penetraron en el fuerte. Puyrredón arrebató la cucarda del regimiento inglés Nº 71 y al cabo de dos horas el enemigo estaba vencido, rindiéndose á discreción. Berresford comprendió el peligro que corría, mandó izar la bandera española, abrió las puertas de la fortaleza y se adelantó él en persona á recibir á Liniers que le dió la acogida de un hermano, concediéndole los honores de la guerra.

Esta primera invasión fué de una importancia capital para la vida de la colonia. Liniers fué aclamado por el pueblo. Y hago notar que hablo del pueblo, que surge desde

este momento imponiendo su voluntad, dando su voto para elegir á un gobernante. Quedó, pues, Liniers en el mando, y consumado un cambio radical en la existencia política de esta colonia.

Lopez, nuestro gran historiador, dice que á Sir Home Popham le tocó representar el papel de serpiente tentadora de la Biblia y nuestros padres comieron del fruto prohibido—la Libertad.

Es cierto que los ingleses tienen influencia poderosa en nuestros destinos por aquella invasión, pero también es cierto que de buenas á primeras los ingleses no hubieran podido producir un cambio tan repentino en aquella sociedad, si ella no hubiese llegado á un período de evolución tal que solo faltara un motivo, una causa impulsora para que la evolución se cumpliera. Y lo he hecho notar al principio de mis apuntes: el espíritu de independencia se había transmitido y robustecido tanto más cuanto más opresora era la política de la Madre Patria, y creo que aunque los ingleses no hubieran invadido á Buenos Aires, en cuanto España caducara por la invasión de Napoleón, esa entidad que se llama pueblo, habría surgido reclamando sus derechos.

Los pueblos evolucionan en sentido del progreso, y más tarde ó más temprano se produce el cambio ó la revolución que es un paso más dado en ese sentido.

«Si Sobremonte hubiese sido un Vertiz, el régimen colonial se hubiera sobrepuesto á la prueba difícil á que lo habían puesto los sucesos, es tambien muy cierto, pero por pocos instantes. La hora de la redención habría sonado en el reloj del tiempo, y las colonias Sud-Americanas debían ser libres.

Sobremonte había desertado cobardemente de su puesto de honor y el pueblo lo rechazaba después del triunfo.

Según Lopez, Liniers y Alzaga trabajaron sembrando la antipatía contra Sobremonte á estar á las versiones de los contemporáneos.

Liniers no quería descender del alto puesto en que la suerte lo había colocado para obedecer á un virrey inepto. Y Alzaga, cuyas ambiciones desmedidas le hacían soñar solo grandezas, no podía permitir la gloria de su rival. Unidos para el peligro común, se separarán luego y uno arrastrará la masa del pueblo y el otro á los europeos ricos como él.

En este conflicto está todo el germen y todo el carácter de la Revolución de Mayo de 1810.

Berresford pidió auxilios á la Colonia del Cabo.

España no podía defender á sus colonias porque estaba ocupada en conservarse y en obedecer á su dueño, de modo que la colonia estaba abandonada á si misma, después del tiempo.

La fuerza estaba de parte de los criollos. Era necesario levantarlos á la categoría de pueblo libre y armarlos.

La España, al permitir que el pueblo se armara y defendiera, les afilaba ella misma la espada y les entregaba una patria.

El pueblo nombra á Liniers para resistir á la nueva invasión y el Ayuntamiento presta su apoyo, y aunque la Audiencia se resiste, al fin, cede.

En estas circunstancias se produjo aquel episodio, la capitulación que Berresford arrancó á la amistad de Liniers, que puso en conflicto á las autoridades y al pueblo mismo.

Liniers, á pesar de su error, es considerado el ídolo de la masa popular, que olvida el episodio al día siguiente para proclamarlo general en jefe.

En cuanto á la Inglaterra y á su gabinete, la invasión no había sido bien recibida por su parte. El pueblo de comerciantes sí la acojió y esto no es un contrasentido como que se ha dicho. Si bajo el Ministerio de Pitt era una necesidad la invasión, la política de la Inglaterra respecto de España había cambiado, se negociaba con Rusia la separación de la España de Napoleón.

Pero al aproximarse el año 1807, las ambiciones de Napoleón habían llegado á su mayor altura y puede decirse que España era francesa, pues solo faltaba declararlo abiertamente.

Popham y Berresford, ignoraban la política de su país; invadieron bajo la influencia de las ideas de Pitt.

Cuando se produce la reconquista, Inglaterra se siente herida y la nueva invasión, puede afirmarse, será un desquite que emprenderá contra los que, osados, vencieron á sus tropas invencibles.

Popham es enjuiciado; Berresford salva sus responsabilidades por aquella famosa capitulación. Felizmente se salva, pues pagó con creces ese servicio más tarde.

110 buques conductores de 12.000 hombres vienen sobre el Río de la Plata comandados por el General Witeloke.

Esta vez abrió el enemigo la campaña amagando las plazas principales de la Banda Oriental, de cuya seguridad se había constituido protector el Marqués de Sobremonte, que por segunda vez escapó cobardemente dejando á los ingleses realizar su intento. El 1º de Julio desem-

barcaron en la Ensenada de Barragan á doce leguas de Buenos Aires.

Achmuty, que fué el gefe que tomó á Montevideo, hacia proposiciones á los criollos, á fin de que se sometieran gustosos pues ellos le darian libertad de comercio.

En una semana los productos y los objetos traídos de Inglaterra invadieron la plaza y hasta el mas pobre pudo hacerse de lo que necesitaba por poca cantidad.

Si nuestros antepasados hubieran calculado friamente, dice Lopez, habrian aceptado y quizás, *hubiera sido mejor para nosotros*, pero las leyes de la naturaleza moral están bajo el impulso de móviles mas elásticos y mas sutiles y todo esto era nulo y mas que nulo, irritante, en el sentido del patriotismo viril que retemplaba los ánimos.

Nada desconocian nuestros padres después de la Independencia de los E. Unidos y de la Revolución Francesa. Raynal, Montesquieu, Payne, Rousseau, andaban vulgarizadas en todas las cabezas.

Lo que era un hecho es que no solo se quería arrojar á los ingleses del territorio sinó independizarse y en no pocas mentes la idea había tomado forma.

Otros trabajos se hacían á fin de que la invasión no se produjera. Berresford aconsejaba á Achmuty y á Wicteloke no conquistar á Buenos Aires; pues él comprendía que sería imposible, conocía la extensión del territorio y el ánimo y valor de los hijos de este suelo; él preponía mas bien se fomentára la independenciam, con lo que Inglaterra habría ganado inmensamente sin perder una sola de sus vidas que le eran tan caras.

Es que ha comprendido que la riqueza del pueblo está en los brazos de ese mismo pueblo y en sus mentes.

No consiguió Berresford su intento, por lo cual después de evadirse de Buenos Aires, favorecido por los mismos hijos del país, que lo pusieron á salvo de Alzaga y de su persecución con la promesa de gestionar de su patria el retiro de las tropas y el reconocimiento de la independencia, después de haberla fomentado, se retiró á Inglaterra, donde trabajó según lo había prometido.

Sin escuchar á Berresford, Achmuty y Wicteloke se vienen á Buenos Aires como he dicho.

Al llegar la noticia á la ciudad disparó el fuerte tres cañonazos de alarma, se tocó á generala por las calles y la campana del Cabildo resonó con el clamor de alerta.

El grito de «Ahí están los ingleses!» resonó por todos los ángulos de la ciudad, sin que fuese un éco de pavor, no; antes bien, cada ciudadano voló á su puesto con denuedo y como lo han confesado los propios enemigos, cada paisano era un soldado, cada soldado un héroe.

El ejército popular constaba de 8000 hombres. Liniers pasó revista á su tropa y el Cabildo se declaró en acuerdo permanente.

Inmediatamente se puso en marcha una parte del ejército, atravesando esa noche al otro lado del Riachuelo de Barracas, pasando el puente de Galvez y tomando de Norte á Sud las calles centrales de la ciudad.

El día 2 se avistó la vanguardia inglesa y su primer choque con nuestras tropas al mando de Liniers, nos fué funesto, habiendo este tenido lugar en lo que se llamaba entonces los Corrales de Miserere.

Este contraste retempló al pueblo, que se preparó á vencer ó morir, colocándose á las órdenes del Cabildo, cuyo alcalde de primer voto era D. Martín Alzaga y el alma de

sus deliberaciones. Elevándose á la altura de la situación, dispusieron reconcentrar las tropas en la ciudad, cuya fortificación y preparativos de resistencia estaban adelantados.

Se rodeó la plaza Victoria con la artillería, se fosearon las calles, se alzaron trincheras en todas direcciones, se guarnecieron de cantones las azoteas y se mandó iluminar la ciudad al toque de oraciones.

En esa lúgubre noche del 2 de Julio, todo se contaba por perdido, menos la resolución y el patriotismo. El resplandor lejano de un reguero de luz luchaba contra la densa oscuridad de las sombras y del invierno, desafiando al enemigo y sirviendo de faro á los dispersos, que merced á este arbitrio, vinieron á robustecer las filas de los entusiastas voluntarios que se defendían en sus hogares.

Nadie durmió esa memorable noche en Buenos Aires, rompiendo el fuego de las guerrillas en la madrugada del día 3 en los suburbios.

A las doce del día entró Liniers á la plaza á la cabeza de 2.000 hombres, volviendo á tomar el mando en jefe del ejército.

El enemigo concentró sus fuerzas é intimó rendición á la plaza, la que fué contestada con la resolución de «Vencer ó morir».

Y pasó una noche acerba más, en vigilancia y alarma.

Amaneció el día 5 nublado y frío; esa madrugada los ingleses dieron la señal de ataque.

Dividido en tres columnas, entró el enemigo por las calles de Buenos Aires. Una división por el bajo de la Presidencia (hoy calle Defensa), otra por Piedad hasta la iglesia de San Miguel y la tercera por el Retiro, cuyo punto ocuparon después de un reñido combate, tomando de ahí el mo-

nasterio de las Catalinas, enarbolaron el pabellón Británico.

En un momento ondeó la bandera inglesa en tres torres de la ciudad, las Catalinas, San Miguel y Santo Domingo á quinientos pasos de la Plaza Mayor.

Pero su triunfo era fugaz.

Las divisiones que avanzaban por las calles de Reconquista y Defensa, venían buscando el apoyo de la Piedad, pero á las tres cuadras de la plaza se vieron rechazadas por el fuego mortífero de la artillería y de las azoteas, desde las cuales hasta las mujeres arrojaban proyectiles, teniendo que retroceder á sus primeros puestos, no sin dejar el tránsito sembrado de cadáveres, lo que hizo que los ingleses llamasen á las calles de Buenos Aires «Sendas de la Muerte».

La columna del centro tuvo que encerrarse en San Miguel, donde fué rendida por el célebre batallón de Patricios, salvándose una parte de ella que pudo llegar hasta Santo Domingo, reuniéndose allí con sus compañeros. Desde la torre de la Iglesia, los ingleses hacian fuego vivísimo, pero á las cuatro de la tarde no tuvieron otro remedio que rendirse á discreción.

El combate no terminó, sin embargo; se renovó en el Retiro y la Residencia, pero tan pronto como supieron que la división de la Piedad había sido vencida, cesó de hacer fuego, terminando así aquellas invasiones que sacudieron el espíritu de los hombres preparándolos para afrontar resueltamente el porvenir. Puede decirse, sin incurrir en exageración, que las invasiones inglesas convirtieron á la ciudad de Buenos Aires en el palenque donde los criollos midieron sus fuerzas, teniendo á su frente á los mejores soldados del mundo.

El resultado definitivo de esa heroica defensa fué no solo la reconquista de Buenos Aires, sinó que el enemigo evacuara la Banda Oriental y se retirase para siempre del Río de la Plata.

Si España había recibido un golpe mortal con la primera invasión inglesa, después con la segunda, veía á sus colonias perdidas para siempre. Otros acontecimientos se estaban preparando para favorecer el pensamiento de los criollos.

Misteriosa combinación de los hechos y fenómenos: Inglaterra pagaba hoy con la misma moneda que España al contribuir y favorecer la independencia de los Estados Unidos, con la diferencia que la primera, aún perdidas las colonias, se mantenía fuerte, encerraba en su seno los elementos de vida que desarrollánrose en ambiente propicio de virilidad y fuerza, mientras que España había agotado esos elementos en guerras inútiles y hoy gemía entre cadenas; y cuando vencido el déspota, volviera á recuperar su libertad, se vería privada de su granero, de su tesoro.

(Trabajo inconcluso).

M. A. CANETTI.

---

## CAUSAS Y CARACTER

### DE LA REVOLUCIÓN ARGENTINA

Todos los hechos y fenómenos de la vida física, tienen sus antecedentes necesarios, como lo prueba el hecho de la existencia de las ciencias naturales; pues no hay ciencia que no esté fundada en el previo conocimiento de ciertas relaciones.

Y así como en lo físico, hay en lo social un encadenamiento lógico, una dependencia recíproca y una coordinación rigurosa, que es necesario determinar para darnos cuenta de los múltiples factores, que mueven el engranaje social.

No hay hechos fortuitos en la historia; y la revolución Argentina, como los demás acontecimientos sociales que ella nos presenta, es el fruto de las leyes regulares que presiden el crecimiento de los pueblos: tiene sus antecedentes externos é internos, sus causas eficientes y ocasionales.

La revolución Argentina es el resultado de la natural evolución política de los pueblos llegados á cierto grado de malestar y madurez; es también debida á las ingénitas

condiciones de virilidad del pueblo argentino de aquella época.

Era también el resultado de la explosión de todos los elementos adversos, que la política ciega y desastrosa de la España había acumulado en la sociedad colonial, en los siglos transcurridos desde la conquista.

Era también la obra de la concurrencia de los pensadores y filósofos, ingleses y franceses, de los siglos XVII y XVIII (Lobe, Montesquieu, Rousseau).

El primero en su obra titulada «Ensayo sobre el gobierno Civil», sostiene la libertad política de los pueblos como el primero de los derechos y proclama la revolución como el supremo recurso de los pueblos oprimidos. Este pensador ejerció gran influencia en los publicistas del siglo siguiente é inspiró las ideas y doctrinas de Montesquieu y de Rousseau, etc. que en sus obras respectivas tituladas «Espirito de las Leyes» y «Contrato Social», se declaran partidarios, el primero, de la escuela filosófica, y el segundo de la histórica. Montesquieu, en su obra ya mencionada, estudia las diferentes formas de gobierno, la división de los poderes y sus condiciones de legitimidad. Dice que así como el gobierno, para ser legítimo, debe ser la expresión de la voluntad nacional, las leyes para ser justas, deben ser relativas al clima, topografía, costumbre, tradiciones, proporciones y tendencias generales de cada raza y de cada pueblo.

Rousseau dice: que la ley civil y política debe ser la expresión de la voluntad nacional, lo mismo que el gobierno. El poder no obliga, decía, sino cuando es legítimo; sino cuando surge de la voluntad popular. Ideas que si bien no eran nuevas, se infiltraron en pueblos de tenden-

cias democráticas y republicanas, que haciéndose carne en ellos, determinó, con el concurso de otros factores, el gran movimiento revolucionario americano.

En general, la influencia de los pensadores y publicistas de los siglos XVII y XVIII, se podría resumir y concretar así: en la declaración de la independencia de los Estados Unidos, en la declaración de los derechos del hombre, en la independencia Argentina y Sud-Americana y en las grandes reformas morales y políticas, introducidas en el mundo, por estas revoluciones sociales.

Era en fin, la obra de un pueblo viril, el resultado de un estado social y de una época histórica. Todos conocemos el sistema colonial implantado por los españoles entre nosotros y en la América en general. Sabemos que fué restrictivo, oprobioso, despótico y tiránico para nosotros los hijos de la América. Sabemos también que sus propósitos de riqueza exclusiva y su sistema de monopolio comercial, no encuadraban con sus propias necesidades y conveniencias, y menos con las necesidades y conveniencias de la América. Pero es que ni siquiera encuadraban (económica y administrativamente), con los principios de la ciencia imperante en aquella época, que eran precisamente contrarios al sistema colonial español; pues, mientras éstos aconsejaban y practicaban la restricción y el monopolio comercial, la ciencia económica aconsejaba el libre cambio de los productos por el que abogó tan acertada y magistralmente nuestro gran Moreno, en su célebre Representación de los Hacendados, en el que, entre otras cosas, pedía se abrieran los puertos al comercio libre.

Es difícil pensar hasta que punto agriaría el ánimo de nuestros antepasados, este sistema de sojuzgamiento, co-

mercial, administrativo y político que habían incensatamente implantado los españoles entre nosotros y en la América en general; cristalizando los cerebros, enervando toda actividad y pretendiendo dar un molde de servilismo á la fisonomía moral del pueblo argentino.

De aquí que fuera fermentando cada vez más y con más justicia el espíritu de antagonismo entre las dos corrientes sociales de aquella época: el elemento criollo y el español.

Los criollos que querían que se les respetasen en los principios fundamentales que la justicia y la ciencia económica consagran, tales como el derecho de contratar y comerciar libremente; el derecho á la actividad libre y sin trabas, para proporcionar los medios de subsistencia y perseguir los fines de su vida, tendiendo al bienestar y al perfeccionamiento. Y los españoles oponiéndose de una manera tenaz y sistemática á los sanos propósitos y justas aspiraciones de los americanos, en todos los órdenes de la actividad humana: en el orden económico, administrativo, político y social, practicando en fin un sojuzgamiento completo en la vida colonial americana.

Y es claro y natural, que con este sistema fuera acentuándose, cada vez más un distanciamiento profundo entre estas dos corrientes sociales, que debió traer, como efectivamente trajo en un momento oportuno, la emancipación Argentina y sud americana, en general.

Otras de las causas que produjeron la revolución argentina, fueron las invasiones inglesas que nos dieron con duras pruebas, la conciencia de nuestra fuerza y valor; la invasión de Napoleón en España, que trajo su debilitamiento económico y político; la gran distancia entre España

y sus colonias, fué otra de las causas, que facilitó nuestra emancipación; el distanciamiento profundo entre estas dos corrientes sociales, por sus intereses económicos y políticos, completamente antagónicos; y en fin, por la tendencia libre, democrática é igualitaria de los criollos en abierta oposición con el espíritu centralizador, monárquico y de corte nobiliario de los españoles y de los europeos en general. Estas son en breve síntesis, las causas principales del movimiento emancipador americano.

Así se explica, racionalmente, que esas dos corrientes etnológicas, que habían marchado siempre unidas durante tres siglos y cada vez más distanciadas, tuviese su imprescindible y necesario choque, mediante el cual rompimos las cadenas del cautiverio y despertamos en una hermosa libertad, dirigidos por el patriotismo y el genio político y militar de nuestros grandes antepasados, entre quienes descuellan, las nobles figuras de San Martín y Belgrano, Rivadavia y Moreno, que fueron los grandes próceres de nuestra emancipación política, que fué complementada después con las de nuestra emancipación, cuyas inmortales figuras son las de Don Vicente López y Planes, el inspirado cantar de nuestro «Himno Nacional» que es canto épico de nuestra emancipación política y á la vez, una gran obra literaria, porque refleja las aspiraciones de todo un continente, y una obra esencialmente nacional, que condensa los sentimientos y las ideas, las aspiraciones y los anhelos del pueblo argentino de aquella época borrascosa de nuestra vida nacional. La de Echeverría, con la «Cautiva» que es una obra principal, con la que rompió los antiguos moldes literarios, inspirándose en la imponente grandeza de la Pampa argentina, con un horizonte infinito, ni gala de verdura

ni vaga ondulación, en la que sobresale el talento descriptivo del poeta, por la admirable y fiel pintura que de ella nos hace, impregnado de aquella melancólica tristeza, que de su contemplación se desprende. La de Sarmiento, con su *Facundo*, que es la obra más amplia é intensamente nacional de todas las que han brotado del cerebro y del corazón argentino, la más representativa de nuestras modalidades físicas y sociales, siendo á la vez una obra de elevado carácter filosófico, por el acierto profundo con que penetra en las intimidades de nuestras costumbres nacionales; y una obra de gran mérito literario por las bellezas de las descripciones, la flexibilidad chispeante y sostenida de su originalísimo estilo. La de Obligado, el inspirado cantor de las islas del Paraná, de Santos Vega, la prenda del payador y otros cantos nacionales.

Son, en mi concepto, algunos de los escritores principales que han realizado en el orden literario, lo que los próceres de Mayo realizaron en el orden político, mediante los cuales gozamos hoy de fisonomía política y literaria propias.

Estos son los factores principales, repito, que determinaron nuestra emancipación general, dando su tonalidad y su carácter á la vida literaria del pueblo argentino en la época de la revolución y formando una brillante herencia recogida por dignos sucesores, condensando ya en la prosa ó ya en el verso las evoluciones por que iba pasando el pueblo argentino, ó ya reflejando la modalidades físicas y sociales, características de nuestro ambiente nacional.

Nuestro gran drama revolucionario es indudablemente el acontecimiento político más trascendente de este siglo; porque removi6 los viejos cimientos monárquicos, sobre

los cuales descansaba la política europea, introduciendo por primera vez en Sud-América, la magestad soberana del pueblo, como la única fuente legítima de los gobiernos republicanos.

Señala esta forma de gobierno, la evolución más avanzada en la historia política de la humanidad, aunque aplicada todavía entre nosotros, con todas las deficiencias propias de nuestras costumbres electorales y malos hábitos administrativos, aún imperantes en nuestras democracias inorgánicas.

La revolución argentina, no fué obra de sojuzgamiento y demolición, sino obra de libertad, de construcción y de organización, en que todavía están empeñados nuestros hombres dirigentes, prosiguiendo la realización de los propósitos de los hombres de Mayo.

Y en su desarrollo no se trastornaron los principios, no se desbocó el populacho, ni trabajó el verdugo. Y eso que el gran acontecimiento nacional se producía casi á raíz de la revolución francesa, cuando aún resonaban en el espacio los ayes de las víctimas y ardía en los corazones la sed de las represalias.

El 25 de Mayo de 1810, mientras estaban reunidos cabildantes y notables en una de las salas del Cabildo y se discutía la cesación del virrey, el pueblo argentino, despierto ya á la luz de la libertad, con plena conciencia de sus derechos, fué á golpear las cerradas puertas de la sala en que deliberaban, clamando: «Dadme participación en vuestras deliberaciones,» memorables palabras con las que dejó sentado para siempre su derecho soberano.

Derrocado ya el virrey y roto de hecho el vínculo secular que nos ligaba con la metrópoli, fué preciso ra-

tificar la independencia en los campos de batalla. A este fin se aprestaron los patriotas á la lucha, y la victoria más completa coronó sus esfuerzos; pero los triunfos militares no constituyen el principal mérito de nuestra revolución, porque al fin, la guerra y el heroísmo llegan á ser cosa vulgar á fuerza de repetirse.

Pero lo que no se encuentra jamás en sus páginas, hasta llegar á las de nuestra historia, son grandes capitanes y ejércitos de héroes, que afrontan la muerte é invaden otros pueblos para darles libertad. ¡Capitanes y ejércitos que no vayan á conquistar y avasallar, sino á independizar!

Jamás la guerra fué empleada de un modo tan noble y abnegado en la epopeya de la humanidad. Y esta es la gloria legítima y exclusivamente nuestra, de la que debemos con justicia blasonar; porque es el más grande y noble ejemplo de fraternidad social americana y de abnegado desprendimiento que nos presentan los anales de la historia, en que debieran aleccionarse para bien y provecho de la especie humana, no solo los pueblos americanos, sino todos los pueblos civilizados de la tierra por las saludables enseñanzas que de nuestra revolución se desprenden. Y sin embargo, la malediciencia y la injuria, fueron la única gratitud, la única recompensa, la última condecoración que merecieron de sus contemporáneos nuestros próceres. Este triste privilegio pesó sobre las más nobles cabezas argentinas de la época sobre San Martín, Moreno, Rivadavia y otros. Muchos de ellos murieron pobres y hasta olvidados de sus conciudadanos; pero á ninguno se le ocurrió jamás, no digo ya subvertir el orden en beneficio de sus ambiciones personales, cosa

común en todos los movimientos populares análogos al nuestro, sino que ni siquiera tuvieron voces para quejarse de la ingratitud de que fueron víctimas.

Lo que nos prueba cuanto era el patriotismo y cuanta la abnegación de esos héroes, que pasearon triunfante nuestra bandera por medio continente, con propósitos libertadores; que llegaron hasta templar sus aceros en el cráter de los volcanes del Ecuador, para fulminar con ellos á los tiranos de la América y darles libertad á medio continente Sud-Americano.

Tales son en breve síntesis las causas principales y los rasgos característicos de la fisonomía histórica de la revolución argentina, que he tratado de bosquejar.

Buenos Aires, Setiembre 1899.

JUAN C. JARA.

---

## MARIANO MORENO

«Que viva mi patria,  
aunque yo perezca.»

El Dr. Don Mariano Moreno nació en Buenos Aires el 23 de Setiembre de 1777. Era hijo de Don Manuel Moreno, español de noble abolengo que después de un naufragio lleno de vicisitudes, estableció su modesto hogar en esta ciudad.

Moreno fué educado por una madre religiosa y austera que logró imprimir en el alma del hijo las mismas tendencias de la suya, tanto que se pudo abrigar la esperanza de consagrarlo á la iglesia. Esta misma influencia que imperó para siempre en su alma, fué la que le hizo desterrar los asuntos religiosos del periodismo y que lo llevó á exageraciones como la de suprimir en su traducción del *Contrato Social*, obra predilecta suya, la parte referente á la religión, porque el autor había tenido «la desgracia de divagar en esta materia».

Siguió los cursos de la *Escuela del Rey* y del *Colegio de San Carlos* completando sus conocimientos con la lectura de buenos libros á la que era muy aficionado, y con el

trato diario de personas versadas en ciencias y letras, pues los rasgos atrayentes de su espíritu y su amor al estudio le granjearon desde muy joven la amistad de las personas más notables de la colonia. Otro tanto le sucedió en Chuquisaca, donde vivió en medio de la clase más intelectual que allí existía, cuando, para completar su instrucción, se vió en la necesidad de trasladarse á ese gran centro de cultura.

Allí tuvo á su disposición la biblioteca del canónigo Terrazas, y se dedicó con afán á la lectura de los libros franceses de mayor mérito; sus autores predilectos fueron: Raynal, Helvétius, Filangieri, Mirabeau, Mably, Rousseau, y algunos otros. Conviene recordar cuáles fueron las lecturas con que nutrió su espíritu, porque ellas arrojan una viva luz sobre su obra y nos permiten conocerla y conocerle mejor. Por otra parte, su biblioteca era muy limitada, y así tenía que suceder en una época en que la propaganda en las colonias españolas era difícil y escasa con la comunicación de Francia é Inglaterra.

La librería de Moreno puede verse hoy en la biblioteca nacional, y «aún sin ser argentino, dice el Sr. Groussac, basta ser hombre y estar contaminado de ese algo íntimo y enfermizo que alimenta la burla macisa de los positivistas á lo Lombroso, para sentir como un contacto indefinible al volver esas páginas grises . . . el leve roce de una ala invisible que parece la del *genius loci* allí adormecido . . . »

Moreno conocía algunos filósofos y escritores del siglo XVIII y se sabía de memoria los filósofos y era enciclopedista, como lo prueban á cada paso las citas que hace en sus escritos, sin citar al autor de quien los toma, pero

señalándolo con un rasgo, sub-rayando la frase y transcribiendo á veces párrafos enteros.

Elige de sus autores favoritos aquellos que juzga más en armonía con la situación de su país, y deja correr «su verbo torrentoso que arrastra en su carrera mezclados con ideas y frases propias, detritus y astillas innumerables de Mably, Volney, Rousseau y Raynal.»

Moreno fué el génio de la revolución de Mayo. Hombre de acción, empleó el arte literario como un medio para llegar al fin que se proponía, pero su lenguaje fué profundo, su oratoria adecuada y en un progreso siempre creciente hácia la perfección. Su elocuencia era eficaz, convincente, arrebatadora; su influencia irresistible y cuando se considera la actividad inaudita de su espíritu siempre en acción, la inmensa labor en tan corto período realizada, la mente entristecida lamenta su prematuro fin, mientras el corazón agradecido le eleva una plegaria.

Se estrenó con una disertación sobre la ley 14 de Toro, para optar el grado de doctor, trabajo que, aunque de limitadas proporciones, revela ya una inteligencia experta en el manejo de las leyes.

En Setiembre de 1805 regresó á su patria con una esposa extranjera y un hogar que sostener. Se dedicó á las tareas del foro, haciéndose notar [por su celo y energía en la defensa del derecho, tanto como por su caudal de saber y de experiencia.

Era redactor del tribunal de la audiencia cuando ocurrió la primera invasión inglesa, en cuya época redactó una «Memoria» sobre este acontecimiento, que lo había impresionado hondamente.

En ese escrito trata de demostrar que la rapidez con que

las armas inglesas tomaron á esta ciudad, supone negligencia ó indiferencia en el gobierno y en sus habitantes. Considera la espléndida situación de Buenos Aires, como punto mercantil; habla del movimiento de entradas y salidas de productos: de la yerba-mate, cueros, carne, pieles y negros esclavos, diciendo que es el único puerto de esta América que pueda llamarse comercial.

Considera también el efecto desastroso que para España produciría la pérdida de este puerto; que conociéndolo, aquella procuró ponerlo en estado de defensa, habiendo por consiguiente dentro de sus muros pertrechos de guerra para resistir mucho tiempo.

Habla de la ineptitud de Sobremonte y elojia el proceder del vecindario de esta ciudad que mereció, dice, el título de «muy leal y guerrero.»

Pinta admirablemente el movimiento invasor de los ingleses, desde los amagos que la presagian en Montevideo hasta su desembarco en la costa de Quilmes y la débil resistencia del «injustamente célebre Don Pedro Arce.»

Critica el plan de defensa ideado por los criollos y refiere la capitulación dejando traslucir la pena que le embarga con esta conmovedora conclusión: «Yo he visto en la plaza llorar muchos hombres, por la infamia con que se les entregaba; y yo mismo he llorado más que otro alguno, cuando á las 3 de la tarde del 29 de Junio de 1806 ví entrar 1560 hombres ingleses, que apoderados de mi patria, se alojaron en el fuerte y demás cuarteles de la ciudad.»

Después de espulsados los ingleses, volvió Moreno á su puesto de la Audiencia y no pasó mucho tiempo sin que

realizára obras que le hicieran notable, pero ninguna tanto como su famosa «Representación á nombre de los hacendados.»

España había implantado en estas colonias un régimen ruinoso por medio del monopolio, que fué uno de los errores más graves en que haya incurrido jamás nación colonizadora alguna. Este sistema, mantenido con toda estrictéz, labró la ruina de la Colonia, manteniéndola en el atraso y la ignorancia primitiva, haciendo imposible el desarrollo de las industrias nacionales y el comercio internacional.

En la época en que Moreno realiza su obra (1809) la vida era muy difícil, los hacendados se desanimaban viendo esterilizados sus esfuerzos, los objetos más sencillos costaban un dineral, los agricultores trabajaban esterilmente, pues no tenían mercado para sus productos y con excepción del pequeño grupo de los favorecidos por el monopolio y los contrabandistas, estaban en una situación desesperante. El tesoro público no se hallaba mucho mejor y las autoridades coloniales trataban inutilmente de poner remedio á tantos males, ensayando sin resultado varios temperamentos.

En semejante situación se comprende cuál debía ser el espíritu que animara el trabajo que Moreno presentó al virrey, obra en la cual volcó todos los ardores de su alma de patriota, envolviendo en el mismo arranque apasionado á todo el pueblo y convirtiendo á su alegato en una verdadera manifestación del sentimiento popular que supo interesar en su favor.

Habla á nombre de los hacendados de ambos márgenes del Plata, con el objeto de que no se «frustre la reali-

zación de un plan capaz de sacarlos de la antigua miseria á que viven reducidos.» Recuerda las promesas de mejoras hechas por el virrey y elogia la moderación de sus representados que aunque debía serles «temerosa la imájen de su anterior abatimiento,» dejaban sin embargo al celo del gobierno la combinación de unos bienes que *causas irresistibles sacaban del olvido en que han nacido sofocados.*

Habla en seguida del estado deplorable en que el nuevo virrey ha encontrado el erario, señalando al comercio libre con los ingleses, como único medio de rehacerse

Al ocuparse de los hacendados y labradores tiene expresiones tan justas como la que sigue: «los labradores de nuestras campañas no endulzan las fatigas de sus útiles trabajos con los honores que la benignidad del monarca dispensa; el sudor de sus rostros produce un pan que no excita la gratitud de los que alimenta, y olvidada su dignidad é importancia, viven condenados á pasar en la obscuridad los momentos que descansan de sus penosas labores. Los hombres que han unido lo ilustre á lo útil, ven desmentida en nuestro país esta importante máxima y el viajero á quien se instruyese que la verdadera riqueza de esta provincia consiste en los frutos que produce, se asombraría cuando, buscando al labrador por su opulencia, no encontrase sino hombres condenados á morir en la miseria.»

Critica á los comerciantes que, con limitadas miras juzgan perjudicial la medida por él aconsejada y «*eleva la voz de la patria*» transmitiendo los votos honrados» de los que han dado impulso y dirección á sus ideas.

Trata de demostrar la necesidad y conveniencia del plan que propone y considera que estaban en un gran error

los que creían que abrir el puerto á los ingleses era un mal para el país, porque desde 1806 una série de expediciones había provisto al país de lo necesario para su consumo y con las leyes prohibitorias solo se conseguía privar al erario del ingreso de sus derechos y al país del fomento que el libre retorno le hubiera producido.

¿Qué cosa más ridícula, dice, que la vista de un comerciante que defiende á grandes voces la observancia de las leyes prohibitorias del comercio extranjero á la puerta de su tienda en que no se encuentra sino géneros ingleses de clandestina introducción?

Procura interesar el ánimo del virey é inclinarlo en su favor, diciéndole que el comercio libre pondría al país en condiciones de acopiar fondos con que socorrer á la afligida metrópoli. Estudia la situación de España invadida, para probar que está en la imposibilidad de sostener el monopolio ó impedir el contrabando; y que Cádiz no tiene productos que enviar ni barcos con que realizar la exportación é importación.

Para vencer la resistencia de los comerciantes españoles y del virey mismo, recuerda los servicios prestados por Inglaterra á la metrópoli, en situación critica para ésta, diciendo que no puede ser buen español el que mire con pena el comercio de la Gran Bretaña.

Sabido es que el éxito más completo coronó los esfuerzos del elocuente representante de los hacendados, y los ingleses lo miraron como el más decidido defensor de sus intereses y por eso acogieron también con simpatía el movimiento revolucionario que más tarde se produjo al saber que Moreno estaba al frente de él.

Producido el movimiento hácia la independendencia, Mo-

reno se entrega á él por completo, y su actividad es asombrosa, interviene en todo, prepara las expediciones militares y les comunica su entusiasmo contagioso, resuelve las cuestiones políticas, despacha los asuntos administrativos y está al tanto de todos los sucesos no solo del vireynato, sino de toda esta América.

Un bando publicado por el virey de Lima (Setiembre de 1810) declarando reunidas á su jurisdicción la provincia de Buenos Aires, le hace exclamar indignado: que lamenta que la conducta de los «enemigos» le obligue á distraer un tiempo que desearía emplear más útilmente, y refiriéndose al bando publicado, juzga este acto como despótico, criticando el empeño que tuvo el virey de revestir de un aspecto de justicia y conveniencia una medida que no lo era, diciendo que el presidente de Charcas y el gobernador de Potosí le habían pedido esta anexión «de suerte que los habitantes de nuestra provincia son unos rebaños que se mercan, venden, cambian y trasladan á discreción del pastor que los gobierna»

Con frases enérgicas en que vibra su espíritu batallador, condena y rechaza al virrey que se presenta invocando la autoridad de la Junta de Cádiz, para ser reconocido. Niega á tal corporación el derecho de imperar sobre estas colonias y señala los miembros que por sus felonias y actos de cobardía se han hecho indignos de la autoridad real. Critica la formación de la Junta antes nombrada, diciendo que carece de autoridad para erijirse en soberano y mucho menos para transmitir estos mismos títulos á otros como Abascal.

Indígnase al considerar que no quieren reconocer á estas colonias el derecho de gobernarse por sí mismas, por-

que «nos graduaron *hombres destinados por la naturaleza para vejetar en la oscuridad y abatimiento*».

A menudo vuelve sobre esta frase que debió herirlo en lo más íntimo de su alma de patricio.

Pinta con sombríos colores la triste situación de estas tierras durante la dominación española y cuando los naturales del país parecían destinados á subrogar el rango de sus dominadores, se ofenden estos de la moderada pretensión con que aquellos se contentan, de que todos somos iguales aunque se reconocen sin patria, sin apoyo, sin parientes y enteramente sujetos al arbitrio de los que se complacen de ser sus hermanos, les gritan todavía con desprecio: alejaos de nosotros, resistimo vuestra igualdad, nos degradaríamos con ella, pues la naturaleza os ha creado para vejetar, etc.

Rebate con calor esta afirmación y tornándose luego satírico, como á veces suele serlo, critica el mal castellano del zarandeado bando, diciendo así como de un hombre asustado se dice que *se le ha acabado el castellano*, «no es extraño que se le acabe el castellano, agrega, á quien *no ve muy duradero el virreinato*».

Su incansable actividad se dirige en todos sentidos, mientras crea la *Biblioteca Nacional* y la *Gaceta* para inspirar y dirigir el espíritu público procurando ilustrarlo, y traduciendo con igual propósito al *Contrato Social*, se preocupa también de los intereses económicos; habilita el puerto de la Ensenada y los de Maldonado y Río Negro; hace levantar un censo de la ciudad de Buenos Aires; trata de extender las fronteras; en fin nada escapa á su espíritu previsor, concededor de los hombres y de las necesidades de su país.

Consecuente con su propósito de instruir al pueblo haciendo accesible á todos los espíritus las ideas superiores y necesarias, realiza la traducción del «Contrato Social» al frente del cual coloca un prólogo en el que expone los móviles que lo han impulsado á tal obra, diciendo: que se propone hacer llegar á la mente de todos, los principios de derechos públicos que serían de efecto pasajero si solo los conocieran diez ó doce literatos.

Recuerda el estado de esclavitud en que han estado estas regiones y la ignorancia que fué su resultado; y que son vanos los esfuerzos mejor inspirados, inútiles los congresos, si no se destruye primero «las reliquias del despotismo» si no se ilustran los pueblos, si no se vulgarizan sus derechos, si cada hombre no conoce lo que vale, lo que puede y lo que se le debe».

En tales condiciones, agrega, el que posee luces, está en el deber de ilustrar á los demás, prestando así iguales servicios que el soldado que combate contra el enemigo. Por esto reimprime aquellos libros de política que se han mirado como el catecismo de los pueblos.

Una de las grandes creaciones de Moreno es la Biblioteca Nacional, de la cual es verdadero y único fundador. Desde hace algunos meses su imágen respetada se alza en el salón principal de dicho establecimiento y no puedo resistir al deseo de repetir aquí lo que el señor Groussac dice con este motivo: « Al rededor de la blanca figura apacible, se sucederán las generaciones de lectores, en busca de la ciencia fecunda, del arte civilizador. Tendrán á la vista otra enseñanza. En los minutos de tregua mental, podrán alzar los ojos y contemplar la frente despejada que faè molde de una razón luminosa, la curva en

arco tendido de los labios persuasivos, que no se abrieron sino para palabras dignas de ser oídas; la resaltada barba napoleónica, indicio de energía y voluntad; pareceráles por instantes que un rayo de ultratumba, filtrado por la hueca pupila, se exparce en la cabeza del númen tutelar, ya revestida con la nobleza serena y la belleza exangüe de la inmortalidad.»

Su celo de propagandista y de apóstol, encontró un amplio cauce en que desarrollar la corriente de sus generosas ideas en la *Gaceta*, la cual llenó muchas veces él solo con su múltiple labor. La magnitud y variedad de los negocios que reclamaban su atención, no le permitió siempre revisar y pulir su artículo, muchos de los cuales conservan el rastro de la premura con que fueron escritos, pero si algunos carecen de método ó de medida, en cambio brillan todos ellos por su vigor y su elocuencia.

Con qué fervor saluda la nueva era en que se podría pensar lo que se quisiera y decir lo que se pensara. Armoniza con este pensamiento su artículo *sobre la libertad de escribir*.

Recuerda el estado de esclavitud en que el error y las preocupaciones han sometido al hombre. Incita después á que «desdeñando envejecidas opiniones no se reprima la inocente libertad de pensar, se dé acceso á las luces de la verdad y la ilustración que son el mejor medio de evitar el error, la mentira, el fanatismo y el embrutecimiento que causan para siempre el abatimiento y la ruina de los pueblos.»

A propósito de los vejámenes inferidos á los patriotas por el presidente de Charcas, escribió en la *Gaceta* del 6 de Setiembre un artículo en que se siente vibrar

su alma toda de patriota; herido en lo más íntimo parece complacer su encono en repetir aquellas abominables palabras de Abascal: *seres destinados á vejetar, etc.*

Con frases llenas de pasión, proclama á los peruanos para que se unan á sus hermanos de Buenos Aires y conquisten así la libertad.

Con motivo de la revolución de Chile, escribió también dos artículos bellísimos en los cuales se desborda su íntimo amor á la libertad y su apasionamiento contagioso. Fustiga sin piedad á los que oponen trabas á la libre organización de estas colonias y elogia los esfuerzos realizados aconsejando perseverar en la lucha. Al leerlo, se siente el alma vibrar al unísono con la suya y los labios repiten sus voces proféticas: «El genio americano que ha inventado tantos recursos en un solo pueblo, obrará prodigios en toda la América».

Conforme á lo establecido el 25 de Mayo, para organizar el país y dictar una constitución, se reunió en esta ciudad la asamblea constituyente. Entonces Moreno, justificando una vez más la elevación de sus ideas y la exactitud de su juicio, publicó en la Gaceta una serie de artículos que por sí solos bastarían para cimentar la gloria de su nombre.

En ellos, el Mirabeau argentino, plantea y resuelve los más árduos problemas y los que más interesaban en esos momentos al país. Sobre la misión del Congreso Constituyente, escribía: Esta asamblea es responsable de un empeño sagrado que debe producir la felicidad ó la ruina de estas inmensas regiones.

Las naciones cultas de Europa esperan con ansia el resultado de tan memorable congreso. Una censura rígi-

da, imperial é inteligente analizará sus medidas y providencias.

Y más lejos dice: el desprecio de los sábios y el ódio de los pueblo precipitarán en la ignominia y en un oprobio eterno á los que, malogrando momentos que no se repiten en muchos siglos, burlasen las esperanzas de sus conciudadanos y diesen principio á la cadena de males que nos afligirian perpetuamente si una constitución calculada no asegurase la felicidad de nuestro futuro destino.

Con cuanta justicia, agrega: muchos siglos de males y desgracias son el terrible resultado de una constitución errada: y raras veces quedan impunes la avaricia ó ambición de los que forjaron el infortunio de los pueblos.

Otro párrafo que aún en nuestros días sería bueno leer y meditar, es el siguiente: Seremos respetables á las naciones extranjeras, no por riquezas, que exitan su codicia, no por la opulencia del territorio, que provocaría su ambición; no por el número de tropas que ea muchos años no podrán igualar á las de Europa: *lo seremos solamente cuando renazcan entre nosotros las virtudes de un pueblo sóbrio y laborioso, cuando el amor á la patria sea una virtud común.*

Hablando de los magistrados, dice: «el pueblo no será menos desgraciado por ser sus hijos los que lo gobiernen mal.»

El pueblo no debe contentarse con que sus jefes obren bien, debe aspirar á que nunca puedan obrar mal, á que sus pasiones tengan un dique más fuerte que el de su propia virtud y á que la bondad del gobierno no se derive de las personas sinó de una constitución firme, que en ningún caso deja á aquellas la libertad de hacerse malas impunemente.

Declara su preferencia por la forma mixta de Inglaterra

como «el gran modelo que los tiempos modernos presentan».

Moreno no es federal ni unitario; su gran preocupación es la organización del país, dejando para más tarde la cuestión del federalismo. Es ante todo el sostenedor de la constitución inmediata del estado, el ardiente defensor de la soberanía popular y propagador de las más avanzadas doctrinas.

Las vicisitudes políticas porque ha pasado nuestro país hasta constituirse definitivamente, prueban cuán fundadas eran las previsiones de Moreno y su empeño para que se organizara sábiamente.

En estos últimos tiempos se ha descubierto en el Archivo de Sevilla un documento que se atribuye á Moreno, aunque algunos, como el Sr. Groussac, lo rechazan por apócrifo.

Es este un *Plan de Operaciones* que redactó por encargo del gobierno é indicando cuál era la conducta que se debía seguir para consolidar la obra de la independencia.

Encuentro en este plan algunas frases que parecen como una justificación desesperada de los actos de sangre á que precipitó á los revolucionarios. Dicen así: «No debe escandalizar el sentido de mis voces, *de cortar cabezas*, verter sangre y sacrificar á toda costa, y sinó, ¿por qué nos pintan á la libertad ciega y armada de un puñal? Por qué ningún estado envejecido ó provincia, puede regenerarse, ni cortar sus corrompidos abusos, ni verter arroyos de sangre?»

«No se podrá negar que en la tormenta se maniobra fuera de regla y que el piloto que salva el bajel, sea como fuere, es acreedor á las alabanzas y á los premios.»

En virtud de la circular enviada á las provincias, llegaron á esta ciudad los diputados y el 18 de Diciembre reclamaron ser incorporados á la Junta. Saavedra y el Dean Funes, con todos sus adeptos, eran partidarios de esta incorporación como medio de debilitar el poder de Moreno, cuya rivalidad con el presidente de la Junta se había acentuado desde el incidente del baile dado por los Jefes del Regimiento de Patricios que dió lugar á la última manifestación de la energía de espíritu de Moreno y de su recto patriotismo, obligando á firmar al mismo Saavedra, el decreto sobre la *supresión de honores al Presidente de la Junta* estampando frases como ésta: *un habitante de Buenos Aires ni ébrio ni dormido debe tener impresiones contra la libertad de su país.*

Después de incorporados los diputados, Moreno presentó su renuncia indeclinable y al mes fué nombrado Plenipotenciario cerca del Ministerio Inglés. Murió en el viaje, fatalmente para la patria, pero felizmente quizás para su gloria entre las generaciones argentinas, como dice el Sr. V. F. López.

De Moreno podría decirse con el poeta: Fué un astro eclipsado en su primer mañana.

Al considerar su efímera existencia tan fecunda en promesas y que tanto produjera ya, el corazón se siente oprimido de una mortal tristeza. Semejante á un astro luminoso, comienza á describir su órbita gigante en el cielo opaco, iluminándolo con sus resplandores para ocultarse á la mitad de su carrera, dejando sin embargo un reguero de eterna luz, pues su nombre se presentará siempre á las generaciones venideras entre resplandores de apoteosis.

ELVIRA V. LÓPEZ.

Agosto 1.º de 1899.

---

## LOS PARTIDOS

Al emprender el estudio del fenómeno político de nuestra historia patria sobre los partidos, me concretaré á hacer algunas consideraciones de orden general con el propósito de abreviar en cuanto sea posible la extensión de este trabajo.

Partiendo del concepto científico de que en todas las épocas el medio físico y las circunstancias externas, ejercen tal influencia en el organismo que determinan el carácter y modalidad propia en el individuo y en la colectividad, procuraré remontarme al origen de la tendencia dominante con que aparece revestida la sociabilidad argentina en la época de la emancipación, determinando rumbos nuevos, tendencias políticas avanzadas en pugna con el antiguo principio y régimen político español.

Personas de altísima autoridad en materia de historia, tratando del punto que nos ocupa, han llegado á la conclusión de que las tendencias del espíritu democrático y federativo son heredadas de la Madre Patria y que su origen es eminente español; pero ante esta afirmación cabe preguntar ¿por qué ha ocurrido, que llegando el momento de independencia para las colonias Hispano-Americanas,

unas se han decidido por la forma de gobierno unitario, otras por la federal? ¿Cuál es el secreto de esta diferencia? ¿Cómo es que habiendo heredado el mismo espíritu en la dirección política, se ha llegado á resultados distintos?

A mi modo de ver, hay una circunstancia que explica esta diferencia y es la condición social del elemento conquistador y colonizador. En efecto: sabemos que á la inversa del resto de la América, los estados del Rio de la Plata fueron conquistados por una corriente democrática, mientras el Perú y Méjico lo han sido por señores dignatarios. Por otra parte, la raza peruana ó incásica caracterizada por su espíritu afeminado, no presentó dificultades ni oposición á la conquista; en cambio las de aquí la han resistido tenazmente.

En nuestro suelo, donde no se les hicieron grandes honores al Conquistador desde el primer momento, nuestra raza ha demostrado otra tendencia que ha seguido hasta el presente. Los conquistadores del Rio de la Plata han pertenecido á la clase media, y han tenido que hacer gobierno democrático por las circunstancias del caso, y es precisamente esta la circunstancia á que me he referido antes; de explicar el hecho de que si en tesis general nuestras tendencias de todo orden han sido heredadas de la Madre Pátria, ellas mismas acusan modos de ser y caracteres distintos, de acuerdo con el temperamento de las razas conquistadas que ha hecho que nuestro pueblo se decida más facilmente por la forma democrática.

Producido el movimiento de emancipación en el Virreynato de Buenos Aires, el cambio de autoridad se opera con arreglo á la forma de gobierno establecida en las viejas comunas españolas; el procedimiento político

inicial tiene este carácter; pero el alma es contemporánea y viene á quedar en pugna con el viejo principio español, originando las dos tendencias que con las denominaciones de Conservadora y Democrática al principio, Centralista y Descentralizadora, Unitaria y Federal después, han venido á caracterizar con sus luchas el corto período de nuestra historia política.

De un lado está la tendencia á crear un gobierno central y fuerte, que bien puede asimilarse á la que animó el espíritu de Alejandro y César en la antigüedad, de Carlo Magno en la Edad Media y que volvió á retornar con Napoleón en nuestros tiempos; del otro, la tendencia nueva, el espíritu natural de libertad y democracia que siempre ha caracterizado las nuevas nacionalidades.

Y dentro de estos dos órdenes de ideas, aparece la primera manifestación de los partidos denominados: conservador y demócrata, cuyos representantes genuinos fueron respectivamente D. Cornelio de Saavedra y el Dr. D. Mariano Moreno.

Partiendo de este momento histórico, después que la Junta de Gobierno de 1810 convocó á elecciones á todos los pueblos del antiguo virreynato á fin de que nombráran representantes para establecer la forma de gobierno más conveniente, y reunidos ya la mayor parte de los Diputados en Buenos Aires, aparece la tendencia descentralizadora, por cuya causa la Asamblea fué disuelta por el motin de 6 de Abril. Podemos reconocer entonces como planteada la lucha de las ideas centralistas y descentralizadoras que no son más que una derivación de las que denominamos conservadoras y democráticas, é indudablemente

aquí empieza la lucha entre estas ideas que han originado nuestros partidos Federal y Unitario.

En adelante, toda la historia política de nuestro país se refunde en estas dos palabras: Unitario y Federal, ó sea en el choque de estos dos elementos y el triunfo del segundo. Al rededor del 1º, giran los que llegan hasta proclamar la monarquía como única forma posible de gobierno, y al rededor del 2º, los que, dándose cuenta de las tendencias políticas y de la naturaleza íntima de la naciente sociedad, luchan por llevar á la práctica el sistema de gobierno que más se ajustaba á sus condiciones; y en este sentido era la forma federal que más se imponía, porque era la única orgánica, la única que respondía al carácter y modo de ser de nuestro pueblo.

Se ha dicho que la idea de la federación era prematura; pero de ninguna manera puede considerarse como tal, puesto que ella encarnaba la índole política del pueblo argentino. Lo que debemos considerar es que, dadas las circunstancias especiales en que vino á colocarse desde el principio, era de difícil realización. Por esto ha sido tan pesada la tarea de los políticos argentinos que tenían que encontrar la fórmula que sin contrariar las tendencias políticas del país le diera unidad y vigor.

Desgraciadamente, lejos de amoldarse á la índole de nuestro pueblo, lejos de reconocer su vitalidad, su temperamento y su pasado, creyeron haber resuelto el problema con la centralización del gobierno, bajo la forma unitaria. Creyeron que el país debía ser unitario por cuanto era necesario reprimir la anarquía, sin darse cuenta de que ella era el efecto de la comprensión. Así la lucha con los llamados caudillos del litoral, Artigas, López y Ramírez, fué una

verdadera contienda de centralismo y federalismo. Y en esta lucha entre las tendencias orgánicas del país y la teoría opuesta del gobierno, no podía haber conciliación.

Desconocidos pues por las cabezas dirigentes estos antecedentes, la lucha tuvo que producirse fatalmente entre una y otra tendencia, y se desencadenó con tal energía que las fuerzas naturales recobraron su equilibrio en 1820, año en que tuvo lugar el triunfo definitivo de la tendencia federal.

El partido unitario deshecho, abandona sus ideas de predominio y desapareciendo el gobierno central, recién empieza á ser posible la organización de la República, llevada á feliz término el año 53.

A. MENDIETA.

---

## ASAMBLEA DEL AÑO 13

Dos fines perseguía la revolución de Mayo: uno militar, político el otro.

Para realizar el primero, se improvisaron ejércitos; para conseguir el segundo, se convocaron los representantes de los pueblos á fin de formar una *asamblea constituyente*.

« El domingo 31 de Enero, dice la *Gaceta*, se abrió la Asamblea General de las Provincias Unidas del Río de la Plata; la solemnidad de su instalación y el público regocijo de los habitantes de la capital, descubría el deseo con que aguardaban ese día feliz. »

En la mañana del día indicado, salieron del fuerte los diputados en corporación, acompañados por las autoridades civiles, eclesiásticas y militares, dirigiéndose á la Catedral en medio de las aclamaciones del pueblo entusiasmado.

El Excmo. Gobierno procedió, después de la misa, á tomar juramento á los Diputados; juraron estos por los Evangelios desempeñar fielmente los deberes de su cargo.

Inmediatamente fueron conducidos á la sala de sesiones, dispuesta en el Tribunal del Consulado donde realizaron ese mismo día su primera sesión.

Entre las importantes disposiciones tomadas ese día, me recen mencionarse las siguiente:

Se declaró que las personas que constituían la *Soberana Asamblea*, eran inviolables y no podían ser aprehendidas ni juzgadas, sinó en los casos y términos que la misma Asamblea determinaría.

En esta disposición vemos el origen del art. 60 de nuestra actual Constitución, referente á la inviolabilidad de los miembros del Congreso.

Se sancionó el Gobierno interino que en esos momentos regía, que era el Triunvirato, hasta tanto se organizase el que había de ser definitivo.

Se nombró Presidente de esta Asamblea al diputado por Corrientes, don Carlos de Alvear y secretarios á los diputados de Buenos Aires, don Valentín Gómez y don Hipólito Vieytes.

Este célebre Congreso dictó muchas leyes y medidas muy importantes y en varios de sus decretos podemos hallar el origen de las disposiciones constitucionales que actualmente rigen.

Así por ejemplo el art. 15 que dice: en la Nación Argentina no hay esclavos etc., tiene su origen en el decreto que con fecha 2 de Febrero espidió la Asamblea Constituyente. Decía así: Siendo tan desdoroso como ultrajante á la humanidad, el que en los mismos pueblos que con tanto tesón y esfuerzo caminan hácia su libertad, permanezcan por más tiempo en la esclavitud los niños que nacen en todo el territorio de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, serán considerados y tenidos por libres todos los que en dicho territorio hubiesen nacido desde el dia 31 de Enero de 1813 en adelante.

Tan filantrópico designio bastaría para inmortalizar á la Asamblea que lo dictó, trasmitiéndonos su memoria rodeada de una aureola de gloria y de justicia.

En la sesión del dia siguiente se acordó remover de sus empleos á todos los europeos que no obtuviesen carta de ciudadanía, dando con esta medida una nueva prueba de moderación y de bien inspirados propósitos. Después de tres años de revolución, aún se espide un decreto para remover de los empleos á los mandatarios españoles y quitar de sus manos toda influencia en la administración. Sin embargo, raro es el pueblo que al salir de la esclavitud no haya pronunciado un decreto de muerte y exterminio contra sus antiguos opresores.

Solo nuestra historia ofrece rasgos singulares: oprimidos hasta el abatimiento y ultrajados con todo el orgullo que enjendra la fuerza al ver la revolución triunfante, no se ceban en la sangre de los injustos y de los opresores, sino que llegado el dia de la venganza ofrecen á los españoles el título de ciudadanía, dando asi la más grande muestra de imparcialidad y de moderación. Inspirados por la justicia, por la razón y por la naturaleza, dejan á un lado la pasión y el crimen para no pensar sino en el deber. Para las almas esclavas, las tinieblas del crimen; los criollos independientes saben cumplir con todos los deberes que impone el patriotismo.

La sesión del dia 4 declara libres á todos los esclavos que se introduzcan en el territorio.

El dia 5 se señala por un proyecto de censo, el primero de la República.

Y la del 6 por la determinación de los requisitos que ha de reunir el español que solicite carta de ciudadanía.

En solo una semana de labor, cuánto espacio recorrido, cuántas medidas oportunas y de real importancia.

Su actividad se ejerce en todos sentidos, consulta todos los intereses, tan justo en un plan relativo á los delitos, lo que aprueba, como en un decreto sobre comercio, lo que dicta.

Comprendiendo que el aumento de las riquezas territoriales de un pueblo debe ser el principal objeto de un legislador, y que el estéril monopolio es contrario á la abundancia y progreso de la agricultura, la Asamblea decretó que la extracción de harinas y granos fuera del país se declarase absolutamente libre de todo derecho y que en ningun caso pudiera recaer la menor prohibición en su extracción, sino cuando se tratase de exportarlo á países enemigos.

En el decreto prohibiendo la salida de la capital de los miembros del Ejecutivo, sin permiso de la Asamblea, encontramos el origen del art. 21 de nuestra Constitución referente al mismo asunto.

El 27 de febrero dictó el Estatuto al Poder Ejecutivo determinando su organización y atribuciones; y muchas de las facultades acordadas al Poder Ejecutivo se registran actualmente en nuestra Constitución.

Al dictar este Estatuto, la Asamblea demostró hallarse convencida de lo necesario que es deslindar las atribuciones de los poderes y fijar bien sus límites para evitar arbitrariedades, y al mismo tiempo crear un poder capaz de obrar con energía, ejecutar con rapidez y dirigir con unidad todos los resortes del sistema político.

Las sesiones primeras del mes de marzo se destinan á celebrar las noticias de la victoria obtenida por el ejército de la patria y después de recibir á besamanos al Poder Ejecutivo y demás corporaciones de la Capital,

pronunciando discursos alusivos, la Asamblea, en su sesión del día 6 de marzo, declara beneméritos de la patria á los vencedores de Salta y declara igualmente un escudo con esta inscripción: «La patria á los vencedores de Salta» que será el premio para los oficiales y soldados victoriosos.

Sesión del 5 de Mayo: «La virtud es la mejor recompensa de sí misma, y ningún verdadero republicano puede aspirar á otra gloria, que á la de merecer el elogio de sus conciudadanos y á oír publicar su nombre en los labios de la gratitud. Nadie es tan feliz entre los hombres como aquel á quien deben los demás su felicidad. Así es que cuando la Provincias Argentinas creen hoy asegurada su libertad por la memorable batalla del 20 de febrero, esta misma esperanza es el primer homenaje que tributan á los restauradores de la patria. Sin embargo, es un deber propio del Cuerpo Legislativo honrar al mérito, más bien para exitar la emulación de las almas grandes, que para recompensar la virtud que es el premio de sí mismo. A este fin ha decretado en este día la Asamblea General entre otras cosas lo siguiente:

«Los guerreros vencedores de Salta, han defendido con honor y bizarría, los sagrados derechos de la patria, haciéndose beneméritos de su gratitud en alto grado.»

En la sesión del día siguiente, un ciudadano representante de Catamarca, hizo moción para que se erigiere un monumento duradero, al valor, á la virtud y al patriotismo de los vencedores de Salta, á fin de transmitir su ejemplo á las más remotas generaciones y predicar con su elocuencia siempre viva el desprecio de la muerte, cuando para salvar la vida es preciso humillar la cervíz á los tiranos.

La Asamblea decretó lo que sigue:

«Queda decretado un monumento duradero, que se erigirá cerca de Salta, en el campo de batalla, en honor de la memorable victoria conseguida el 20 de febrero de 1813.»

Cuándo será el día que la gratitud de la patria cumpla el voto de los viejos fundadores de su nacionalidad?

Obedeciendo á sus impulsos de equidad, decreta en esa misma sesión un reglamento para la educación de los libertos, que merece ser conocido y que se hace interesante por el principio de humanidad que lo anima.

En la sesión del 8 de marzo, se acordó premiar al general Belgrano con un sable con guarnición de oro, llevando en la hoja la siguiente inscripción: *La Asamblea Constituyente al benemérito General Belgrano*, y además que se le hiciera la donación de 40.000 pesos señalados en valor de fincas pertenecientes al estado.

En la sesión del 10 de marzo, se dictó un decreto sobre inviolabilidad de los diputados, del cual probablemente arrancan los arts. 60, 61 y 62 de nuestra actual constitución.

Comprendiendo que la instrucción es el principal resorte del progreso para un país, no la descuidan aquellos constituyentes y en esta misma sesión aprueban un plan de enseñanza para la Facultad de Medicina, presentado por el ciudadano D. Cosme Argerich.

La sesión del día 12 se señala por un decreto humanitario en alto grado: la abolición de la mita y encomiendas, libertando á las indíjenas del tributo, *siendo la voluntad de la soberana corporación, que se les tenga por hombres perfectamente libres y en igualdad de derechos á todos los ciudadanos.*

El día 14 se celebra sesión extraordinaria para recibir

de manos del gobierno las banderas tomadas en la batalla de Salta. Con este motivo se pronuncian discursos elocuentes y vibrantes de patriotismo; los trofeos fueron destinados parte á la Catedral y parte á la iglesia de Nuestra Señora de Mercedes en Tucumán.

Durante todo el mes de marzo se reciben felicitaciones entusiasta de las provincias, que reconocen la Asamblea Constituyente.

En la sesión del día 24, el representante de Salta hizo moción para que se aboliese la autoridad del tribunal de la inquisición, devolviendo á los ordinarios la facultad de velar por la justicia y por la fé. Esta opinión fué apoyada y sostenida con energía por varios diputados y por el presidente, dictándose en tal sentido un decreto por el cual quedaba desde ese día absolutamente extinguida la autoridad del tribunal de la inquisición en todos los pueblos y territorios de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Seguramente fué un gran día aquel en que se quemaron en la plaza Mayor los instrumentos de tortura que durante tanto tiempo habían servido para atemorizar y deprimir el espíritu público. A los resplandores de ese incendio se desvanecieron para siempre las sombras del oscurantismo y del terror con que durante tanto tiempo se tuviera oprimida la conciencia.

Justicia, igualdad y humanidad, tal era el lema de aquella inmortal Asamblea que ha merecido pasar á la posteridad como un ejemplo viviente de cual ha de ser el espíritu que anime á todo congreso que, como aquel, destinado á buscar el bien de la patria, solo trabaje en conseguirlo, no con vanas alocuciones y promesas jamás cumplidas, sinó con una con-

sagración de todos los momentos y una obra tan real y duradera como fué la suya.

Esta misma Asamblea, en sesión del mes de abril, mandó acuñar monedas de oro y plata para sustituir las españolas hasta entonces usadas.

Pero es poner en difícil compromiso la suerte de los pueblos cuando se altera la moneda, disminuyendo el tamaño y peso de cada pieza, dejándole sin embargo ese mismo nombre y valor nominal; ó cuando alterando su ley se les pone mayor cantidad de liga; ó bien cuando se aumenta la denominación de una pieza sobre su valor intrínseco y real.

Entonces el comercio se resiente, y este agotamiento se comunica á todas las fortunas, todos los ciudadanos padecen, y por último resulta la ruina de los capitales, pues se destruye de hecho la confianza del negociante, se trastorna los precios y la tasa de los géneros, frustrando así las especulaciones mejor pensadas.

Por una consecuencia de estos principios vemos que muchas naciones modernas y los romanos mismos en los días de su mayor gloria, se vieron en la necesidad de declararse en bancarrota.

Basta el ejemplo de Francia, por lo que hace á la alteración de la ley de la moneda desde la época de Felipe I hasta la revolución, para calcular todas las injusticias que se han autorizado en este orden sin conseguir el más mínimo provecho.

Los representantes de la asamblea conocen muy bien todos estos inconvenientes y los evitan con religioso escrúpulo. Por esa razón la única alteración que introducen en la moneda es la del sello, sustituyendo bajo la

misma ley, peso y valor todo aquello que podía recordar la antigua sumisión, por los emblemas de la libertad. Así la codicia europea transmitiría á expensas suyas por toda la faz de la tierra, un símbolo de los grandes deberes que impone el juramento americano.

Picas, trofeos militares, banderas y tambores fueron esculpidos en dichas monedas y el sol de la independencia apareció en ellas rodeado por esta inscripción: *Provincias del Rio de la Plata en unión y libertad*. Este era el símbolo y esta la declaración que la nueva moneda, al circular, haría conocer á todos los hombres del mundo.

La explotación de nuestras riquezas minerales, que aún aguarda hoy una atención más decidida y mayor empeño por parte de nuestros gobernantes y legisladores, puesto que ella representa una parte de recursos nada despreciable para el país, fué objeto de un bien inspirado proyecto de ley que se registra en el acta de sesiones del 26 de abril y que fué sancionado en el mismo mes.

También merece mencionarse un proyecto enviado por el Poder Ejecutivo para la creación de un colegio Militar, que fué objeto de un prolijo exámen por parte de la comisión nombrada por la Asamblea que eligió para formar-la á los siguientes diputados: Alvear, Anchoris, López y Monteagudo.

En la sesión del 4 de mayo se concede derecho de sufragio á los indios en igualdad de condiciones con los demás hombres libres.

De esto á la ley que les prohibiera usar calzado y vestirse como los españoles, para no dificultar la tarea de los encomenderos, hay un abismo. Es que una ley nacía de la

libertad, hermana del progreso, y la otra de la opresión, perpetuadora de la ignorancia.

Siendo un deber de los hombres libres inmortalizar el día del nacimiento de la patria y recordar al pueblo venidero el momento feliz en que el brazo de los más intrépidos levantó el altar de la libertad, la Asamblea con fecha 5 de mayo expidió el siguiente decreto: «La Asamblea General declara el día 25 de mayo día de fiesta cívica, en cuya memoria deberán celebrarse anualmente en toda la comprensión del territorio de las Provincias del Río de la Plata, cierta clase de fiestas que deberán llamarse *Fiestas Mayas*».

En celebración del 25 de mayo se dispuso la manumisión de seis esclavos con los fondos de la Municipalidad. Igualmente se distribuyeron socorros entre varias familias indijentes tratando por este medio de ayudar en sus esfuerzos á jóvenes artistas y laboriosos.

Digno modo de celebrar el triunfante aniversario de la libertad.

La sesión del 11 de mayo es memorable porque en ella se declaró única canción de las Provincias Unidas la compuesta por D. Vicente López y Planes.

Obtenida la victoria por nuestras armas, era necesario recordar en una forma digna y duradera los triunfos alcanzados. Para lograrlo, la Asamblea, que tanto contribuyó con sus sábias y nobles medidas á preparar la independencia, apeló al patriotismo del P. Rodríguez y de D. Vicente López, invitándolos á componer un canto popular que recordase nuestros triunfos y mantuviera despierto en el pecho de los ciudadanos el entusiasmo de la libertad.

En la sesión del 11 de Mayo se leyó la producción de

López y fué declarada por aclamación «*la única canción de las Provincias Unidas*».

La primera edición de la Canción Nacional se hizo el 14 de mayo de 1813, en papel y formato de la *Gaceta* y con tipos de la Imprenta de los niños expósitos bajo el título de «*Marcha patriótica*». La música que conocemos es obra del maestro Blas Pareda.

En la sesión del 21 Mayo se hizo moción para que se extinguiera la Real Audiencia de Charcas, pues todos estaban conformes que no tenía ya razón de ser aquel tribunal puramente quimérico al frente de pueblos que habían proclamado ya su imprescriptible majestad. Y se dictó una ley en este sentido.

Nótese que cada una de las determinaciones de esta enérgica Asamblea son, no sólo elementos para la organización nacional, sinó movimientos irreversibles hacia la desvinculación ó mejor dicho á la destrucción completa de la pasada sumisión.

Se debe al diputado Alvear una moción que lo engrandece: la de la abolición de los títulos de nobleza, y la ley que ese mismo día se dictó, ha dado origen al art. 16 de nuestra Constitución actual.

La sesión del día 25 de mayo fué solemne y majestuosa. El Poder Ejecutivo, la Sala de Apelaciones, Municipalidad, Gobernador, Cabildo Eclesiástico, etc., penetraron por orden al recinto á felicitar á la Soberana Asamblea por el aniversario de este gran día. En todos los discursos domina la misma nota: la embriagadora alegría de la libertad y la execración apasionada contra el vencido, dureza que el tiempo no había dejado espacio aún para suavizar.

En la sesión del 4 de agosto el diputado Monteagudo

que había presentado un proyecto de ley, lo sostiene con brio, proponiendo que se abra un registro cívico donde se inscriban los nombres de los ciudadanos beneméritos. Y la ley se dictó, debiendo leerse cada año por el personero común el día 25 de mayo, la enunciada lista.

En nuestros días no podrían perpetuarse de un modo semejante la memoria de los que, por su virtud y patriotismo se hubieran hecho dignos? O es que no se hallaría ya nombres con que formar la lista honrosa que imaginó Monteagudo?

En la sesión del 13 de Agosto se puso en discusión un proyecto dejado por Alvear acerca de la supresión del mayorazgo y vinculaciones en el territorio de las Provincias Unidas. Fué sostenida y enérgicamente apoyada por Valle, Gomez y Vieytes, demostrando que los mayorazgos eran una contradicción con el espíritu de igualdad que debía reinar, pues este no era posible donde el patrimonio de muchas familias forme la fortuna de uno solo. Se sostuvo la razón suprema de un pueblo libre, que es el ser contrario á los vínculos del mayorazgo; la ley fué dictada en ese sentido.

El 26 de octubre se dictaba la siguiente ley: «La Asamblea General ordena que en los pueblos de la comprensión de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, no deberán, desde el presente, existir en las fachadas de las casas y demás parajes públicos, armas, geroglíficos ni distinciones de nobleza que digan relación á señaladas familias que por este medio aspiran á singularizarse de los demás».

Este decreto complementa el anterior y los dos tienden una vez más á destruir hasta en sus cimientos las reliquias del pasado, falso de equidad y de justicia.

En la sesión del 15 de noviembre hicieron uso de la palabra, entre otros, los diputados Gómez, Anchoris, Valle y Laguna, dirigiendo una rápida ojeada sobre los sucesos de esos últimos tiempos, el estado del país y los trabajos realizados por la Asamblea.

Amenazados de enemigos exteriores, precisados á esperar los últimos sucesos del Perú y la anhelada libertad de todo ese territorio, obligados por una tácita convención sancionada por la reciprocidad de los intereses continentales, á no anticipar las bases de una Constitución cuya salvaguardia debía ser la voluntad general, sin que concurrieran todos los representantes que aman la unión; obligados en fin á concentrar el poder mientras dure el conflicto y los riesgos; y siendo evidente para concluir, que el voto de los pueblos, los sucesos de la guerra, la situación política, todo insta á suspender las sesiones de la Asamblea hasta tanto varíe la situación política de las provincias; y considerando, además, que la Asamblea había llenado ya todos los objetos; que atendidas las circunstancias que la rodeaban, era prudente esperar de sus esfuerzos, dar forma al gobierno, establecer sus exclusivos atributos, fijar las bases de la garantía personal, arreglar la administración de justicia en todos los tribunales de esta clase, reformar algunos otros ramos que por estar sujetos á envejecidos abusos aún no eran susceptibles, sino de una perfección parcial; destruir con un golpe de autoridad ciertos obstáculos con que luchaba la opinión paralizada en sus progresos, resolvió suspender sus sesiones.

Estos fueron los objetos que tuvo la convocación de la Asamblea General á más del gran objeto de la constitu-

ción. Ella pudo felicitarse de haber cumplido lo primero, y tuvo derecho de esperar que para llenar el último la circunspección de esta medida fuera un sello anticipado de su acierto.

La Asamblea pues, declaró suspensas sus sesiones después de acordar el reglamento preventivo de este período, cuyo proyecto se encargó á los diputados Vieytes y Lopez, para que lo presentasen sin demora, el que debía discutirse en sesiones continuas hasta su conclusión. El 18 de noviembre se sanciona el reglamento y suspenden las sesiones hasta la reunión de los diputados y restauración de las Provincias del Alto Perú.

Para concluir, recordamos los nombres de los diputados que turnándose en el ejercicio de la presidencia, como era práctica, se han inmortalizado junto con los decretos que firmaron: Carlos de Alvear, Tomás Valle, Pablo Agrelo, Juan Larrea, Vicente López, Gervacio Posadas, Ramon Anchoris, Pedro Vidal y José Moldes.

ELVIRA V. LÓPEZ

---

## BROWN

COMBATES NAVALES DESDE 1813 HASTA 1828

Nada más elocuente que el retrato que del almirante Brown ha publicado el Dr. Vicente F. Lopez en su *Revolución Argentina*. Dice así:

«Brown era guerrero por genio; amaba el peligro y los combates, como los niños robustos aman inocentemente los ejercicios esforzados. Si tomamos por regla sus hechos, es incuestionable que estaba dotado de talentos distinguidos para dirigir las operaciones de una guerra marítima, pero ese acierto no parecía que fuese hijo de un juicio profundo, ó trabajo de una reflexión concentrada, sino pura inspiración y puro instinto.

«Bondadoso y sencillo, carecía de todos aquellos prestigios exteriores que revelan á los hombres superiores, ya sea en las maneras ó en el lenguaje. De él no podía decirse que supiera algo ni que fuera ignorante: era imposible descubrir si aspiraba á la gloria ó á las grandezas; si tenía pasiones, codicia, ó si obedecía á los impulsos del fanatismo político y nacional.

Y sin embargo no era un hombre frío y negativo; Brown tenía un talento misterioso, una especie de doble vista para distinguir en el fondo de nuestros rios y más allá del horizonte y de los mares; y estaba animado de una pasión poderosa y persistente que era el amor de la patria, es decir, el amor de Buenos Aires, porque para él, en la lengua española, la patria quería decir Buenos Aires; sin ir más allá ni quedarse más acá.

«El pueblo había adivinado las aptitudes y los méritos que se cobijaban dentro de aquella alma heroica y extraña á la vez. Las masas le admiraban con un entusiasmo que rayaba en la idolatría. Para ellas, Brown era el genio de las aguas del Plata, armado con un poder sobrenatural para vencer y humillar á los enemigos de Buenos Aires. Brown, sin embargo, no era capaz de electrizarlas con ademán imponente ni con una sola palabra atrevida: y la única manera con que él expresaba su propia satisfacción en medio de las populares ovaciones que recibía, era su sonrisa ingénua, sin entusiasmo ni orgullo.

«Recibía por premio de sus hazañas lo que el gobierno podía darle y si prefería que ese premio fuese en dinero, nunca fué insaciable y torpe como Cochrane.

.....  
Brown había nacido en Irlanda, pero no era irlandés, ni inglés, ni extranjero; sino porteño y nada más que porteño.

Un rincón de tierra en Buenos Aires, y la bandera celeste y blanca, eran su hogar y su patria; concentraban todos sus afectos, todos los horizontes y todas las aspiraciones de su vida: así es que por su mansa bravura y por la lealtad de sus servicios era como un noble *terranova* aque-

renciado en la ciudad, orgulloso de ser el guardián de las puertas y pronto á cada instante á echarse á las aguas para defenderlas.

Lo singular era que Brown había venido á Buenos Aires sin ningún antecedente que lo acreditara como marino de guerra.

El mismo no se conocía ni había descubierto en su genio la aptitud de un guerrero. Pero la causa prodigiosa que defendían los hombres de nuestra revolución, le había enamorado; y había formado desde entonces la resolución de servirla y de crearse en Buenos Aires una patria libre é independiente que la tiranía de los ingleses le negaba en Irlanda.

El pueblo que admiraba sus hechos y sus virtudes, consagró su nombre como una propiedad de nuestra revolución y de nuestro suelo; y Brown se convirtió de este modo en una de las glorias más puras y más originales de la historia Argentina.

Por eso, cuando Buenos Aires le levante la estatua que merece su renombre, es menester que le ponga en las manos el anteojo de *larga vista* y á los piés un *terranova* echado sobre las anclas, para simbolizar la mirada con que dominaba las aguas americanas y la lealtad ejemplar de sus servicios.»

#### Operaciones navales desde el año 1813 hasta 1828

El gobierno de Montevideo se opuso desde el primer momento al movimiento iniciado en Buenos Aires, el 25 de Mayo de 1810; las hostilidades se rompieron bien pronto y Rondeau fué enviado para sitiar la fortaleza. Pronto el

gobierno de Buenos Aires comprendió que era necesario crear una escuadrilla, para arrebatár, si era posible, á los españoles, el dominio del mar que entonces poseían.

Se compraron y equiparon algunos buques, y el mes de Febrero de 1814 el *Hércules*, fragata rusa mercante, la *Zéfiro* de igual clase, el bergatín *Nancy*, especie de patacho y la goleta americana *Julietta*, fueron equipadas como buques de guerra. Dióse el mando de esta armada, al capitán Guillermo Brown, al cual se confirió el título de teniente coronel y comandante en jefe de las fuerzas navales.

Brown residía en Buenos Aires y había llegado hacia fines de 1811 como capitán y propietario de un bergantín que se perdió en la Ensenada.

El 8 de Marzo de 1814, Brown zarpó de Buenos Aires con la escuadrilla, en busca de la enemiga, la que se avistó el día siguiente á poca distancia de la Colonia y siguió hacia la isla de Martín García, posesión de los españoles en aquel tiempo. Este punto es de gran importancia extratéjica por hallarse á la entrada del Paraná y Uruguay: es la llave de esos ríos. Allí tuvo lugar algunas de las más bizarras acciones de la escuadrilla argentina.

Brown resolvió buscar el enemigo y se dirigió directamente á Martín García. Las fuerzas españolas perfectamente establecidas y dirigidas por D. Jacinto Romarate de quien dijo Brown que en todos sus combates, nunca había hallado hombre más valiente.

Después de combates reñidísimos, los españoles vencidos huyeron en la mayor confusión.

Siendo día de San Patricio, el tambor y el pito, ambos irlandeses como Brown, tocaron su himno nacional, á cuyo

sonido, electrizados los agresores, se precipitaron en la isla y pronto se apoderaron de ella.

Entonces se vieron hechos tan heróicos como este: la *Tortuga* encalló é iba á caer en manos del enemigo cuando su comandante Miguel Espino, la hizo volar para impedirlo. Todos perecieron en ella.

Dejando á fines de marzo una corta guarnición en la isla, Brown regresó á Buenos Aires donde fué recibido con todo género de demostraciones de gratitud.

Al siguiente mes salió para establecer el bloqueo de Montevideo. Al llegar frente á esta plaza, tomó muchas presas tanto de España como del Brasil, y transportes que conducían leña y artículos de primera necesidad, la ciudad se vió tan aflijida por la falta de provisiones que los comandantes españoles resolvieron aventurar una acción á todo trance. á los que les inducía por otra parte la superioridad de sus fuerzas.

En la noche del 13 de Marzo de 1814, se observaron señales en el puerto, lo que hizo sospechar que saldrían al siguiente, y así fué; al amanecer del día siguiente se vió la flota española extenderse bajo el Cerro en número de trece buques y formando una línea excelente. Su aspecto era hermoso é imponente con sus velas desplegadas á los rayos del sol naciente. Formaban el queche *Hiena* con las insignias del comandante en jefe D. Agustín Sierra, el *San José*, *Mercurio*, *Mercedes*, *Posadas Cisneros*, *Carlos*, *Fama*, *Palomo*. Inmediatamente se observó que el queche recorría la línea como exhortando á los demás buques á cumplir con su deber.

El comodoro Brown, con el fin de sacar á los españoles á alta mar, y de combatir lejos del puerto para que

fuese más fácil cortar la retirada, fingió huir hacia el Sud seguido por los españoles que creyeron cierta la fuga.

De pronto, la escuadra patriota viró y se detuvo, maniobrando con el fin de cortar la retirada al enemigo. Con el mejor resultado, hubo una serie de combates y después de varios días de lucha el comandante Vigodet envió á Brown bandera de parlamento, proponiendo un canje de prisioneros y pasaporte para los diputados que quería enviar á Buenos Aires para tratar un armisticio. Lo primero se rehusó, pero fué concedido lo segundo.

El bloqueo continuó y la situación de Montevideo era cada vez más crítica.

El General Alvear, que había reemplazado á Rondeau, los estrechaba más de cerca y no quedaba á los sitiados más esperanza que una salida desesperada.

Brown, aunque no bien curado de las heridas que recibiera abordo del Itatí, durante un combate en que dió pruebas de valor haciéndose llevar á la cubierta y siguiendo de allí dando órdenes, resolvió continuar el bloqueo con más rigor que antes.

A fines de Junio se vió la ciudad en los más estrechos apuros y sin más provisiones que para una semana, Vigodet capituló y el 22 Alvear tomaba posesión de la plaza. Se tomaron cuatro buques y una rica provisión de armas militares y navales del arsenal.

Esta fué la más importante conquista de las armas de la República, pues no sólo afianzó su independencia hasta entonces precaria, sinó que indujo á los españoles á abandonar su proyectada expedición al Río de la Plata.

Cuatro ó cinco días después de la ocupación por las tropas de Buenos Aires, el General Vigodet y los cuatro co-

misionados que ajustaron la capitulación con el general sitiador, fueron recibidos á bordo del *Hércules*, con todo género de consideraciones por Brown, los cuales más de una vez lamentaron no haber conocido antes de la capitulación el carácter generoso del comodoro, pues habrían preferido rendirse á la flota. Cuando se embarcó el General Vignot para España con sus edecanes, recibió nuevas muestras de la generosidad del comodoro que llegó hasta darle de su bolsillo treinta onzas. Señale este hecho y corrobore que Brown no amaba la aventura sinó la gloria. No peleaba por lucro sinó por convicción. La simpatía que se manifiestan mutuamente los valientes, cuando están en conflicto, es más tocante que el clamor de las batallas. Si los vencedores fueran siempre tan solícitos en suavizar la suerte de los vencidos, la guerra perdería algo de su horror.

El gobierno de Buenos Aires, queriendo premiar á Brown, le regaló el *Hércules* y poco tiempo después se le nombró Comandante General de Marina.

Con el objeto de dar cima á la grande obra de la revolución americana, se resolvió enviar á Brown con una escuadrilla al Pacífico, á operar contra los españoles y proteger ó alentar cualquier tentativa revolucionaria de los patriotas; entre tanto se preparaba San Martín para cruzar los Andes y libertar á Chile.

Los refugiados chilenos habiendo comprado una hermosa goleta americana, designaron para mandarla al capitán Russel y pidieron al comodoro su cooperación, pues el *Hércules* forrado de cobre y reparado en la Ensenada, se hallaba listo para el servicio. Deseando Brown, auxiliar en cuanto

estuviese á su alcance la causa de la independencia en todas partes, solicitó del Gobierno le franqueara el bergantín *Trinidad*, ofreciendo sus servicios á Chile.

Después de doblar el Cabo de Hornos (Setiembre de 1815) y experimentar las tempestades tan frecuentes en aquellos mares, entraron en el estrecho de Magallanes á reparar las averías sufridas. Parte de la tripulación aterrada por estos contrastes bajó á tierra y huyó.

Enseguida dirigieron sus tentativas al Callao donde se encontraban algunos buques españoles y lograron echar á pique el *Fuerte Hermosa* y bombardear la ciudad del Callao que se agitaba en la mayor confusión.

Durante tres semanas el bloqueo de este puerto continuó, pero los republicanos no pudieron ponerse en comunicación con los patriotas peruanos como hubieran deseado para proporcionarse víveres, pues estos escasearon de tal modo que se resolvió ir á Guayaquil, de la que se sabía que estaba mal guarnecida y pronta á levantarse si una ocasión favorable se presentaba.

El 8 de Febrero de 1816 el primer fuerte llamado *Punta Piedras* fué tomado y demolido en menos de una hora. Inmediatamente los buques se dirigieron á la ciudad, al día siguiente llegaron frente á ella, las baterías fueron pronto reducidas al silencio y varios botes fueron enviados á tierra, llevando sus tripulantes la orden de clavar los cañones y regresar enseguida.

Pero, insubordinóse la gente enviada en la lancha, que era lo mejor de la tripulación; en vez de volver á bordo, entró en la ciudad en busca de botín y de bebidas, poniendo así en una situación muy crítica á Brown que, perdida toda esperanza de defensa eficaz, pues los españoles sostenían un

fuego nutrido aprovechando de las ventajas que la situación les concedía, hubo de arriar la bandera hasta entonces triunfante, para salvar los pocos que sobrevivían.

Pero era tal la furia de los españoles, que no prestó ninguna atención á este acto tan respetado por todas las naciones y continuó matando sin piedad.

El comodoro Brown, acompañado de dos marineros, se arrojó al agua é intentó ganar una embarcación patriota; el agua estaba llena de cadáveres; uno de sus compañeros fué muerto; al fin alcanzó el buque, pero los españoles continuaban el fuego y poco después abordaban á estribor; la escena que siguió fué horrible, los desgraciados que yacían desamparados sobre cubierta, fueron degollados. Lleno de justa ira ante esa escena, Brown tomó una mecha encendida y una espada, y se dirigió á la Santa Bárbara enviando decir al jefe español que si no cesaba la matanza, haría volar el buque con todos los que estaban á bordo, hallándose entre ellos muchos prisioneros españoles, uno de los cuales fué encargado de llevar el mensaje.

La amenaza surtió efecto, Brown y sus compañeros salvaron la vida, pero no así su equipaje. El saqueo fué tal, que el comodoro, sin más vestidura que la bandera patriota se envolvió en ella.

Allí fué admirablemente bien tratado; la superioridad de su espíritu le granjeó el respeto de todos que le cumplieron por su intrepidez.

En el mismo mes de Febrero emprendían viaje de regreso á Buenos Aires.

Durante este período, habiendo sido formalmente declarada la independencia del país por un congreso general, el gobierno se limitó á fatigar á España y menoscabar su

comercio por medio del corso, que tuvo ruinosas consecuencias para aquella nación.

En el año 1821 estallaron de nuevo guerras civiles entre las provincias y fué enviada una escuadra al mando del coronel D. José Matías Zapiola, en auxilio de Santa Fe, para destruir una fuerza naval mandada por un italiano Monteverde que en el año 1820 había sido enviado por el gobierno de Buenos Aires al Paraná arriba, y con toda su escuadra se pasó é incorporó á Ramírez. La escuadra de Monteverde fué atacada por el capitán Leonardo Rosales, y completamente derrotada. Rosales, uno de los primeros marinos argentinos que formado á la sombra del inmortal Brown, se prepara á recoger su herencia de gloria.

La corte del Brasil, aprovechándose de las disensiones que prevalecían entre Buenos Aires y la Banda Oriental, envió un ejército al mando del general Lecur á invadir este último territorio, el cual con el apoyo de una fuerza naval considerable, logró su intento, apoderándose de Montevideo.

Pero el intrépido Lavalleja y sus treinta y tres compañeros, apoyados por Buenos Aires, lograron, después de una lucha heroica arrojar al enemigo de su territorio. Resentido el Brasil por el apoyo que los argentinos prestaran á la república hermana, enviaron al almirante Lobo á bloquear á Buenos Aires.

A principios de 1826 Brown fué llamado del retiro en que había vivido por algunos años y nombrado almirante de la escuadra. Aunque las fuerzas eran muy inferiores á las enemigas, el héroe de Martín García y de Montevideo no se arredró, y tal era su popularidad, que, apenas izó su bandera á bordo del bergantín *Balcarce*, gran número de voluntarios

se presentaron dispuestos á seguirlo. Se compraron algunos buques y la tripulación fué aumentada con hombres de todas las naciones de los que solo una pequeña parte eran marineros. Los más eran inmigrantes y paraguayos y correntinos, enteramente nuevos para el mar. Después de emplear algunos días en ejercitar y regularizar el armamento, Brown salió en busca del enemigo, llevando en su compañía á los intrépidos capitanes Espora, Rosales y otros.

La fuerza brasilera, además de ser muy superior en número y armamento, tenía la ventaja de haber estado mucho tiempo en el mar; por consiguiente, sus hombres estaban mejor disciplinados.

Brown pretendió tomar por asalto la Colonia, pero á pesar de los actos de heroísmo realizados en diversas ocasiones, no lograron rendir á dicha plaza. Brown no se desalentó y continuó con Lavalleja un plan de operaciones que dió el mejor resultado; pues si no tomaron la Colonia, el movimiento que hicieron hacia la ciudad obligó á los brasileros á abandonar Martín García que habían empezado a fortificar, dejando cañones y herramientas en manos de los argentinos.

Brown envió al capitán Espora á Martín García con orden de embarcar los cañones que el enemigo había dejado y volvió á Buenos Aires, donde recibió orden de convoyar un cuerpo de tropa á la Banda Oriental. Después volvió á Buenos Aires.

El emperador cambió el jefe de la escuadra con el fin de conseguir cuanto antes destruir á nuestra escuadrilla. Brown se preparó á toda prisa y en el primer encuentro los puso en fuga, reduciéndolos á quietud por algún tiempo.

El 11 de Junio un nuevo triunfo le valió al almirante,

entre otras manifestaciones de entusiasmo, la de las damas porteñas que le regalaron públicamente una hermosa bandera nacional con las palabras «11 de Junio» bordadas, en conmemoración de este combate.

Largo sería relatar la serie de combates y triunfos alcanzados por la escuadra patriota unas veces sola, otras en combinación con el ejército de tierra que operaba en Montevideo.

La escuadrilla iba aumentando sus fuerzas, aunque con grandes dificultades, dándose el caso de que en ocasiones solo se encontrara algunos gauchos que se pusieran al servicio de las embarcaciones; pero débeseles tributar la justicia de declarar que nunca abandonaron sus puestos en los días de acción y de peligro.

La conquista de Misiones, realizada por las fuerzas de tierra y la ocupación de los ríos que después de improbable tarea obtuvo Brown, conjuntamente con las inquietantes noticias que llegaban de Portugal, oscurecieron los horizontes del Brasil; por otra parte su comercio sufría hondamente con el curso ruinoso establecido por Dorrego.

Todas estas consideraciones inclinaron el ánimo del emperador á negociar la paz. Y el 27 de Agosto se firmó un convenio altamente honroso para la República. La Banda Oriental quedó independiente.

Aunque la escuadra argentina fué siempre inferior á la brasilera, supo triunfar ó resistir con valor en todos los combates.

En el mes de febrero de 1827 alcanzó un triunfo completo en el *Juncal*, cerca de Martín García, y en junio del mismo año, en el combate de los *Pozos* los brasileros fueron derrotados.

La guerra duró dos años (1826-28) y en ese tiempo se llevaron á cabo numerosas hazañas, distinguiéndose entre otros Espora, Rosales, Jorge y Thorne.

No se sabe qué admirar más en esta lucha: si el valor de la República en acometer esa empresa con un Imperio, cuyos recursos y población eran tan superiores, ó la perseverancia en continuarla bajo las más abrumantes dificultades, y su terminación propicia más allá de todo cálculo.

Muchas causas, sin embargo, contribuyeron á este desenlace feliz. El Imperio, aunque populoso, estaba léjos de ser compacto. Abrazando tantos grados de latitud y tan diversos climas, aquellos de sus habitantes situados en sus extremos, eran naturalmente inadecuados para unirse en las mismas operaciones: los de las provincias del norte no eran físicamente los mejor dispuestos para guerrear en el sud.

Esta circunstancia contribuyó indudablemente á la decidida superioridad que el ejército republicano mantuvo, mucho más desde que la robusta milicia del sud, fué destruída é intimidada en las batallas de Sarandí, Ituzaingó, etc.

El intenso tráfico interno y externo del Imperio, y los capitales ingentes envueltos en él, ofrecían pingüe campo á la osada codicia de los corsarios, cuyas excursiones, arruinando á gran número de negociantes del Brasil, empobrecieron el tesoro público.

Pero de todas las causas que gravitaron para la celebración de la paz, la más grave fué quizás el enorme gasto de la flota.

Al principio de la guerra, se reputó que, según el estado reducido de la marina de la República, una fuerza corta

bastaría al bloqueo estricto del Río de la Plata. Mas, desde el momento que Brown tomó el mando, supliendo su génio emprendedor á la falta de naves y de marineros, se consideraron indispensables fuertes divisiones, pues ningún puerto del río estaba libre del número y variedad de sus ataques. La fuerza imperial fué aumentada progresivamente hasta ser una vez arriba de 50 el número de buques que tenían en el Río.

A los que conocían los elementos de que estaba formada la marina argentina, era materia de asombro cómo podía haber contenido á la del Brasil por un momento, ni mucho menos tenerla en jaque dos años, pues ésta aventajaba en todo á la argentina, menos en energía y moral.

Al principio de la guerra había indudablemente buenos marinos, pero estos desminuyeron. En la batalla de Juncal en el Uruguay los marineros eran pocos y se redujeron á punto que en 1827, Brown, en las excursiones que con frecuencia hacía río abajo, se veía en la necesidad de sacar la mayor parte de las hombres de los buques que quedaban para tripular los que llevaba consigo.

La mayor parte de la tripulación se componía de marineros brasileros, ó de reos de las prisiones públicas que entraban al servicio con el deseo de facilitar su escape, los que nunca omitieron una oportunidad para amotinarse, á punto que muchos oficiales decian que tenían más recelo de sus soldados que del enemigo; pero los gauchos fueron siempre honrosa escepción á estos sucesos.

El pueblo de Buenos Aires estaba tan apercebido de este estado peligroso de la marina, que acostumbraba decir que sólo el nombre de Brown les servía de verdadera flota.

Pero sea lo que fuere, con esta flotilla, que la deci-

sión del gobierno á estimular el curso había reducido á la insignificancia, Brown protegió á Buenos Aires de los insultos de las fuerzas navales brasileras.

El monumento á Brown ha sido decretado ya por la gratitud nacional. Aunque todavia no ha sido ejecutado en mármol ó en bronce, se levanta en el corazón de los argentinos en forma imperecedera.

Octubre 30, 1899.

ELVIRA V. LÓPEZ.

---

## CONSTITUCIÓN DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

La República Argentina es ante todo de origen municipal. En 1809 el gobierno constituido en la península para reemplazar al que había caducado, y en previsión de los conflictos que debían producirse entre unos municipios y otros para acordar la forma de un gobierno central provisorio y conciliar el interés de todos, formuló una Real Orden reservada á las Audiencias y Virreyes, estableciendo el procedimiento que debía seguirse para salvar aquella dificultad. En este documento está también expresada la forma municipal de los reinos de Castilla y de Leon, y en tal virtud fué invocada por los españoles para justificar la formación de juntas locales y provinciales, y la reasunción por el pueblo de la soberanía delegada en la monarquía visigótica al soberano, proclamado sobre el paves. Resulta así que la forma jurídica y política de la revolución de las colonias de América, y de la Argentina, en este caso, es eminentemente española.

Las consecuencias del acto ejercido en nombre de la ley, fueron meramente contingentes; si las causas determinantes y externas de la crisis política y económica hubieran teni-

do tan solo carácter español, los hechos producidos en la colonia no habrían llevado á esta inmediatamente á la independencia; las causas locales no habian alcanzado aún en 1810 la energía y la importancia suficientes para determinar por si mismas la ruptura definitiva: en Méjico como en Colombia, en Chile como en el virreinato de Buenos Aires, los que tenemos por actores de la Revolución no creyeron ni por un momento siquiera que la independencia nacional era un beneficio que pudiera cosecharse inmediatamente; comprendieron que las colonias venían á quedar á merced de los acontecimientos europeos relacionados con la Metrópoli, en tal situación que la independencia podría ser obtenida si las causas exteriores y lejanas concurrían por evolución natural á facilitar á las colonias la solución del problema.

La revolución argentina, producida en la primera década del siglo XIX, aunque en su forma inicial y en sus tendencias de raza revistiera carácter arcaico, no podia permanecer extraña á la influencia de las ideas que personifican en en el siglo XVIII el grupo de filósofos que influyen hasta cierto punto en la revolución de los Estados Unidos, y que adquiriendo en esta nuevo vigor se formulan definitivamente en los hechos de la vida nacional como una verdad axiomática: *los hombres son iguales y el gobierno debe ser expresión de la soberanía popular, ó mejor dicho de la voluntad nacional*. La revolución francesa, con todos sus extravíos, consagra y difunde por el mundo este principio; la revolución de las colonias españolas la hará triunfar, primero por necesidad y después por hecho fatal, incorporado por voluntad del pueblo á la vida de la nación. La cuestión de formas nuevas de gobierno, surge así con la Revolución de Mayo; el procedimiento político inicial tendrá

carácter igual al de las viejas comunas españolas, pero el alma de la Revolución será contemporánea y vendrá en definitiva á estar en pugna con el principio español, á luchar con él, sin haber sido inútil sin embargo, puesto que nos dejará la organización nacional.

Las instituciones que rigen un pueblo no son la obra de un capricho, ni la de una voluntad personal; para ser duraderas y eficaces ellas deben ser la manifestación de las ideas dominantes en la colectividad. El sistema de gobierno adoptado en nuestro país, no es la creación artificial de nuestros constituyentes, puesto que ellos mismos al hacerla, obedecían al medio en que se habían formado; y lo mismo sucedía con el pueblo que admitían en sus decisiones; había detalles propios, pero la idea madre, la tendencia política á que obedecían, no era ni en los constituyentes ni en el pueblo, otra cosa que el efecto de la acumulación por herencia. Es por esta razón que todos aquellos ensayos constitucionales han fracasado, como tendremos ocasión de verlo más adelante.

La idea del gobierno federal formaba parte de nuestro ser, y no podía ser de otro modo. España aparece desde sus comienzos como un conjunto de centros autonómicos que no se unieron ni contra los cartagineses, ni contra los romanos, y que fueron víctimas de ambos por su individualismo incorregible. En estos centros aparecen ciudades que llegan á adquirir preponderancia sobre el resto de las provincias. Esa repugnancia por la unión fué acentuada por la dominación fenicia y más tarde por la griega. La conquista romana realizada y sostenida con tanto esfuerzo, no pudo destruir ese carácter español, lo mismo que no lo consiguieron las invasiones godas y árabes.

El pueblo particularista por excelencia, debía al reproducirse, imprimir sus calidades étnicas, políticas y sociales á aquellos á quienes diera vida.

La obra lenta, continuamente elaborada durante veinte siglos, no podía alterarse de improviso al ser trasladado ese pueblo á otros climas y á otras tierras. Fué esto precisamente lo que sucedió en la República Argentina; la raza se mantuvo pura ó al menos no sensiblemente modificada, y la acción de las tendencias nacionales no estuvo sometida á reacciones extrañas que la perturbaran.

La vía por donde se hizo la conquista del Rio de la Plata y los derechos que adquirieron los adelantados en virtud de las capitulaciones reales, hicieron que esa gobernación fuera una entidad casi independiente que se movía en una esfera de acción propia. Las provincias de Cuyo fueron pobladas por Chile; Tucumán dependía de España; Buenos Aires, Corrientes, Santa Fé y Entre Rios formaban un tercer grupo. Los tres, aunque poblados por una misma raza y sometidos á un soberano común, formaban tres cuerpos de acción distintos, porque tenían sus gobiernos inmediatos, propios é independientes entre sí, y porque el aislamiento comercial impuesto por una legislación ciega y fatal, contribuía al antagonismo á que tan dispuestas estaban las poblaciones por sus tendencias. De ellos debía formarse más tarde la República Argentina, pero al consolidarse en una heterogeneidad coherente en obediencia á las leyes naturales de la evolución, lo haría sin poder sustraerse á la influencia y al carácter que le imprimieron las tendencias de la raza á que pertenecía.

Treinta y cuatro años (1776-1810) de unidad verreal

no pudieron destruir, ni siquiera atenuar el influjo de causas lejanas y poderosas como la índole política de la raza, dos siglos y medio de reparación administrativa y política y la acción de las instituciones comunales que aunque raquíticas y pobres se encarnaron en el espíritu de las poblaciones porque representaban cuanto hay de más íntimo en la naturaleza humana, el interés local y personal.

En América como en España, la ciudad fué el elemento fundamental del organismo político; el resto del país no era sino la jurisdicción de la ciudad. Apenas producido el movimiento revolucionario de 1810, el país se fragmentó y al fragmentarse lo hizo por las ciudades-cabildos, formando cada una de estas y su jurisdicción una provincia independiente.

En 1810, parece que la gran revolución de Mayo debía arrancar de raíz leyes, instituciones y tradiciones. Sin embargo, no fué así, y fácil es notar que las formas vivaces del movimiento histórico independiente no son sino la aplicación de los principios coloniales modificados por el medio en que se desarrollan los sucesos.

Y así, no solo la Revolución fué un hecho de carácter municipal, sino que todos los movimientos posteriores, responden á ese mismo origen. La federación argentina no es sino el desenvolvimiento natural del comunalismo colonial; las catorce provincias no son sino las catorce ciudades-cabildos, que desde principios de la revolución asumieron la representación del pueblo y fueron admitidas en las asambleas nacionales. La primera Constitución escrita fué obra de ese Cabildo de 1810, que en su reunión del 24 de mayo echó las bases de un gobierno popular y representativo.

Fué una fatalidad que los peligros que rodeaban al país por el lado de Montevideo, de Perú y Chile, impidieran el desarrollo orgánico de los principios del gobierno libre que entrañó la Revolución, modificándolos en el sentido cruel de la defensa propia. En aquel proyecto del 24 estaban todas las bases de la Constitución de un gobierno parlamentario que, para serlo, no había necesitado más que funcionar para completar sus resortes.

Como la Revolución procedió lógicamente, proclamó la soberanía de los pueblos; se comprende que no hubo ni podía haber gobierno alguno, sinó aquel que éstos constituyeran y en la forma que ellos le dieran. Pero esos pueblos, léjos de mantenerse en la unidad, proclamaron su respectiva independencia y la necesidad de un pacto para que las autoridades fueran legítimas entre las ciudades de la Confederación (20 octubre 1811); sus diputados se incorporaron á la Junta de Mayo por que no habiendo gobierno establecido por todos ellos, todos ellos debían ejercerlo. Esta doctrina prevaleció en todos los movimientos posteriores. No ha habido, pues, una unidad individual, no ha existido una República Argentina, y tan no ha existido que toda nuestra historia patria se reduce á los esfuerzos hechos para constituirla. Lo que ha existido es una porción de entidades independientes que en épocas determinadas han llegado á constituir una Unión más ó menos estrecha, y que ni siquiera llegó á reunir todas las que, tomando por base de nacionalidad el tradicional Virreinato, debían constituirla. Es cierto que el Reglamento del 22 de octubre de 1811, como el Estatuto provisional y más aún el decreto del 10 de febrero creó las Juntas provinciales, suponiendo una nación constituída; pero era porque sus autores partían de la base de los pactos implícitamente

celebrados al incorporarse á la Junta en diciembre en 1810, cuyo derecho emanaba á su vez de la reasuncion del poder por el pueblo al desaparecer el Rey.

Desapareciendo el gobierno por la revolución de Mayo, el virreynato de Buenos Aires, mera expresión geográfica ó administrativa, quedó de hecho separado de España; y á falta de un gobierno general propio, dado por mutuo acuerdo, cada una de las fracciones que lo habían formado, se separó; porque estaban reunidas y no unidas, quedando separadas mientras un pacto voluntario no las uniera de nuevo. Las que no se sintieron atraídas con Buenos Aires por la comunidad de sacrificios y glorias, se separaron, como sucedió con Montevideo y la Asunción; las que se sintieron mutuamente atraídas comenzaron á celebrar tratados parciales que fueron preparando la unión definitiva.

La Junta municipal de la ciudad de Buenos Aires deja de serlo cuando en diciembre de 1810 se le incorporan los diputados de las demás ciudades; esa corporación reasume todos los poderes políticos del gobierno, porque es la expresión de la soberanía, desde luego de la soberanía de las ciudades, pero históricamente de la soberanía nacional, y así procede en febrero de 1811 organizando el gobierno provincial sobre la base de la Junta municipal creada en las distintas ciudades. A fines de 1811 se produce la crisis política dentro de ese cuerpo multiforme y se intenta deslindar lo que corresponde al Poder Ejecutivo y al Legislativo; los diputados pasan á ser Poder Legislativo y se crea el Ejecutivo tripartito. Un nuevo proyecto de Constitución surge del Poder Legislativo, proyecto que es desconocido por el Ejecutivo, el cual disuelve

aquél cuerpo y dicta una Constitución que hace obligatoria por la fuerza. Entrado el año 1812, el triunvirato convoca á una asamblea nacional, cuya reunión fué postergada en momentos en que recibían la noticia de la victoria de Tucumán que despejaba la situación militar. La revolución popular del 6 de octubre del mismo año, renueva el triunvirato, y en 1813 se reúne por fin la Asamblea Nacional que inviste á los diputados con el carácter de *representantes de la Nación*. Para conservar esta obra debían ser constituídas las provincias argentinas y organizada la nación.

Al efecto, se nombran comisiones respectivas para preparar los trabajos constitucionales sobre que ha de basarse el debate; nacen así dos proyectos de Constitución, los cuales no llegan á ser discutidos en las Asambleas, pero son documentos que sirven para fijar la orientación política en ese momento histórico.

El proyecto de la Comisión llamada oficial, creaba sobre las bases de las provincias representadas en la Asamblea y de todas aquellas que voluntariamente quisieran formar parte de la asociación, *Provincias Unidas del Rio de la Plata*, la nación, organizando sus poderes de acuerdo con la tendencia jurídica española y con el espíritu político contemporáneo; acepta como un hecho del cual no es posible dudar, la desmembración provincial, en parte operada ya, y sin declarar el gobierno republicano federal, reconoce expresamente la tendencia federal consagrada ya por los hechos.

El otro proyecto creaba un Estado que se iría organizando nacionalmente á medida que todos los territorios incorporados por la voluntad de sus habitantes fueran mani-

festando el propósito de vivir unidos ó de formar varias naciones. Era más que la Constitución de un Estado que debía perdurar; una Constitución que debía facilitar á la revolución su triunfo definitivo, deslindando los intereses de la nación de los de un grupo de pueblos que permanecen aislados. Lo curioso es que por distintos motivos, en los dos proyectos se establecía que la capital estaría fuera de Buenos Aires. El primero, en el que trabajaron hombres como Valentin Gómez, establecía que los poderes nacionales no debían residir en Buenos Aires como condición para hacer posible la vida en común de todos los pueblos que constituían las Provincias del Rio de la Plata. El segundo, formado por Planes, Argerich, Monteagudo y otros, determinaba que la capital, es decir, la residencia de los poderes de esa nación condicional, debía estar en un punto céntrico.

Ninguno de estos dos proyectos mereció sanción ni siquiera fueron discutidos, porque aparece el momento crítico de la revolución.

En 1814 el Poder Ejecutivo termina su evolución hacia la concentración en una sola persona, y se forma el directorio, el cual desaparece junto con la Asamblea, á causa de la revolución llamada federal en abril de 1815. A pesar de esto, Buenos Aires asume la representación de todas las provincias sobre la base de su institución municipal y dicta el Estatuto Provisional con carácter de Constitución obligatoria.

En ese tiempo, la lucha civil estaba en su apogeo: en la Banda Oriental, en Entre Rios, en las provincias del interior, los caudillos se levantaron contra los principios proclamados; pero si se observa bien este movimiento, se verá

que en la mayor parte de las ciudades fué la obra del vecindario y que el caudillo vino después. Al fin se identificaron con aquellos, debido á ese fenómeno psicológico en virtud del cual en una discusión exageramos nuestras propias ideas hasta un punto que nosotros mismos reputamos falso. Pero la obra del caudillo fué la falsificación del principio y no el principio mismo. Esos movimientos respondían, aunque inoportunamente, al intenso sentimiento federalista que animaba á nuestra poblaciones.

El espíritu natural de las masas argentinas, en oposición con el modificado en la gente de saber por las teorías y abstracciones de los libros, ó, si se quiere, por consideraciones que no entraban para nada en el espíritu público, era eminentemente localista, y no podía prescindirse de esa tendencia en la organización del país, si se quería hacer una obra estable. Lo que se ha llamado anarquía y artiguismo, no era pues, sino la manifestación convulsiva del federalismo exagerado. Desgraciadamente el estado embrionario de la mayor parte de las provincias argentinas, dió á ese espíritu un carácter anómalo y lo hizo antipático á las cabezas dirigentes de la Revolución. Creyeron que era incompatible con la acción rápida y enérgica que requería la dirección de la guerra y no pensaron más que en contrarrestarlo.

El estatuto Provisional, modificado en 1816, quedó como antecedente constitucional y más que todo, como expresión del sentimiento político de la revolución social. En esta situación y debilitado el poder, no obstante su concentración, se reúne el Congreso de Tucumán como resultado del movimiento revolucionario de 1815 y se reúne fuera de Buenos Aires, como queriendo significar que hasta esta provincia quería ver fuera de ella á los poderes políticos para

afirmar de ese modo la entidad automática disminuida ya por segregaciones del territorio de la antigua provincia virreinal de Buenos Aires.

El Congreso de Tucumán declara la independencia y se dedica á elaborar la Constitución nacional, subordinándolo todo á la lucha armada contra los enemigos. Surgen entonces las tendencias á las formas viejas, no ya en cuanto á la constitución del gobierno de las provincias, sinó en cuanto al de la Nación, y la forma republicana tiende á ser reemplazada por una monarquía constitucional. Después de las victorias de San Martín en Chile (1817-1818) el Congreso arregla la Constitución, y en 1819 la sanciona; en ella se desconoce la tendencia federativa del país y por eso se produce la anarquía del año 20. La Constitución no fué puesta en práctica y en febrero de 1820 empiezan los pactos entre las provincias. En cada provincia empiezan desde el año 20 los movimientos de organización sobre las bases de los Cabildos desaparecidos. En 1819 Santa Fe se dá un Reglamento Provincial; el de Córdoba, formado en 1821, es de los más interesantes porque encierra toda su ciencia. Sucesivamente todas las provincias se dán sus cartas. Entre Ríos en 1822, lo mismo que Corrientes, la única que no atina es Buenos Aires, y, sin embargo, de 1821 hasta 1824, la organización se verifica bajo la presidencia de Rodríguez.

En estas circunstancias, tiene lugar el tercer gran Congreso de 1825 que debía constituir la nación sobre la base de la organización de las provincias; surge nuevamente la lucha, y de ese caos nace la organización de las provincias, cada una de las cuales tiene el propósito de salvaguardar sus cartas y derechos. Era fácil constituir

la nación en 1825, pues no había luchas entre monárquicos y republicanos; la independencia estaba asegurada después de Ayacucho; el Congreso, sin embargo, les presenta la misma Constitución de 1816 y entonces se produce la desorganización nacional. Ni la guerra con el Brasil pudo determinar la unión: la Constitución fué rechazada, y disuelto el Congreso en 1826 se reproduce el caos del año 20.

En Buenos Aires viene á gobernar poco después don Juan Manuel de Rosas y se desenvuelve el largo período de la tiranía hasta 1852; la lucha entre los dos partidos históricos continúa y los mismos elementos nacionales dispersos logran dar la batalla de Caseros. Es necesario reunir esos elementos para constituir la nación, y esta es la obra de Urquiza. La aparición de este político fué recibida con resistencias porque no se creía en su sinceridad, pero el hecho es que al año de la caída de Rosas, la Constitución era un hecho y con ella la unión nacional.

Esa Constitución se firmó por el Congreso Constituyente compuesto de los gobernadores reunidos en San Nicolás.

La batalla de Pavón y el pacto de Cepeda determinan la incorporación de Buenos Aires á la Nación.

La Constitución fué revisada y tomando por pauta á los Estados Unidos se reconoció la autonomía de cada provincia. Se resolvió que Buenos Aires se reservara algunos derechos, tales como la emisión de moneda y que sería el asiento del gobierno general.

Se convoca el Congreso de 1862 y se nombra el primer presidente. Desde 1859 hasta 1880 se hacen los trabajos relativos á la designación de la capital de la provincia de Buenos Aires, quedando por fin fijada en la

Plata, con lo cual se consolida la unión y se restablece la paz.

Dos veces ha podido organizarse la nación: la primera en 1813, y á haberse hecho entonces, su territorio sería mucho más extenso de lo que es hoy. La segunda en 1825, si el Congreso hubiera reconocido, lo que era un hecho, la autonomía de las provincias, evitando así al país las prolongadas y sangrientas luchas de más de veinte años.

E. S. LÓPEZ.

---

## AÑO 1820

### I

El año 1820 es considerado como año de caos y disolución, año de desorganización política y social—Indudablemente lo fué, si el caos y la disolución significan la caída de un sistema administrativo determinado ó de un régimen gubernativo y la desorganización social, la transformación de los elementos que constituyen una sociedad—Sí, en 1820 cae hecho trizas el antiguo régimen, es derribado el árbol del gobierno colonial, removido hasta en sus raíces en diez años de revoluciones constantes.

En el año 20 no hay un poder organizado, es cierto; pero en la «*oscuridad humilde y desamparada de las revoluciones*», dice Sarmiento, *los elementos grandes están forcejando por desenvolverse*» y su evolución se cumple fatal é indefectiblemente, como los elementos encerrados en la semilla se desarrollan y producen el ser, llegado al término de su evolución.

Dos ideas, ó mejor dicho dos principios, dos tendencias, están en lucha desde el año 10 y cada uno busca su

centro:—la idea política que centraliza el poder por cuestión de tradición y de instituciones y la aspiración de los pueblos que quieren la autonomía de los estados.

Dos elementos contrarios que se chocan y que espliecan el misterio de esa lucha que despedaza á la naciente República desde el año 1810 y que llega á su período álgido el año 20.

Por una parte, la tradición española; por otra, la conciencia nacional íntima que se ha robustecido á través de la inquisición y del absolutismo hispano; aquí, las ideas políticas de los espíritus superiores é ilustrados; allá, la masa indígena ignorante, incivilizada pero orgánicamente valerosa, amante de la libertad por naturaleza.

La lucha entre las ideas monárquicas, resabio de la época colonial y fortalecidas en la mente de los pensadores que estuvieron en contacto con la civilización europea y la democracia consagrada en 1810.

La desigualdad tradicional de la sociedad y la igualdad cuyo dogma ha penetrado hasta las capas inferiores de la masa, que revela, como dice Sarmiento «un mundo nuevo en política, una lucha ingeniosa, franca y primitiva entre los últimos progresos del espíritu humano y los rudimientos de la vida salvaje entre las ciudades populosas y los bosques sombríos»..... Pero muy lejos estoy de estremar la comparación hasta decir: es al fin la lucha de la civilización y la cultura enfrente de la barbarie y la corrupción.

No, la ignorancia de las masas americanas no es la barbarie, no es el salvajismo, no es la corrupción y diié con Lastarria «No hay pueblos más accesibles al poder de la civilización, más dóciles, más aptos para el bien y la verdad

y que más dispuestos estén á respetar, acoger y asimilar-se todo lo que constituye el orden, armonía y el progreso de la humanidad.»

Cuando el ejército libertador llamó á las puertas de los pueblos, fueron los primeros sus hijos, en correr riesgos y ofrecer sus vidas por la libertad; y los vemos convertirse en soldados con Belgrano, en montoneros con Artigas, en héroes con Güemes, empuñando la lanza fabricada con su cuchillo y la leña de sus bosques.

Es cuestión muy debatida de si las provincias interiores cooperaron ó no al éxito de la revolución. ¿Por quiénes sino por los gauchos triunfó Belgrano en Salta y Tucumán y Güemes pudo defender las fronteras de Jujuy y las campiñas de Salta? ¿Y con qué sino con la que injustamente es llamada la barbarie, con la formación de un gobierno ajeno á toda influencia retrógrada que creaba gobiernos que no tenían otra base más que la iniciativa revolucionaria, ni otra regla de conducta sinó intereses de partido, intereses políticos?

Y sin quererlo, la capital, que había iniciado el movimiento revolucionario, llamaba á la arena é invitaba á la cruzada libertadora á los habitantes de las localidades. El peligro era inmenso. « Al exacerbar las fuerzas apasionadas de una raza incivilizada y valerosa, se ponía en libertad á riesgo de sucumbir por los desórdenes de la anarquía », y es precisamente esta la causa de la guerra civil con todas sus funestas consecuencias.

Estrada ha dicho: « La libertad no radica sino donde el pueblo se la conquista, y siempre que las masas carecen de elevación moral por defecto de cultura, el fermento que germina asume formas sangrientas, bárbaras, brus-

« camente inconexas que ha asumido la elaboración de la  
« democracia argentina realizada por el desordenado con-  
« curso de ideas é instintos incoherentes y universales. »

« Se ha repetido muchas veces que ha sido aciaga la in-  
« tervención del gaucho en la vida argentina y ha llegado  
« á ser este juicio uno de los equívocos más hondamente  
« arraigados en las preocupaciones urbanas. »

El gaucho, que no es al cabo sino el producto genuino de la colonización, era el gigante Goliat, sin cuyo auxilio la revolución hubiera sido irremediablemente sofocada al estallar. Esta necesitó llamarlo á arrasar los baluartes del despotismo y el gaucho fué el héroe de la libertad, obedeciendo á los resortes peculiares de su condición moral, adquirida porque supo correr en la pampa sobre el potro desbocado sin que la ciudad ni la ley le llamaran á las artes sedentarias, á la industria libre y profícua, á la propiedad, fortaleza de los dioses domésticos.

Ungido paladín de la revolución, continúa Estrada, era nacional y la nación era gaucha en su elenco más abundante y varonil; la acató por instinto y se inmoló en sus altares.

La revolución significaba la separación de la madre patria, la ruptura de los vínculos que amarraban los pueblos á la corona de España; es evidente que sobrevirían á esta fecunda catástrofe las atractivas memorias de dolores y sacrificios comunes á los pueblos, y esta fraternidad en la esclavitud y el martirio, desarrollaba el sentimiento nacional, sentimiento expansivo y generoso destinado á establecer sobre bases sólidas el amor y la idea de la patria uniforme y única para todos los argentinos. Las consecuencias políticas que estos antecedentes determinaban y las formas

reales que debían imprimírseles, quedaban no obstante librados al arbitrio de cada localidad. ¿Por qué? Por aquello de que los vasallos del rey se obligan personal y directamente al vasallaje? Una vez destruida la monarquía, desaparece todo deber de obediencia para ellos, respecto de cualquier autoridad que la subrogue y se disuelve el núcleo de unidad entre los diversos pueblos que forman la nación. Cada provincia reasume en este caso la soberanía privativa.

Pero qué se entendía por Provincia y por derecho provincial en los altos consejos de la revolución que á pesar de aquella doctrina fué nacional y centralista?

Llamábase Provincia á cada pueblo ó agregado de pueblos regidos por una misma administración independiente. Las intendencias eran subdivisiones del virreynato, pero no revestían el carácter de una provincia actual, es decir, una entidad autónoma independiente y con un gobierno propio y solo unido al resto por el vínculo de solidaridad nacional dentro de la entidad que se llama *Nación*. Las intendencias eran gobernadas por funcionarios nombrados por el rey; pero que el virrey tenía el derecho de intervenir y los intendentes le estaban subordinados en el ejercicio de sus funciones. Por consiguiente, el actual derecho Provincial Argentino no tenía apoyo en los antecedentes históricos del virreynato; sería necesario buscarlos según Estrada y Lopez en la primitiva dispersión y en el derecho vigente cuando no existía sentimiento, ni principio de nacionalidad.

Cuando los revolucionarios hablaban de Provincias, entendían hablar de las grandes secciones del virreynato, capitanías generales, etc.

No hay Provincia sin administración propia, sin le-

gislación especial para regir sus intereses peculiares en cuanto no afectan á los grandes intereses nacionales; sin rentas propias, sin vida independiente y autónoma, sin gobierno independiente del jefe de la nación.

A pesar de todo, sabemos: la Junta se llamó gobierno de «Provincias Unidas del Río de La Plata».

## II

La iniciativa democrática de Moreno de formar un Congreso para que todas las localidades estuvieran representadas para elegir un gobierno de todos y para todos, para constituir la nación que él soñara, fué sofocada entre el polvo del coloniaje que se derrumbaba y murió con su apóstol semejante á esas flores (Estrada) que brotan en pleno invierno al calor de una temperatura anormal y que el hielo de la noche mata con inclemente vigor.

Los representantes del interior, heridos por la situación preferente que había asumido la capital, tomaronle antipatías. Pero es necesario comprender lo que la capital era para el resto del territorio.

Sarmiento dice en su Facundo: «Buenos Aires está llamada á ser un día la ciudad más gigantesca de ambas Américas. Bajo un clima benigno, señora de la navegación de cien rios que fluyen á sus piés, reclinada muellemente sobre un inmenso territorio y con Provincias que no conocen otra salida para sus productos, fuera ya la Babilonia Americana, si el espíritu de la pampa no hubiese soplado sobre ella. Ella sola, en la vasta extensión argentina, está en contacto con las naciones europeas; ella sola explota las ventajas del comercio extranjero; ella sola tiene el poder y rentas.

«En vano le han pedido las Provincias que les deje pasar un poco de civilización, de industria y de población europea; una política estúpida y colonial se hizo sorda á estos clamores».

«Pero las Provincias se vengaron mandándole en los caudillos y Rosas mucho de la rudeza que á ellas les sobraba.»

«Harto caro lo han pagado los que decían que la República acaba en el Arroyo del Medio. Ahora llega desde los Andes al mar; la violencia bajó á Buenos Aires mas allá del nivel de las provincias».

«Buenos Aires, en lugar de mandarles riquezas y prosperidad al interior, mandóle solo cadenas, hordas exterminadoras y tiranuelos subalternos».

Esta es la idea que el interior se había formado de Buenos Aires y pensaban que en lugar de darles unidad en la civilización y la libertad, les daba unidad en la ignorancia y en la esclavitud.

En parte tenían razón, aunque no en absoluto; y mucha influencia ejerce la naturaleza constituyéndola por su posición en la Atenas del Plata.

Además, la extensión de las llanuras como el mismo autor de Facundo, dice, imprime á la vida interior cierta tintura asiática y muchas veces al ver salir la luna tranquila y resplandeciente por entre las yerbas de la tierra, la he saludado maquinalmente con las conocidas palabras de Volney en su descripción de las ruinas.

Y en efecto, hay algo en las soledades argentinas que trae á la memoria las soledades asiáticas, alguna analogía encuentra el espíritu entre la pampa y las llanuras mesopotámicas, algún parentesco entre las tropas de carretas

solitarias que cruza nuestras abras para llegar al fin de una marcha de meses á Buenos Aires y la caravana de camellos que se dirige á Bagdag ó á Smirna.

El capataz de esta escuadra de pequeños vajeles que se llaman carretas, es el *caudillo* que es jefe de la misma al cual todos obedecen porque reconocen en él una superioridad. Estos caudillos poseen el hábito de triunfar de las resistencias, de mostrarse siempre superiores á la naturaleza, de desafiarla y vencerla; desenvuelven, por lo tanto, el sentimiento de la importancia individual y de la superioridad.

¿Cómo no iba á contribuir la arrogancia de estos gauchos á la independencia?

El general Mansilla decía en la Sala, durante el bloqueo francés: «sí, ¡qué nos han de hacer esos europeos que no saben galoparse una noche!».

Este era el elemento que iba á prestar el apoyo de su brazo á la causa redentora, y preparar, aunque teñida en sangre, la democracia futura.

### III

Al abrirse el año 1814, comprendieron los revolucionarios que el gran interés de su causa estaba en obrar, mejor que en disponer los cimientos legales de una sociedad, cuya sangrienta regeneración comenzaba á entoldar el límpido cielo de sus esperanzas.

Aterrábalos el siniestro espectáculo de las masas campestres, que alzaban con su bandera y acción impetuosa, gran oposición en contra de las evoluciones teóricas de los pensadores.

Artigas había arrimado fuego al litoral y Posadas acce-

diendo á sus pretensiones, había reconocido á la Banda Oriental como autónoma, con lo que se daba comienzo á la guerra civil que en seis años abrasaría á todo el país. Fueron elevadas á la categoría de Provincias en poco tiempo la mencionada Entre Ríos, Corrientes, Salta.

El Directorio se encuentra frente á frente de la anarquía que ya no era un misterio en el Oeste. Vencido su ejército en Vilcapujio y Ayohuma peligraban los pueblos entregados casi á sus esfuerzos aislados; la revolución sufría en el continente golpes de muerte; caía la chilena en Rancagua y «silencioso y vencido con el alma amargada y su temible coraje hirviendo dentro del pecho, descendía las cordilleras fuerte y siniestro como el cóndor de sus cumbres, José Miguel Carrera, el caudillo de la democracia trasandina, presente horrendo, que lanzaba un pueblo hermano sobre nuestra agitada sociedad, destinado á atizar con mano aventurera el incendio feroz de las pasiones».

Por todos los rumbos de los patrios horizontes amenazaba la nube tormentosa y el sordo rumor de las muchedumbres crecientes ya y más creciente cuanto más guerreara.

Artigas en la Banda Oriental, Ramirez en Entre Ríos, López en Santa Fe, Güemes en Salta, Bustos en Córdoba, Alvarez en Tucumán.

Los caudillos, personificaban de la campaña que se levantaba contra la Capital. Día de amargos desengaños, de hielo para el corazón y de lágrimas para la virtud...! Nuestros revolucionarios se extraviaron. Creyeron imposible fundar la democracia y fueron á las cortes á mendigar un rey.

Alvear, á los tres meses de suceder á Posadas, es abandonado por su ejército que se subleva en Fontezuelas bajo la influencia de Tomás y Artigas.

Los caudillos federales y los cabildos saludan la caída del Director y aprovechan la ocasión para sancionar de hecho la autonomía de los pueblos.

Pero Buenos Aires, á causa de sus victorias, centraliza los poderes y reta á los caudillos que le vuelven la espalda; signo inequívoco del convencimiento que los pueblos tenían de su parte la fuerza y el valer. El año 20 se abre de par en par.

Ramirez, López y Carrera llaman á la puerta de Buenos Aires; le invitan á medir sus fuerzas y en Cepeda es completamente derrotada regresando Rondeau á Buenos Aires para rechazar á los caudillos federales que avanzaban sobre ella.

«Marchamos sobre la capital, dijeron en una proclama,  
« no para talar vuestra campaña, multar vuestras perso-  
« nas. . . . Apenas nos anunciéis que os gobernais libremen-  
« te, nos retiraremos á nuestras provincias á celebrar los  
« triunfos de la Nación y á tocar los resortes de nuestro  
« poder para que no se dilate el día grande en que reunidos  
« los pueblos bajo la dirección de un gobierno paternal esta-  
« blecido por la voluntad general, podamos asegurar que he-  
« mos concluído la difícil obra de nuestra organización  
« política».

Rondeau fué depuesto y disuelto el Congreso que ya se había trasladado á Buenos Aires disolviéndose en el Cabildo. Se eligió á Sarratea para gobernador provisorio; éste salió á encontrarse con Ramirez y López y firmaron en Febrero del año 20 el tratado del Pilar, que según Fregeiro y otros historiadores, es la piedra fundamental de la organización argentina bajo la forma federal.

Y á esto se llama caos, año de oprobio, de luto, al año en

que se constituyen las autonomías provinciales por el voto de los municipios de los principales centros urbanos que á la sazón estaban libres de la ocupación militar de los españoles?

Cada una de las trece provincias que se forman se dá su gobierno propio local, reconociéndose todas como partes de una Nación que deseaban ver constituida cuanto antes.

A raiz del tratado del Pilar, Artigas es vencido por Ramirez y se refugia en el fondo del Paraguay después de Tacuarembó, para morir en 1850. Ramirez muere en lucha contra López, pues alejada la montonera de Buenos Aires ésta se divide y sus jefes concluyen por pelearse entre sí. El chileno Carrera sorprende á Bustos en el Chajá y luego se dirige á San Luis y temeroso de las fuerzas que lo persiguen, se refugia en Mendoza, donde es fusilado.

El ejército nacional, á las órdenes de Francisco de la Cruz se sublevó en Arequito. Güemes por su parte vive ocupado en rechazar á los españoles por el norte.

¿Qué fenómeno social ha determinado esta crisis ruidosa que llegó hasta desvirilizar la revolución de la independencia y ahogar la esperanza en sus más fuertes caracteres?

Hemos visto nacer al abrigo del primer movimiento revolucionario dos partidos: el demócrata y el conservador.

La anarquía se explica pues, por el dualismo que caracteriza á la sociedad argentina: era el colono *urbano* en jaque con el *campesino* y, digámoslo de una vez, los espíritus americanos proclamaron la revolución y el gaucho argentino vino á la sombra de su bandera inmortal á consumir la obra.

« Sin aquel patriciado inteligente é ilustrado, la revolución  
« habría naufragado en un mar de agitaciones desordenadas  
« é inconscientes; pero al mismo tiempo, sin las fuerzas  
« populares que se desenvolvían bajo el patrocinio de los  
« caudillos, rompiendo el molde de la sociedad antigua y  
« precipitando las soluciones revolucionarias, es muy proba-  
« ble que el movimiento de 1810 hubiese fracasado en  
« combinaciones diplomáticas y dinásticas, verdaderamente  
« indignas de los destinos de los pueblos americanos. »

En esta última faz de la Historia argentina se destacan las figuras de los caudillos que, aunque con sus lanzas manejadas por sus gauchos y montoneros, merecen que la pluma del historiador bosqueje su actitud y hechos.

Los caudillos son la imagen interior del pueblo argentino, son su personificación. Una manifestación social, una fórmula de una manera de ser del pueblo. Artigas, Güemes, López, etc., al encabezar el movimiento social, son el espejo en que se reflejan con dimensiones colosales las creencias, las necesidades, preocupaciones y hábitos de sus pueblos. Por eso fué omnímoda su popularidad.

Lucharon por conseguir lo que la ley no les otorgaba y no les hubiera otorgado la revolución si no hubiera sido por su constancia.

La federación, que había cruzado como un relámpago por la mente del orador inspirado, del númen de Mayo—Mariano Moreno—para que descendiera de su mente á las masas, era necesario que se encarnara en el caudillo que, amado y respetado por sus gauchos, escucharan sus protestas y colocados bajo la bandera de Federación ó muerte, darán sus vidas por esa idea.

Es cierto que segregados los pueblos, unos conservaban

la nacionalidad, los otros labraban vertiginosamente la descentralización, odiándose como enemigos mortales y persiguiéndose sin descanso.

« Para salvar la situación, no podía adoptarse ni el centralismo de los teorizadores ni la democracia brutal de las montoneras; era necesaria la guerra civil, la purificación, las convulsiones políticas que traen la experiencia y la luz y es ley de la humanidad que los intereses nuevos, las ideas fecundas, el progreso, triunfa al fin de las tradiciones enrojecidas y de las preocupaciones estacionarias ». (Estrada)

Terrible confesión que encierra un anatema sobre la madre patria que le dió margen.

La República Argentina no ha guerreado por mentidos antagonismos, como lo pretende una escuela á cuya cabeza está el Dr. Alberdi, entre la capital esencialmente despótica y las provincias esencialmente liberales; ha guerreado por haberse divorciado *el pensamiento de las fuerzas y la teoría de los hechos*, en su tremenda elaboración política.

El origen del mal está en nuestra civilización, en los antecedentes coloniales, que han sido comunes á toda la nación y Lastarria sostiene esto mismo cuando se ocupa de lo que piensa la Europa de la democracia americana.

En el año 20 debemos colocar el nudo del drama revolucionario.

La democracia se hace militante y soberana, cuando los caudillos del litoral y los federales de Buenos Aires, derriban el solio conservador del Directorio y del Congreso.

Este período contiene la suprema lección de la historia Argentina.

Buenos Aires, la señora del Plata, es llamada á darse un gobierno por los caudillos. Suprema lección! La barbarie

indígena se echaba sobre esta segunda Roma, ofreciendo al bautismo de la democracia á pueblos viriles, sanos y fuertes para regenerarla.

Pero como ya he dicho, los caudillos semi-salvajes que inundaban la patria, hubieran sido verdugos de los pueblos y no sus reformadores.

Los pensadores patriotas encadenados por el deber y temerosos de abrir brecha al furor gaucho que gruñía en el desierto y á las márgenes del Paraná, en la ancha Pampa y al pié de la Cordillera, no habrían roto con mano osada la barrera de extravíos y apegos sacrílegos á lo viejo, á lo muerto.

El profundo dualismo de las fuerzas nacionales fué disimulado por la revolución que acercó las masas á los estadistas; el cuadrado de estas dos fuerzas nos dará la resultante, la democracia.

«Los gauchos rompieron la muralla, por esa brecha penetró Dorrego. La democracia había vencido. El localismo era á luchar en lo porvenir con la nacionalidad indivisible y una, pero la democracia es un hecho consumado y grandioso, ¿qué fuerza alguna podrá destruir (dice Estrada) y que llevará consigo el espíritu del último argentino, cuando los tiranos derramen la postrera gota de sangre, fuego de héroes y savia de audaces republicanos».

El *pueblo argentino!* conquista la libertad vertiendo su sangre generosa.

La conquista de la democracia es obra de todos: bárbaros y civilizados!

MARÍA ATILIA CANETTI.

---

## AÑO 1820

Al finalizar el año 1819, las Provincias Unidas del Río de la Plata se hallaban en plena descomposición política. Sin un gobierno eficiente que dominase la situación, sublevado el litoral y pronto á levantarse en armas todo el interior; minados los ejércitos por la acción disolvente de la anarquía «esa cáscara amarga que envuelve las semillas fecundas de la libertad» (Dr .Cané): extraviados los poderes públicos con planes insensatos de monarquismo, para detener la guerra civil, sin comprender que con tales medios la fomentaban; exasperado los ánimos, revelada moralmente la opinión contra el gobierno general, que acababa de consumir su obra dando una constitución que no era la expresión de la voluntad popular, ni el sazonado fruto de las aspiraciones del país; el anuncio de una poderosa expedición española de veinte mil hombres al Río de la Plata y la desavenencia de San Martín con el gobierno, complicaban más y más aquella difícil situación.

Aquella época al parecer de desorganización, más bien, de transformación, reconoce por causa el desenvolvimiento gradual de las naciones, buscando su equilibrio entre los elementos constitutivos de nuestra patria. En ese mo-

mento histórico, la revolución argentina obedeciendo á su impulso inicial, ejecuta su evolución, diseñándose la tendencia característica: la descomposición del régimen colonial en el interior, por la guerra social, y la agitación de las masas poseídas del espíritu disolvente de disgregación.

Llegaron días más nebulosos aún para el país, al empezar el año fatal, como llaman los historiadores, al año 1820. Casi todo el territorio se hallaba convulsionado por el cataclismo político y social; armadas las provincias en defensa de sus autonomías ó de sus caudillos prepotentes y desorganizado el país por la anarquía reinante.

En ese año aciago, los pueblos del ex-virreynato de Buenos Aires habian perdido completamente el vínculo de unión, por el choque de las dos tendencias antagónicas; la idea política que centralizaba el poder y la aspiración de los pueblos que querian la autonomía de los estados. La primera representada por los poderes públicos y los conservadores y la segunda encuentran su expresión en las montoneras y sublevaciones militares. El origen de estas tendencias no hay que buscarla en el año XX, sino en las disensiones de la primera Junta de Gobierno. Allí encontraremos el nacimiento de las dos corrientes de discordias llamadas á desbordarse periódicamente hasta nuestros días, porque subsisten aún en la actual sociedad argentina algunos resabios perturbadores de la colonia, tal vez debido á la falta de educación política en las masas populares: mientras no desaparezcan estos gérmenes perniciosos, el orden será siempre alterado en la Nación Argentina.

Nuestras luchas civiles no tienen, pues, otro origen;

eran la consecuencia lógica del estado en que España había mantenido al país, gobernado como una simple agencia militar y económica.

Las provincias argentinas, antiguas intendencias, diseminadas en un largo territorio, sin vínculo entre sí, carecían de cartas, fueros y de instituciones de origen popular. Faltaban los partidos políticos, las clases gubernamentales y elementos populares preparados para concurrir á formar el gobierno. Y de aquí, que las diferentes secciones que componían el virreynato de Buenos Aires, que á la sazón era libre de la dominación española, se pronunciaran por la autonomía ó federación, disgregándose del conjunto.

Los directores de la revolución, que anhelaban conservar la unidad de todo aquel territorio, que había formado parte del ex-*virreinato*, tenían por delante un escollo tan peligroso, que no pudieron atravesar los pilotos más serenos y experimentados, y al intentar, en aquel desorden, constituir la nación, se vieron en graves apuros, sin poder dar con la verdadera fórmula constitucional definitiva, como lo demostraron los diversos ensayos frustrados hasta la Constitución federativa de 1853. Estas tentativas para organizar el país, debían morigerar nuestras luchas civiles á medida que los ensayos constitucionales, fueran destruyendo los complicados resortes de la gran máquina centralista del *virreinato*.

En el año XX, nuestra patria pasaba por uno de esos momentos difíciles de la historia, por una crisis política espantosa. Anarquizado y dividido el país, el gobierno general trabajado por las dificultades de la situación, no pudo evitar que el inmenso edificio del organismo político, cuyas

paredes no pasaban de sus chapiteles, se derrumbara, arrastrando en su caída al director Rondeau, último representante enfermizo del centralismo gubernamental, al célebre Congreso de Tucumán, que en 1816, consumara el acto más trascendental en nuestra vida política, y á las ideas anarquistas que caían para no levantarse.

Toda nuestra política interna giraba al rededor de la guerra civil que ardía en todo el territorio, manifestándose en la sociedad argentina aquel fenómeno que se observa en las naciones nacientes, en todo pueblo que habiendo vivido por algunos siglos en la opresión, viene á la vida libre. Esta enfermedad, que tan alarmantes proporciones alcanzára en el año XX, cuyos primeros síntomas se dejaron sentir allá por los años 1811 y 1812 en la Banda Oriental con la aparición del prestigioso caudillo José Artigas en el escenario político, no era otra cosa, como dice el general Mitre, que el torrente de la opinión, que se desbordaba del cauce revolucionario; era un fenómeno espontáneo; era el espíritu de la época; era la descomposición del mundo colonial que cedía el campo á la democracia; eran las ideas proclamadas por Moreno, que siguiendo la ley de evolución, rompen el dique que los ataja, para desbordarse con ímpetu, con fuerza irresistible.

La señal de disgregación del territorio del virreinato de Buenos Aires fué dado por la Intendencia del Paraguay que se constituye en provincia autonómica en 1811 y casi todos los restantes, se pronunciaron en favor de la autonomía. En la mayor parte de estos territorios surgieron entidades populares, prestigiadas algunas veces por servicios prestados á la causa de la independencia y por su actitud resuelta en favor del derecho que los pueblos recla-

maban. Estos fueron los caudillos. Don José Gervasio Artigas fué el de mayor prestigio en el litoral. Era natural de Montevideo y pertenecía á una de las más respetables familias de la Banda Oriental. Criado en el campo, diestro en el manejo del caballo, conocedor del país y popular entre sus moradores. Durante las invasiones inglesas, concurrió á la reconquista de Buenos Aires y asistió á la defensa de Montevideo. Promotor de la insurrección en la campaña Oriental, caudillo de la emigración uruguaya al territorio entrerriano y vencedor de las Piedras en 1811. Estos antecedentes le convirtieron en caudillo de la Banda Oriental.

Pero muy luego se levantaron Ramirez en Entre Rios y López en Santa Fé.

Don Francisco Ramirez era audaz y el año XX le ofrecía una ancha perspectiva de ambición política y militar.

Don Estanislao López tenía algo de militar, había servido en calidad de sargento en la expedición de Belgrano al Paraguay; era astuto, de palabras lentas pero conceptuosas y de doble sentido.

Más tarde Bustos se apodera del gobierno en Córdoba y extiende su influjo en el interior. En las provincias del Oeste, principiaba á sonar el nombre funesto de Facundo Quiroga: el Atila argentino que lleva la muerte en los cascos de sus caballos. En Cuyo brotaba el célebre fraile Aldao: el autor de la horrible matanza en el Pilar, en 1829, cerca de la ciudad de Mendoza, donde son asesinados alevosamente, más de 200 personas, y entre éstas su hermano don Francisco Aldao, y el Dr. Laprida presidente del Congreso de Tucumán. En Santiago del Estero se yergue Felipe Ibarra: caudillo de odiosa memoria

por sus crueldades. En los llanos de la Rioja aparece el Chacho: generoso y valiente.

Los pueblos de las Provincias Unidas, á pesar de contar con tantos protectores, marchaban sin rumbo siendo juguete de las pasiones de los caudillos que habían de destrozar el seno de la patria y hundir al país en el abismo de la guerra civil.

Desolador debió ser el cuadro que la nacionalidad argentina proyectaba en aquella época, en que cada provincia gobernaba sin freno y sin ley por el capricho del caudillo; que era capaz de imponer, por su audacia y vigor, su voluntad omnipotente á la muchedumbre fanatizada por el hipnótico poder del más fuerte.

Estos á su vez, eran derrocados por otros, que se decían más protectores de los pueblos libres; no contento con manejar los destinos locales, sinó que aspiran á la autoridad nacional. Ese fué el objetivo principal de todos los caudillos al dirigir los movimientos militares, que habían de envolver á la patria en la más negra de las anarquías.

La guerra civil que los caudillos promovieron en el litoral, experimentó diversas alternativas. Unas veces las tropas del gobierno federal invadían al territorio de Santa Fé y otras al de Entre Ríos; pero el resultado final era siempre desfavorable para el Directorio.

El gobierno derrotado en el empeño de avasallar á los montoneros, una vez en la Banda Oriental, tres en Entre Ríos y cuatro consecutivas en Santa Fé; contando para batirlo con diez mil guardias cívicos en la Capital y con más de cinco mil hombres de las tres armas, en campaña, contra mil quinientos montoneros escasos y mal armados. Con elementos bélicos tan poderosos, el gobierno no había podido

ejecutar una sola campaña feliz contra las provincias disidentes, ni siquiera dominar militarmente á la provincia de Santa Fé.

El director, á pesar de los desastres sufridos en el litoral, no desiste del propósito de someter á los insubordinados caudillos; mientras que la monarquía, oponiéndose á sus designios, preparaba las sublevaciones militares en la negra noche de la disolución del año 20.

El primer síntoma de insubordinación en el ejército argentino se dejó sentir en Jujuy con la sublevación de Rondeau.

El motín de Jujuy había pasado como un relámpago, sin dejar huella ninguna que pusiera en peligro el orden nacional. Hubiera sido falaz pensar que aquella escena pudiera reproducirse en 1819, en el glorioso ejército de los Andes y en 1820, en el del Norte.

Desde los primeros días de la revolución, la lealtad militar había sido la base del orden público. Las tentativas sediciosas del teniente coronel Villafañe y del capitán Caparros en la Rioja (14 de Abril de 1816), del capitán de milicias Juan Pablo Bulnes en Córdoba, (5 á 21 de Abril de 1816) y del caudillo Borges en Santiago del Estero, (10 de Diciembre de 1816), habían sido sofocadas á penas conocidas por el gobierno.

Miróse pues, como novedad, que en 1819 brotaran gérmenes de desobediencia en el seno del ejército más disciplinado con que contaban entonces las Provincias Unidas.

Una carta fechada el 17 de marzo del mismo año que el señor Tomás Guido, agente de nuestro gobierno en Chile, dirigía al General San Martín, fué detenida por los monto-

neros. Ella fué la que les dió conocimiento de que San Martín no cumpliría la orden del gobierno de marchar á Buenos Aires, con la división de los Andes acantonada en Cuyo.

La desobediencia de San Martín estaba justificada, ya que con ella salvaba la revolución sudamericana. Con su atrevida resolución de dirigirse al Perú, esquivaba el compromiso de tomar parte en la guerra civil.

El general de los Andes, sin pasiones locales, con un sólo ideal, el de asegurar la independencia argentina, sentía invencible repugnancia en tomar parte en la cuestión intestina, y al divorciarse de su gobierno, pero nó de la patria, había consultado los instintos conservadores, de un patriotismo elevado lanzándose resueltamente á cumplir su destino americano.

San Martín, con su acostumbrado golpe de vista, comprendió que tomar parte en la guerra civil, era dar mayor combustible al incendio; era entregar sus elementos militares á una disolución. Sin el contingente argentino, Chile no hubiera expedicionado á Lima y «si no se emprendía la expedición al Perú, todo se lo llevaría el diablo» (célebre expresión de San Martín).

No tenía, pues, otro pensamiento, ni otro anhelo, que el de la organización de una expedición contra Lima, sin cuya caída él juzgaba con alto y acertado juicio que jamás la América española podría conquistar su independencia, que debía seguir hasta golpear las puertas del poderoso Virreinato, que tenía en jaque á los independientes por todas sus fronteras y completar así el programa de la revolución argentina, asegurando para siempre su independencia.

En los primeros días de enero de 1820 emprende, por segunda vez, el camino de la cordillera, para colocarse al frente del Ejército Unido (argentino-chileno) y realizar la gran empresa que había de destruir el último baluarte del poder español en Sudamérica.

Convencidos los caudillos del litoral de que San Martín no desenvainaría su espada para batirlos, cobraron nuevos bríos y reabrieron las hostilidades contra el gobierno. Los localistas de Tucumán, seguros á su vez de que las fuerzas del Ejército de los Andes no asomaría por el Norte, resolvieron levantarse.

Al marchar al litoral el General Belgrano en cumplimiento de la orden recibida de su gobierno, había dejado en Tucumán un piquete de 300 hombres, al mando del Coronel Arévalo: militar poco estimado de la tropa y de escaso talento para las circunstancias. Uno de los capitanes de la guarnición, Abraham González, se había dejado sobornar por Bernabé Araoz. Araoz, aunque miembro de una de las familias más acomodadas de aquel vecindario, era un hombre vulgar, sin más ambición que la de gobernar en su provincia.

El 11 de noviembre, á media noche, el capitán González sublevó la guarnición y con el pomposo título de general, despachó expreso por toda la provincia, ordenando á los vecinos á que concurriesen á la ciudad para nombrar al coronel mayor D. Bernabé Araoz, Supremo Director de la República de Tucumán.

El motín de Tucumán, que al parecer no pasaba de un desorden vecinal, tuvo su repercusión en el ejército auxiliar del Perú (ejército del Norte) y en el N<sup>o</sup> 1 de Cazadores acantonado en San Juan.

«Las mismas causas producían los mismos efectos; era el principio de descomposición que estaba en la atmósfera y que obraba sobre las pasiones de los hombres» (Mitre).

Cuando se ven ejércitos tan virtuosos, tan místicos como el de Belgrano, probado por ocho años de duros trabajos y fuerzas tan sólidas como la de San Martín, enrolarse en el desorden, figurando á la cabeza de las sublevaciones militares hombres ilustrados, es necesario reconocer que aquello era una verdadera disolución, que reconocía causas profundas, que las armas eran impotentes para contener.

El ejército auxiliar alzó su campamento del Pilar, (provincia de Córdoba), á las órdenes del general Francisco de la Cruz, el día 12 de Noviembre de 1819; y de acuerdo con el Director, emprendió su marcha hacia el Rosario para reunirse con Rondeau en San Nicolás de los Arroyos. Era este ejército un cuerpo sin alma, en ausencia de su general Belgrano, agitado por los estremecimientos de la época; compuesto de la misma masa de las poblaciones conmovidas, que la anarquía había penetrado profundamente» (Mitre).

Una parte de sus jefes y la mayoría de sus oficiales, eran desafectos al gobierno central. Miraban con repugnancia la guerra civil y resistían la marcha del ejército al litoral. De aquí nació la idea de una conspiración, cuyo objetivo principal era no tomar parte en la guerra civil. Con este lema, se sublevó el ejército del Norte en la posta de Arequito, sobre la margen del Carcarañá (jurisdicción de Santa Fé) en la noche del 8 á 9 de enero de 1820, se replegó á Córdoba y fundó allí un nuevo sistema de caudillaje militar, sustrayéndose no solo de la guerra civil, sino también á la lucha por la independencia.

Los jefes sublevados proclamaron general en jefe al coronel Juan Bautista Bustos que era á la sazón jefe del Estado Mayor del ejército. Como militar, era Bustos de lo más mediocre; carecía de iniciativa en el momento crítico del combate é ignoraba la estrategia.

El teniente coronel José María Paz tenía el talento, las habilidades y la escuela de un eminente militar. Estos dos jefes cordobeses procedieron sin otra mira que apoderarse de Córdoba y entronizarse en ella, pero no había lugar para dos.

El coronel Alejandro Heredia, tucumano, fué, sin duda alguna, el jefe menos espectable de los tres que sublevaron el ejército. Su propósito fué marchar á Tucumán con una parte de la tropa, derrocar á Araoz y apoderarse del gobierno de aquella provincia.

El 9 de Enero de 1820, casi el mismo día en que la nefasta sublevación de Arequito se consumaba, se sublevaba en San Juan el N<sup>o</sup>. 1 de Cazadores del ejército de los Andes, sin que mediase acuerdo entre ambos movimientos. Era, como dice el general Mitre, el principio disolvente que flotaba en todas partes.

El N<sup>o</sup>. 1 de Cazadores formaba parte de la división que repasó los Andes y se hallaba acantonado en San Juan para remontarse. Contaba de 900 á 1200 plazas. Recibió allí una nueva organización calculada para la expedición al Perú, en cuya composición entraban las tres armas. Mandábalo en ausencia de Alvarado, su jefe nato, el teniente coronel Severo Garcia Zequeira, salteño, oficial de méritos, pero severo con la tropa; la anarquía que todo lo penetraba en la atmósfera argentina, le inculcó mal espíritu.

Existía agregado al N<sup>o</sup>. 1 de Cazadores el capitán Mariano Mendizábal, porteño, que por su mala conducta se hallaba separado de sus filas. Mendizábal, complotado con los tenientes Morillo y del Corro, se propusieron sublevarlo, sin más plan que apoderarse del mando y del dinero del tesoro municipal explotando el disgusto de la tropa y las pasiones locales.

El N<sup>o</sup>. 1 de Cazadores, encabezado por sus sargentos, se amotinó silenciosamente en la madrugada del 6 de Enero.

El motín aunque federalista en sus tendencias, no entrañaba ningún pensamiento militar ni político y entre sus promotores no había uno solo capaz de darle dirección.

La anarquía de Tucumán, Córdoba y de San Juan, extendióse á Mendoza y San Luis, que á ejemplo de los demás pueblos siguieron el movimiento disolvente, y se convirtieron de hecho en provincias autónomas.

A la acción disolvente de la anarquía, se agregaban las ideas monárquicas que agitaban la mente de los inespertos pilotos á cuyas manos había caído el timón de la nave, en medio de tempestad. Más fácil hubiera sido para los hombres dirigentes navegar contra viento y marea que seguir un rumbo fijado en medio del huracán de la guerra social.

La idea innata de la república estaba en el organismo de todos; era, como dice el general Mitre, una ley escrita en la conciencia popular, que tenía sus manifestaciones espontáneas. Los hijos del Plata, por un fenómeno físico-moral, nacieron republicanos y por evoluciones sucesivas, su ideal y su necesidad llegó á ser la repú-

blica. El germen nativo de la república estaba en el país colonizado. Los antiguos colonos españoles, al trasladarse á nuestras playas, importaron ciertos gérmenes de individualismo y una tendencia rebelde, que con el tiempo debía convertirse en anhelo de independencia y de igualdad. La república, pues, había nacido con la revolución de Mayo y era inseparable con la idea de independencia.

La monarquía venía á ser una planta exótica, que nunca hubiera podido aclimatarse en las Provincias Unidas y si surgió la idea, fué como una combinación de circunstancia, un mero artificio, una ocurrencia pasajera.

El primer proyecto de monarquía surge en la metrópoli, durante el reinado de Carlos III, cincuenta años antes de nuestra revolución. El conde de Aranda, ministro de España, convencido de que las colonias españolas en América no tardarían en seguir el ejemplo de sus vecinos del Norte, libre ya de la denominación inglesa, propuso al soberano la creación de cuatro monarquías con príncipes españoles. Esta inteligencia avanzada, había observado que en la América española obraban las mismas causas y los mismos factores que emanciparon á los americanos del Norte; había previsto nuestra emancipación política y económica, y adelantándose á los acontecimientos, trata, con su conato de monarquía, de poner un dique á nuestra evolución sociológica hacia la independencia, retardando la república. Felizmente para los americanos aquel pensamiento no llegó á su realización.

La primera vez que la idea de la institución monárquica aparece en la capital del Virreinato de Buenos Aires, fué bajo los auspicios de la idea de independencia. Ima-

ginaron los patriotas en 1808, fundar una monarquía constitucional á semejanza de la de Inglaterra.

Doña Carlota Joaquina de Borbón, esposa de Juan VI de Portugal y hermana de Fernando VII, aspiraba á la regencia de la nueva monarquía en el Río de la Plata. Con este propósito, sostuvo una activa correspondencia con Liniers, y después con Castelli, Vieytes y Moreno. Frustrado el pensamiento en sus primeros momentos, no fué un inconveniente para que aquélla continuase sus trabajos, sin arribar por esto al resultado que se proponía.

Si Carlos IV traslada á sus colonias de América la sede de su trono en 1808, como lo hizo el de Portugal, es muy posible que se hubiera retardado la república en nuestro país, como sucedió en el Brasil.

Con los primeros contrastes y el desarrollo espontáneo de la monarquía, nuestros políticos empezaron á perder la esperanza de constituir sólidamente la república; solo entonces llegaron á pensar en las ventajas de una monarquía, como medio de darle punto de apoyo y estabilidad.

A San Martín, aunque republicano por inclinación y por principio, no le era antipática la formación de una monarquía, y desde 1812 había empezado á inclinarse á ella como una solución, pero no como un ideal, como dice el Dr. Mantilla: «San Martín no era monarquista. Dos veces hizo declaración de fé política y las dos por la república. En 1814 en una carta, decía, soy republicano por principios: y en 1822, estando en el Perú, brindó por la organización de los republicanos del continente.»

Para Belgrano, apasionado por los principios de la constitución inglesa y fatigado de la anarquía, la monarquía era no solo un medio de hacer prevalecer la independencia,

sinó también un fin para fundar un orden de cosas duradero.

San Martín y Belgrano fueron los verdaderos fundadores de nuestra independencia y los que, con sus victorias, hicieron posible la fundación de la república.

En 1814, una nueva candidatura se presenta á la soñada monarquía; se iniciaron trabajos para coronar como rey del Río de la Plata á un infante de España, á don Francisco de Paula, con el apoyo de Inglaterra y con el asentimiento del rey de España, proyecto al que más ó menos directamente sirvieron Sarratea, Belgrano y Rivadavia, que desempeñaban misiones diplomáticas ante las cortes europeas.

Al año siguiente, el Director Alvear escribía al ministerio Inglés nota reservada en que se consigna este párrafo: «Estas provincias desean pertenecer á la Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer su gobierno y vivir bajo su influjo poderoso.» Es que Alvear hablaba á nombre del despecho y desaliento nacidos de su falta de prestigio.

Estas maniobras tenían lugar, cuando el fermento de la guerra civil había ya penetrado en la atmósfera argentina y con caracteres alarmantes. Aquellos hombres sin saber que hacer para conservar nuestras provincias, esa joya de Sud América que con el tiempo había de presidir el movimiento intelectual y científico de medio continente; extraviados nuestros políticos en la tempestad, se lanzan en busca de un rey imaginario, como última esperanza de los políticos sin rumbo. Por otra parte, el sentimiento general del pueblo era democrático y revelaba su energía hasta en los mismos excesos que alarmaban á los hombres dirigentes.

En 1816 surge la idea de la restauración del imperio

de los Incas. Los patriotas de aquella época, dice el general Mitre, «invocaban con entusiasmo los manes de Manco Capac, de Montezuma, de Guatimozin, de Atahualpa, de Siripo, de Lautaro, Caupolicán y Rencú, como á los poderes protectores de la raza americana.

Los Incas, especialmente, constituían entonces la mitología de la revolución.»

El general Belgrano, persuadido de que sería imposible obtener de las casas reinantes en Europa, un príncipe para coronar en Buenos Aires, propuso buscar en América el príncipe que se deseaba. Pensó encontrarlo en un descendiente de los antiguos soberanos del Perú, creyendo resolver así el segundo fin de la revolución argentina.

Por una aberración que se explica, dice el general Mitre, «por el desequilibrio de las fuerzas políticas,» en el Congreso de Tucumán que en 1816 declaró la independencia, y por el hecho fundó una república, en su gran mayoría monarquista de oportunismo, era donde la monarquía incásica había hallado eco mediante los trabajos de Belgrano (autor del proyecto). Se trató en su seno de fundar una monarquía sobre la base de un descendiente del Inca, que vinculase al Rio de la Plata y al Perú dándole el Cuzco por capital. Pero bastó la protesta enérgica de Fray Justo de Santa Maria de Oro para que fracasara el proyecto.

Don Manuel J. García enterado del plan de Belgrano, lo califica de imposible y hasta de ridículo. El no concibe que la casa de los Incas pudiese enlazarse con otras reinantes en Europa, por faltarle respetabilidad; y convencido de que para resolver cuanto antes los dos fines de la revolución y contener en su origen la guerra civil, era indispensa-

ble crear un gobierno monárquico, juzgó que el príncipe se encontraría en el Brasil. Este proyecto fué abandonado como los anteriores y vencido por la opinión del país.

En 1819, el Congreso de Tucumán sancionó en secreto la forma monárquica, el gran proyecto del 3 de Noviembre como se llamó entónces, inmediatamente después de jurar y promulgar la Constitución dictada por él (25 de Mayo de 1819.) Esto era imponer á los pueblos una forma de gobierno contrario á sus tendencias. El plan consistía en coronar en el nuevo reino argentino, al duque de Luca de la casa de Borbón, con el apoyo de Francia.

Estas maniobras, producto del desfallecimiento de hombres no acostumbrados á las perturbaciones políticas y sociales de los pueblos, sublevaron la opinión republicana de la clase ilustrada y embravecieron las pasiones populares, produciendo el efecto opuesto que sus autores buscaban.

Así terminaron las dinastías abortadas del Río de la Plata.

La revolución argentina, fué, dice el general Mitre, esencialmente republicana, y las tentativas monárquicas frustradas en el largo curso de su desarrollo, demuestran históricamente que era refractaria á la monarquía.

En aquella efervescencia social, Rondeau se había dejado arrastrar sin iniciativa, hasta que la sublevación de Arequito vino á descargar el golpe de gracia sobre el orden constituido.

Ramirez y Lopez, libres ya del ejército auxiliar, concentraron sus fuerzas sobre el Arroyo del Medio, para invadir la provincia de Buenos Aires.

Artigas, empeñado en la lucha con los portugueses en la Banda Oriental, permaneció alejado del teatro de los sucesos que se desarrollaban en la frontera de Santa Fé y dió lugar á que Ramirez y Lopez, después de la acción de Cepeda, aumentaran su poder militar y alcanzaran una gran preponderancia en el litoral.

El Director Supremo, al sentir la proximidad de la invasión levantó su campo de Lujan, para reunirse con las fuerzas del general Juan Ramón Balcarce que avanzaba en San Nicolás de los Arroyos.

El ejército con que Rondeau iba á dar la batalla decisiva contra los caudillos del litoral, se componía en su mayor parte de milicianos de caballería tomados en la campaña: por su espíritu rural, ajenos á las luchas de la ciudad, carecían de interés que le diera entusiasmo para batirse con denuedo, por tal ó cual partido de los que agitaban al país.

Rondeau era de un espíritu tan lento, que no sabía preveer los movimientos ni combinar aquellos golpes de vista con que un general debe preparar y desenvolver sus planes.

Se limitó á marchar hasta donde el enemigo lo detuviera, y efectivamente así sucedió.

Los caudillos le interceptaron el paso en la confluencia del Cañadón de Cepeda con el arroyo del Medio.

Los primeros encuentros fueron poco favorables para la caballería del Director.

En la mañana del 1.º de febrero (1820), el enemigo dividido en tres columnas, pasa el Arroyo del Medio. Un momento después tenía lugar el choque. Los santafecinos, al mando de López, y los correntinos, al mando del célebre inglés Pedro Campbell, acometieron sin vacilar la caballería de Rondeau y ésta, al sentir el empuje que traía el enemigo,

vacila, y sin poderlo remediar, abandona el campo en masa, llevándose envuelto al general con los jefes y oficiales. Ramirez y sus aliados llevaron su empuje hasta la inmediación de las líneas de la infantería al mando de Balcarce y á los fuegos certeros de ésta, tuvieron que retroceder en completa confusión.

Esta fué la batalla que se llamó de Cepeda, que derrumbaba el monumento social en cuya cúspide había predominado la ciudad de Buenos Aires. Entre los escombros rodaban Rondeau, el célebre Congreso de Tucumán y su último plan monarquista. Sobre aquellas ruinas debían constituirse las autonomías provinciales por el voto de los municipales centros urbanos: de aquel caos debía surgir la vida nueva con su fisonomía propia y un espíritu de cohesión general; de aquel naufragio debía principiar la vida provincial.

A los pocos días de la derrota de Cepeda se celebró el tratado del Pilar el 23 de febrero de 1820, que es la piedra angular de la organización argentina bajo la forma federal, en que Buenos Aires reconocía de hecho la autonomía de las provincias de Entre Ríos y Santa Fe.

El año 20 ha sido un año de elaboración necesaria de todos los elementos de la patria. En él perdieron la vida muchos argentinos en los campos de combate; en él, sangre fraticida se derrama por doquier, pero debe pensarse que así como la Edad Media es considerada como necesaria en la Historia de la Humanidad, los destinos de nuestra patria debían pasar por este año aciago para tener en el presente una patria próspera y feliz.

SEBASTIÁN DIRENZIO.

---

## SALTA

DOCUMENTO HISTÓRICO--1820

*Relación de todo lo que á los 12 dias de recibido el oficio de San Martin estaba pronto para la expedición al Perú de solo la Provincia de mi mando.*

—Dos mil hombres de línea y gauchos escogidos, los más valientes, subordinados y honrados; sin contar con las tropas y gauchos que mantengo en la vanguardia, todos armados, y la mayor parte municionados.

—Dos mil mulas de silla.

—Mil quinientos caballos, y los más de estos se hallan engordando por sus mismos dueños con maiz.

—Quinientas mulas de arria con sus correspondientes aparejos y arrieros.

—Mil cuatrocientos burros de carga.

—Doscientas arrobas de galleta.

—Dos mil cargas de burro de granos y harina.

—Mil quinientas cabezas de ganado vacuno y algún lanar.

—Quinientos quintales de charque y algunos almudes de ají, porotos y cebolla.

—Mil quinientas chiguas y quinientas cargas de sacos.

—Cuatro mil mazos de tabaco.

—Efectos como para vestir cien hombres.

—Mil pesos en plata y otros útiles de poco momento.

Todo esto se ha aprontado sin costo alguno por parte del Estado, pues no tiene en las cajas ni un solo peso en circunstancias de haber sido atacada la Provincia por los enemigos y destruida en cinco años que solo ella ha trabajado por la causa en general abandonada de las demás.

Salta, Agosto 14 de 1820.

M. GüEMES.

---

## D. BERNARDINO RIVADAVIA

En el famoso Cabildo abierto del 22 de mayo de 1810, al pasar á la sala de acuerdos donde cada uno de los circunstantes debía expresar y rubricar su voto, dos hombres se aproximaron casi al mismo tiempo á la mesa y expresaron sus opiniones con palabras análogas. Uno de estos hombres era D. Mariano Moreno, el campeón de las libertades cívicas, el primero que bajó á la palestra para sostener los derechos del pueblo. El otro el ilustre ciudadano D. Bernardino Rivadavia, padre de nuestras más grandes instituciones libres, y factor de nuestros más altos destinos.

Rivadavia nació en Buenos Aires, el 20 de mayo de 1780, consagrando los primeros años de su juventud á los trabajos de la inteligencia. Tomó parte en las invasiones inglesas en el puesto de capitán del *Batallón de gallegos*. En las disensiones ocurridas después de aquellos memorables días, entre Liniers y Alzaga, Rivadavia se puso de parte del primero, que representaba los intereses genuinamente criollos.

Cuando la Revolución inicia sus primeros trabajos, Rivadavia abandona todo otro pensamiento para consagrarse á su servicio. Su nombre aparece entre los primeros propa-

gandistas del santo credo de la patria, y al lado de Moreno, cuya obra completó.

Después que la Junta del año diez terminó su cometido, se reunieron los diputados de las diferentes provincias, emanando del seno de este primer Congreso en virtud del acuerdo firmado en 23 de setiembre de 1811, un triunvirato compuesto de tres vocales y tres secretarios. D. Benardino Rivadavia, secretario de la guerra, tuvo en él igual papel que Moreno en la Junta. Rivadavia fué el triunvirato; él creía, lo mismo que Moreno, que para poder luchar con ventaja contra la reacción armada, era necesario que el Poder Ejecutivo procediera en una forma expedita y absoluta, y este pensamiento lo sostuvo en todos sus actos y le dió fuerzas para impulsar las resoluciones á veces vacilantes del Directorio. De esa manera firme y serena, procedió en la cuestión suscitada con Portugal con motivo del sitio de Montevideo y en el levantamiento del regimiento núm. 1 ocurrido el 16 de diciembre de 1811. Este hecho ha sido objeto de los más serios cargos contra Rivadavia, á causa de la dureza con que se castigaron los desórdenes producidos; pero es necesario tener en cuenta el momento difícil en que le tocó actuar. Una de las principales razones alegadas por el triunvirato para concentrar la acción del Ejecutivo, era la necesidad de establecer la disciplina en el ejército; cuando la sedición se produjo, el gobierno procuró someter á los amotinados por los mejores medios, hablando á sus corazones de soldados y de argentinos con estas palabras:

«Soldados: Solo la seducción de los enemigos de la patria ha podido conducirnos á la insurrección contra el gobierno y vuestros jefes. Ceded en obsequio de la causa sagrada que habeis sostenido con vuestra sangre; ceded por el amor

de vuestros hijos y de vuestras familias, que serán con el pueblo, envueltas en los horrores de la guerra civil; ceded en fin, en obsequio á vuestros deberes, y un velo cubrirá para siempre vuestra precipitación y el delito de sus autores. De lo contrario, todo está pronto para reduciros á la fuerza, y vosotros responderéis de tan funestos resultados.»

Buenos Aires, Diciembre 7 de 1811.

*Feliciano A. Chiclana, Manuel Sarratea,  
Juan J. Paso, Bernardino Rivadavia  
y Nicolás Herrera.*—Secretarios.

Desatendida esta intimación, Rivadavia firmó la orden para que los sublevados fueran sometidos por la fuerza; los resultados eran de preverse: el gobierno, templado por la fibra de Rivadavia que algunos llaman quizá con razón algo sanguinaria, se mostró inflexible con los culpables y el 11 fueron pasados por las armas los unos, desterrados los otros, disueltas las tres compañías que encabezaban la sedición y despojado el regimiento de su número de honor, antigüedad y uniforme. Estos actos de rigor fueron seguidos por una medida de una violencia injustificable: aparecieron algunos leves indicios de que la sublevación había sido promovida por el partido que encabezaba el movimiento del 5 y 6 de abril, y que su objeto era restablecer la Junta Conservadora. El Gobierno ordenó que en el término de 24 horas salieran de la Capital los antiguos diputados.

Los trabajos del Ministerio de la Guerra en ese tiempo, fueron los siguientes:

Se creó un Estado Mayor General que sirviera como

cuerpo de consulta para la organización, uniformidad y disciplina del ejército. Bajo la dirección de ese cuerpo se confeccionó un plan metódico para la reforma del ejército, en el cual se vencieron obstáculos de mucho bulto.

Se crearon fábricas para fundir cañones y pólvora, mejorando las instalaciones de las dos de fusiles que existían en el país. Se cuidó de cerrar el Paraná á los enemigos, por medio de fuertes baterías.

Se formó un reglamento para el gobierno y administración de la marina.

Se creó un cuerpo de granaderos á caballo; y se tomaron muchas otras medidas tendentes á mejorar la administración de la guerra, á facilitar el trabajo y á hacerlo más provechoso. No se descuidó tampoco la instrucción de los jefes, y la dotación de elementos bélicos á los diferentes cuerpos.

Con estos visibles esfuerzos para mejorar en todo lo posible la actitud defensiva del país, se levantó el espíritu público, y el sentimiento y la generosidad del pueblo, cooperaron con el gobierno de la manera más eficaz y decidida. Merced á todo esto, la situación militar del país cambió radicalmente: al desánimo sucedió la esperanza, á la desorganización la disciplina y el orden administrativo; al ejército deshecho del Desaguadero que retrocedía ante el enemigo, el que se adelantaba á contenerlo; al que evacuaba á Montevideo, el que se encaminaba al Uruguay para recuperar el dominio de la Banda Oriental y establecer sólidamente el sitio abandonado.

A Rivadavia se debe también el Estatuto Provisional dictado el 1º de diciembre de 1811. Para dar forma al gobierno de la nueva nación, era necesario constituir de una

manera práctica y de aplicación inmediata, las doctrinas filosóficas y los principios proclamados por la Revolución. Desde que la Junta sintió la necesidad de crear un Poder Ejecutivo, las bases del sistema representativo fueron establecidas, la delegación de la soberanía del pueblo en manos de sus representantes, la amovilidad y responsabilidad de estos, la división y dependencia recíproca de los poderes, que evita la omnipotencia y garantiza la justicia, se encuentran enunciados en el Reglamento dictado por la Junta el 22 de octubre de 1811 y en el Estatuto Provisional al mismo año, encuentran su conformación. Pero las garantías que ofrecen á los pueblos estas bases orgánicas del sistema representativo, serían completamente ilusorias sin el reconocimiento y garantía de los derechos individuales. Rivadavia ha sido el primero de los hombres de la Revolución que declaró los derechos y formuló garantías individuales. El Dr. Moreno había puesto la imprenta al servicio de la Revolución, pero no en manos del pueblo. Rivadavia no vaciló un momento en dar existencia práctica á los principios declarados por los hombres de Mayo; quiso que la imprenta fuese libre y lo decretó el 26 de octubre de 1811, manifestando que consideraba ese medio como el único capaz de hacer de las luces de unos pocos, el patrimonio de todos, de formar la opinión pública y consolidar la unidad de sentimientos que es la verdadera fuerza de los Estados. El artículo de nuestra actual Constitución que declara que todo hombre puede publicar sus ideas por la prensa sin censura prévia, fué formulado por Rivadavia en el año 11.

A estas medidas siguieron otras de no menos importancia. En enero de 1812 se suprimió la Audiencia, orga

nizando la administración de justicia de acuerdo con los principios liberales.

Políticamente, con la Audiencia desaparecía el último representante de la autoridad real y del régimen colonial español; y por los tribunales civiles que la constituyeron se descentralizaba el poder omnímodo de un grupo, poniéndose la justicia más en contacto con el pueblo.

Rivadavia no concurrió á fortalecer la autoridad del gobierno que llamó superior con el objeto de dominar los peligros interiores y exteriores que rodeaban á la obra de la Revolución, sinó también para iniciar la reacción de los dos grandes propósitos que llenaron su vida: la independencia del país y el establecimiento del gobierno representativo. La acción y doctrina de Moreno entrañaban la reivindicación de la soberanía popular, pero Moreno no alcanzó á darle una forma clara, oficial y definitiva, manteniendo así sus ideas en la esfera de la doctrina. El decreto del 18 de febrero de 1812 disipó todas esas nebulosidades, creando la escarapela nacional; este documento que es el primero que declara explícitamente que el acto de Mayo importaba el advenimiento de una nueva nación, al concierto de las viejas naciones europeas, establece definitivamente la reparación entre los elementos constitutivos de nuestro pueblo, diversificado por los colores del pabellón á cuya sombra se cobijan. La independencia quedaba, pues, declarada por acto oficial; se revestirá más tarde de un ceremonial más solemne, si se quiere, pero para el país ese decreto es su más alta declaratoria de independencia. El acto de 9 de julio de 1816 que nos declaró libres de España y de Fernando VII, no hizo más que consagrar y

promulgar para los efectos externos el hecho declarado oficialmente para los efectos internos en 1811.

Cuando Rivadavia entró á la administración todavía estaban sometidos los extranjeros á restricciones que se habían impuesto á su comercio dentro del país; Rivadavia suprimió todas las trabas, declarando en setiembre de 1811 que los extranjeros tenían plena libertad de embarcar y desembarcar sus mercaderías, así como de venderlas en las ciudades que creyeran conveniente. Esta medida, á la vez que ensanchó el comercio extranjero facilitándolo, concurrió á atraer la inmigración, que era deseada por Rivadavia, no como simple aumento de brazos, sinó como elemento civilizador.

Por eso al ocuparse de ese asunto, apartándose del ejemplo ofrecido por los Estados Unidos y otras naciones de América, prohibió que se introdujeran esclavos (ley del 17 de mayo de 1812). Nuestra legislación actual sobre inmigración descansa sobre las bases que le dió Rivadavia, hace setenta años.

Por medios análogos, el gobierno que se recibió de un erario escasísimo, pudo hacer frente á los gastos crecidos que importaba el sostenimiento del ejército patrio.

Rivadavia daba gran importancia al hombre moralmente considerado como elemento de riqueza pública; creía firmemente que el progreso de las ciencias y la difusión de las luces eran á la vez, base de mejoras sociales y desarrollo de riqueza pública. Con esa convicción solicitó la venida al país de profesores extranjeros y promovió la publicación de obras de importancia; la Gaceta del 9 de agosto de 1811 trae un artículo oficial tendente á despertar en el pueblo el deseo de crear un establecimiento literario.

Belgrano había promovido ya en el consulado la creación de la academia de dibujo y de una escuela náutica que fueron suprimidas más tarde por orden terminante de España. La enseñanza de la economía política denominada con razón la ciencia general de la administración y cuyos auxilios son indispensables para la buena política internacional, era en 1812 casi desconocida en América, y aún en pueblos más adelantados que los de este continente, y á pesar de los esfuerzos hechos por Rivadavia, no empezó á enseñarse en Buenos Aires hasta 1823, fecha en que fué incluida en los programas de la Universidad. En cambio el pueblo cooperó al establecimiento de un centro literario que se abrió en esta capital bajo la dirección de D. A. José Escalada. La separación de Rivadavia del gobierno, verificada poco tiempo después, malogró el proyecto del establecimiento de una Sociedad Científica que se encontraba en tan buen camino como el relativo al Banco de Descuentos.

Pero no correspondieron solo á este primer período de la historia de Rivadavia, hechos de engrandecimiento. La fortuna quiso sin duda poner á prueba su fibra más enérgica en hechos de dolor para la patria, que reclaman todo el esfuerzo de los que asumen la tremenda responsabilidad de responder del empleo de sus fuerzas. En junio de 1812, comenzó á extenderse la nueva de que se preparaba una conjuración dirigida por Alzaga con el auxilio de las tropas españolas de Montevideo y del ejército portugués al mando de Souza. El plan de los conjurados era tomar á Buenos Aires por sorpresa, y trasladando á ella las fuerzas de la Banda Oriental, restablecer el dominio español en el Rio de la Plata. El Directorio com-

puesto por los tres vocales: Pueyrredón, Ciclana y Rivadavia se hallaba perturbado en sus acuerdos por las rencillas que dividían á los dos primeros jefes según Varela, de dos partidos opuestos que trabajaban encarnizadamente uno contra otro, echándose recíprocamente al rostro los males públicos. Rivadavia, colocado entre aquellos dos enemigos, era el que los templaba, á fin de que el despacho de los negocios públicos no padeciese. Los colegas de Rivadavia se negaban á creer en la conjuración española y se oponían á toda medida contra ella, instando á que se tomasen contra el partido que les era opuesto. Así estaban los ánimos cuando se recibió la primera denuncia formal de la conjuración; halló en esto Rivadavia una confirmación á sus sospechas; pero sus colegas se empeñaron en que era obra de los Chiclanistas ó de los Pueyrredonistas respectivamente, y se negaron á tomar medidas. Entonces, Rivadavia se consideró con toda la autoridad necesaria por asumir las funciones del Directorio, y él solo firma el decreto de muerte de los principales actores. El buen sentido, la perspicacia y la serena energía de Rivadavia, dice Lamas, salvaron á la Revolución de uno de sus mayores peligros. Con los decretos de muerte que firmó, dió el anuncio pavoroso para los patriotas, de que existía una conjuración poderosa, para los conjurados de que había sido descubierta, y para todos de que el gobierno estaba de pié y resuelto á ahogarla en sangre. El efecto fué inmediato y decisivo. Pasada la inminencia del peligro, Rivadavia no quiso derramar sangre inútilmente, y el 20 de Julio á los 15 días de ejecutado Alzaga, propuso que se sobreseyera en el proceso de los conjurados devolviendo la tranquilidad á las familias españolas ya inofensivas desde

que estaban políticamente decapitadas. Los colegas de Rivadavia y sobre todo Chiclana que representaba á los patriotas más ardientes se opusieron, pero Rivadavia redactó por sí solo el día 24 una proclama que es la siguiente:

«El Gobierno al pueblo. Ciudadanos: Basta de sangre. Perecieron ya los principales autores de la conjuración y es necesario que la clemencia sustituya á la justicia.

Así lo exige vuestro carácter generoso, los sentimientos de vuestro gobierno y la respetable mediación del Ayuntamiento en favor de la vida de los cómplices. Que se vea que el influjo de las virtudes del pueblo americano alcanza á sus mismos enemigos. Ya se han dictado todas las medidas que demandan el orden y la seguridad interior y solo resta que acrediteis con el sosiego la confianza que os debe vuestro gobierno. Recibid en vuestros brazos á los españoles que se suscriban de corazón á defender denodadamente la causa de nuestras libertades y no dudeis de que la justicia será inexorable contra los obstinados que se atrevan á atacar nuestros derechos. El gobierno se halla altamente satisfecho de vuestra conducta, y la patria fija sus esperanzas sobre vuestras virtudes sin ejemplo.»

Buenos Aires, Julio 24 de 1812, etc.

La conjuración de Alzaga fué la segunda y última manifestación importante del espíritu reaccionario de los españoles avecindados en el Rio de la Plata. Este espíritu se había personificado en dos grandes figuras: Liniers y Alzaga, y esas dos figuras desaparecen de la tierra, abatidas por los dos hombres más grandes de la Revolución: Moreno y Rivadavia. Obraron con la misma fuerza y con iguales resultados. Moreno despejó en Cruz Alta el camino de Suipa-

cha, Rivadavia en la Plaza de la Victoria, el de Tucumán y Salta. Si el sentimiento de humanidad y de perdón, vivo siempre en nuestras almas nos repugna esos actos de crueldad y nos dice que no era necesaria esa sangre para sellar el triunfo de nuestra causa, la historia nos hace caer en cuenta de que en los momentos agitados de la vida de los pueblos, los hombres no han hallado otro medio de despejar la situación que haciendo brutalmente á un lado, con los ojos cerrados, aquellos obstáculos que se levantan obstinadamente frente á las energías virtuosas que se agrupan en torno del honor nacional.

La revolución del 8 de Octubre de 1812, encabezada por San Martín, Alvear y Monteagudo, separó á Rivadavia del poder.

## II

En 1814, Rivadavia fué nombrado agente diplomático de la revolución en el Viejo Mundo, y fué como Franklin á tentar una reconciliación con la madre patria; golpeó las puertas de las grandes potencias pidiéndoles su apoyo para consolidar la independencia de América.

En todas esas negociaciones, Rivadavia trataba de resolver por la diplomacia, los problemas políticos y militares que se agitaban en su patria, estableciendo al efecto en ella, un gobierno monárquico con un príncipe extranjero á la cabeza.

Esta abdicación del hermoso fruto de nuestras glorias, en manos de un nuevo déspota extranjero, constituye uno de sus mayores errores, y tales tentativas renovadas con una persistencia digna de mejor propósito, levantaron, en torno de su personalidad, una barrera de oposición y un ánimo prevenido en la mayoría de sus conciudadanos.

Pero esa labor, aunque infecunda para los fines políticos, favoreció á los intereses morales y solidarios de los hombres libres que trabajaban unidos por la emancipación del pensamiento humano, poniéndolo en contacto con Lafayette, Pradt y los discípulos de Montesquieu, defensores decididos de los nacientes Estados americanos. En Europa, Rivadavia tuvo ocasión de beber en la fuente original que informan las teorías de Benttrani, y de desligarse del aforulismo y de las trabas para marchar con paso animoso por el amplio sendero del progreso y del liberalismo moderno.

Con esas ideas y lleno de bríos generosos, regresó á la patria, resuelto á empeñar el último combate de la colonia con su metrópoli, en el terreno de la organización política y social hasta emanciparla de la esclavitud de la ignorancia, de las preocupaciones, de las formas vetustas inoculándole los gérmenes de una civilización progresiva y robusta. Entre tanto las provincias del Río de la Plata pasaban por un momento crítico. La revolución de las colonias españolas es de origen municipal: en todas partes, el día en que se produce el cambio del personal administrativo, por la más sana parte del vecindario convocado en el Cabildo, queda consumada la Revolución. Esa forma es legal: era la establecida por las leyes de los reinos de Aragón y Castilla para los casos en que la monarquía estuviera en peligro; teóricamente, si desaparece el monarca que ejerce la soberanía por delegación del pueblo, es el pueblo el que reasume la soberanía y constituye el poder público. Dentro de esta forma cabe la diversidad de las tendencias; operando en esa forma, se puede conservar la colonia para el soberano, ó desconocer la soberanía de la metrópoli y quedar declarada la independencia; en la capital del antiguo

Virreynato de Buenos Aires, la transformación se opera de acuerdo con el mismo principio jurídico político; aparentemente se gobierna en nombre de Fernando VII, pero en Octubre de 1812, al constituirse el Triunvirato, é inmediatamente después de la victoria de Tucumán, el gobierno de la Revolución, al convocar á los diputados de todas las ciudades á formar la Asamblea General Constituyente, declara que la Revolución ha sido hecha para llegar por ella á la Independencia. La Asamblea recuerda el año 13; debió hacer esta declaración á nombre del pueblo de las Provincias Unidas y constituir á éstas en cuerpo de nación, como era el designio de todos á fines del año 12; pero la declaración se aplaza. En 1814, al restablecer la monarquía española, se inician las negociaciones ya mencionadas, y solo cuando se adquiere el convencimiento de que no hay más medio de solucionar la lucha, que arriesgarlo todo en una empresa atrevida y definitiva, es que se hace la declaratoria del 9 de Julio de 1816 fijándose la idea capital que prevalecía desde 1812. Desde el 25 de Mayo de 1810, día en que Buenos Aires estableció la Junta de carácter local, estatuida en la Asamblea municipal del 22 de Mayo y confirmada por el acto revolucionario del 25, hasta el 9 de Julio de 1816, el sentimiento político, el propósito íntimo de la revolución, difundido por todos los ámbitos del Virreynato de Buenos Aires, adquirió formas políticas bien definidas. En esos seis años se plantearon todos los problemas de carácter político, económico y social que debían resolverse con el correr del tiempo. La acción armada de la Revolución, requisito indispensable para que ésta triunfara, apasiguó á las masas y las convirtió en fuerzas políticas.

El Congreso de 1816 declara la independencia y se dedica á elaborar la Constitución nacional subordinándolo todo á las combinaciones políticas y á la lucha armada contra los enemigos. Surgen entonces las tendencias hacia la vieja forma no ya en cuanto á la constitución del gobierno de las provincias, sinó en cuanto al de la nación, y la forma republicana tiende á ser reemplazada por una monarquía constitucional. Después de las batallas de San Martín en Chile (1817-18) el Congreso arregla la Constitución y se la sanciona en 1819. En ella desconoce la tendencia federativa del país y por eso se produce el caos del año 20.

Congreso y Directorio desaparecen juntos como una consecuencia del movimiento interior verificado en nombre de la federación; los ejércitos de que disponían estos poderes se disuelven distribuyéndose con sus jefes en las diversas provincias; la Banda Oriental cae en poder de los portugueses después de una lucha de cuatro años; Bustos subleva á los batallones cordobeses en Arequito y proclama la autonomía provincial; otro tanto hace Herrera en Tucumán, y bajo la presión de la misma causa, las diversas provincias se levantan en armas siguiendo á sus caudillos.

### III

Rivadavia habría visto desde lejos el desarrollo de la anarquía que llegó á revestir los caracteres de una disolución administrativa y nacional; y con la serenidad que dá siempre el alejamiento del teatro del suceso, pudo preparar sus planes para la reforma de la vida material y política de su patria.

En 1821 Buenos Aires había llamado al gobierno al general Rodríguez. La provincia se encontraba tranquila y fatigada de la anarquía, pero al mismo tiempo sin crédito ni recursos, presentando el aspecto de un campo raso en el cual es necesario levantar el edificio de la nacionalidad, y arrojar la semilla de la paz y la prosperidad. El general Rodríguez que volvía de sus campañas pacificadoras, se encontró con ese cuadro desolador, y llamado á actuar en él, no vaciló un momento en prestar á su servicio sus talentos y energías.

Su primer paso fué buscar á los hombres que creía más competentes para asociarlos á su obra y solicitar de ellos sus inspiraciones. La opinión pública designó á dos hombres: Rivadavia y García; Rodríguez los llamó; dando al primero el cargo de Ministro de Gobierno y Relaciones exteriores, y al segundo el de Hacienda.

El alma de esta administración fué Rivadavia, pero no el Rivadavia que había andado por las Cortes europeas solicitando un príncipe que quisiera aceptar el trono de Buenos Aires; era un espíritu nuevo que durante su estadía en europa había comprendido lo errado de querer constituir la República, de acuerdo con las instituciones legadas por la conquista.

Si Rivadavia, dice el señor Bilbao, en lugar de pasar esos seis años en Europa, los hubiera pasado en los Estados Unidos, es indudable que su espíritu hubiera comprendido en toda su extensión el fin de la revolución americana y hubiera sido el verdadero implantador del sistema republicano; pero ya que no adquirió esos conocimientos, los que traía, bastaban para echar los cimientos de la regeneración tomando por punto objetivos el plantar un gobierno que

fuese respetado por su moral y el transformar á los hombres por la educación que todo lo regenera. Su propósito era, en fin, emancipar el espíritu del pueblo y crear un gobierno que sirviese de modelo, que impulsara al trabajo y respetase los decretos.

Penetrado en estas ideas acometió la obra audazmente. Comenzó por revestir los actos del gobierno de una aureola de prestigio que los impusiese al pueblo. La Junta Legislativa dobló el número de sus miembros que hasta entonces habían sido veinticuatro; los nuevos miembros fueron elegidos por el pueblo, poniéndose así en práctica el sufragio universal. La Cámara así constituida se declaró desde el principio *extraordinaria y constituyente*.

Se trataba en esos momentos de afianzar la unión nacional, para lo cual se pensaba convocar un Congreso al que asistieran Bustos y los demás caudillos, pero Rivadavia pidió y obtuvo que se difiriese la fecha de esa reunión; su pensamiento era que la unión nacional debía venir como un resultado de la buena organización de cada provincia, y que Buenos Aires debía comenzar dando el ejemplo á las demás. Acto continuo se puso á la obra. Comenzó por organizar de la manera más sencilla posible la administración de los diversos departamentos del gobierno; dividió los ministerios, dando á cada uno atribuciones fijas.

La hacienda pública, llave del mecanismo social, entró en un período desconocido, estableciéndose el crédito público, la abolición de los impuestos odiosos, y garantizándose la industria.

La administración de justicia que era una rémora del movimiento social del país, recibió una modificación im-

portante, comenzando por suprimir los Cabildos que habían servido durante la Revolución de árbitros de los destinos políticos de la Provincia y creando los juzgados estrechamente vijilados por el Ejecutivo.

Completóse sucesivamente el sistema representativo con las leyes de presupuesto votado por el Poder Legislativo, la rendición anual de las cuentas ante él, la presentación de Mensajes y la publicidad tan necesaria de los actos del Gobierno.

Fundado sobre esas bases regulares, al percibir la noticia de que San Martín había tomado posesión de Lima, el Gobierno, por iniciativa de Rivadavia hizo promulgar la que llamó *Ley de olvido* para gozar más completamente del fruto de los sacrificios hechos en la guerra de la Independencia; la ley fué dada, echándose un velo sobre el pasado en el cual todos habían sido más ó menos culpables y necesitaban de indulgencia y olvido por sus debilidades y errores.

Cuadro demasiado extenso será el que comprendiese todas las reformas que introdujo Rivadavia durante su administración como ministro de Rodríguez.

Pero no eran las reformas orgánicas administrativas las que llamaron especialmente la atención pública. Rivadavia abordó también y con mucho más interés la obra de la regeneración moral del hombre para transformarlo en factor eficiente del progreso de la patria. Para obrar este cambio, suplantar el alma de España por la de la República, la obra de Rivadavia descolló en dos puntos: la *reforma de la educación* y la *reforma religiosa*.

La educación era pobre y descuidada; Rivadavia comprendió que era necesario educar al pueblo para que pu-

diera comprender los altos destinos á que estaba llamado. La educación de la conquista estaba basada en el desconocimiento de la soberanía y en la negación del derecho individual. ¿Como era posible la democracia en un pueblo que estaba educado para ser gobernado y no para gobernar? Educar al pueblo era pues enseñarle la libertad. Esta tarea la emprendió Rivadavia, fundando la Universidad de Buenos Aires y diversos establecimientos de enseñanza secundaria y elemental. Las escuelas gratuitas bajo el sistema de Lancaster las prodigó cuanto pudo hasta en los últimos pueblos de la campaña. Trajo profesores de Europa, libros y enseres para la creación de cursos que nos eran desconocidos. Desde lo alto de su poder, aconsejaba al pueblo ser celoso de sus prerrogativas y señalaba la ilustración pública como la base de todo sistema social bien arreglado. Consecuente con sus ideas, se preocupó de la educación de la mujer, creando escuelas para ella y fundando para inspeccionarlas la Sociedad de Beneficencia compuesta de las matronas más respetables.

Los establecimientos creados por el Gobierno, eran frecuentemente visitados por Rivadavia, y en ellos y bajo su patrocinio se formó esa generación que más tarde brilló en las letras argentinas.

El otro punto de que se ocupó también con grande amor, fué la reforma religiosa.

El poder de la conquista se basada en la alianza de la monarquía con el catolicismo; el monarca daba los ejércitos para conquistar á las razas vírgenes de América, y el catolicismo se encargaba de someterlas al dominio del conquistador. El imperio del catolicismo que proclamaba la obediencia ciega al monarca reconocido como represen-

tante del poder divino, hacía imposible el establecimiento de la democracia, cuyos principios son tan opuestos á aquellos. Rivadavia comprendió que para hacer triunfar la democracia, era necesario hacer llegar á las masas el conocimiento de sus derechos. Esto era atacar al catolicismo, sin que esto quiera decir que Rivadavia lo consideraba incompatible con el gobierno libre. Por eso creyó que podría servirse del clero como de un elemento civilizador para lo cual ordenó que diera semanalmente conferencias sobre moral, liturgia, historia, derecho etc, con lo cual, decía, el clero se elevará en el concepto público no solo por su sanidad, sinó por su ciencia. El clero se negó á esto porque comprendió sin duda que desde el momento en que las inteligencias despertasen de su ignorancia, el imperio que sobre ellas tenían habría desaparecido.

Rivadavia lejos de detenerse en ese camino, estableció la libertad de cultos, innovación que abría las puertas del país á los inmigrantes de todos los ritos; suprimió los días festivos á excepción de los domingos y algunos otros; abolió el fuero eclesiástico y los diezmos, etc.

La discusión de estas reformas fué acalorada y brillante, saliendo á la prensa los mejores paladines del pasado y de la innovación; pero en ella como en el Congreso, triunfaron los últimos. Los sostenedores del pasado derrotados en ese terreno, lograron por medio de proclamas desaforadas sublevar un cuerpo de tropa para derribar la administración de Rodriguez, el 19 de marzo de 1823, pero fueron vencidos; y Rivadavia cometió el error de ordenar el fusilamiento de los jefes de la sedición, hecho que en general ha sido considerado más cruel que necesario, ya que el partido liberal había triunfado en todos los terrenos y la reacción no era posible.

IV

Cuando el país se encontró en estado de paz, consolidada su libertad en el interior y reconocida por las potencias extranjeras, juzgó Rivadavia llegado el momento de proceder á reanudar los vínculos de la nacionalidad. Al efecto, la Junta de Representantes dió la ley de febrero de 1824 ordenando al Ejecutivo que invitase á las provincias á formar un Congreso General Constituyente que uniese los lazos rotos por la anarquía del año 20, invitación que fué aceptada por todos.

La administración del general Rodriguez tocaba á su término: el 9 de mayo de 1824 entregó el mando al general don Juan G. Las Heras elegido para sucederle por la ley del 22 de diciembre de 1823.

Rivadavia se negó á continuar en el gobierno y fué enviado á Europa á promover la inmigración y despertar el espíritu de empresa que trajese capitales á su patria.

Ya al empezar el año 26, Rivadavia estaba de regreso al seno de su patria que se encontraba en ese momento en lucha con el Brasil y ocupada en constituirse.

El Congreso Constituyente estaba reunido. El 8 de febrero de ese año elegía á Rivadavia como Presidente de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, precisamente en los mismos momentos en que se había disparado el último cañonazo de la guerra de la Independencia en Ayacucho. Bolivar con su ejército triunfante, acampaba en la frontera norte de la República Argentina, lleno de gloria y de ambiciones. Dueño á la sazón de Bolivia teniendo por reserva á su espalda el Perú y Colombia, meditaba intervenir

en el régimen de las Provincias Unidas, único obstáculo que se oponían á su dominación absoluta.

Fué entonces cuando Rivadavia se puso al frente del gobierno supremo de las Provincias Unidas, diciendo con resolución: «Ha llegado el momento de oponer los principios á la espada».

El gobierno argentino fuerte en sus principios reaccionó contra el plan absorbente del Congreso del Panamá, y el proyecto de anexar la República Argentina al gobierno de Colombia, quedó desautorizado. Así fué como el genio político de Rivadavia hizo prevalecer los principios de las instituciones libres de las repúblicas independizadas por el genio militar y político de San Martín y Bolívar. Los tres murieron en el ostracismo, pero de cada uno de ellos se conserva la obra que los glorificó.

Las resistencias que Rivadavia encontró dentro del país eran mucho más difíciles de vencer. Desde luego fué el blanco del partido federal; y mientras las armas de la patria triunfan en los Pozos y en Juncal, la oposición se robustece en la Capital y en las Provincias.

El Congreso reunido en 1826 tenía como misión, debatir la forma de gobierno que debía adoptar la Nación. Los unos apoyándose en que las Provincias tenían muy escasa población pensaban que no era prudente despedazar á la Nación en fracciones con el nombre de Estados, cuando de todos ellos apenas podría formarse una república pequeña; otros estaban por la federalización absoluta, y no faltaban tampoco quienes pensaban que algunas provincias podrían agruparse en una sola. La mayor parte se inclinó al régimen federal y sobre ese punto se estableció el debate. Se decía que las provincias estaban decididas por ese sistema y que

una Constitución unitaria produciría como la del año 19 el caos y la disolución. En efecto, en 1819 Santa Fe se dá un Reglamento Provincial que ha sido publicado por Lasaga y que es la primera Carta provincial en nuestro país. Córdoba hace lo mismo en 1821; Entre Ríos en 1822; Corrientes reforma la suya de 1822, en 1824. Naturalmente cada Provincia tiene el propósito de salvaguardar sus derechos contra los de la Nación.

La lucha entre monárquicos y republicanos había concluído, la independencia estaba asegurada; lo único que había que hacer era constituir la nacionalidad; pero es en esto precisamente donde surgen las mayores dificultades, por la actitud resuelta de los dos partidos antagónicos: unitario y federal, representados durante el gobierno de Rodríguez por García y Rivadavia.

Cuando el Congreso Constituyente iba á resolver esta cuestión, Rivadavia expresó sus ideas al respecto en un Mensaje; con arreglo á ellas, se modificó el artículo de la Comisión de Negocios Constitucionales y se estableció que en lugar de ser el Presidente quien nombrara á los gobernadores provinciales lo haría de acuerdo con una terna enviada por la Legislatura provincial.

Generalmente se ha considerado á Rivadavia, dice Lamas, como un unitario intransigente de la escuela francesa, y esto es un error. El Gobernador ó Prefecto, como lo llaman en Francia donde impera el sistema unitario, es un representante, un agente directo del Presidente quien lo nombra y lo renueva á su antojo.

Desde que en la elección intervenga el elemento popular, desde que el electo lo es por tiempo prefijado y no puede ser renovado ni reemplazado por el jefe del Estado, ese nom-

bramiento está fuera del sistema unitario; de modo que si Rivadavia era unitario, lo era como fueron federales los autores de la Constitución de Norte América en 1787. Como ellos, quería la centralización en lo que es indispensable que la haya para poder constituir y gobernar una nación. Hay cosas en que la unidad es cuestión de existencia, dice Tocqueville, quien llama á esta forma, centralización gubernamental y ella está establecida, lo mismo que la Constitución Norteamericana que en la Argentina de 1853.

A las dos se las llama federales, pero en realidad son mixtas, porque admiten principios unitarios en la esfera de los intereses generales. Respecto á los intereses locales y dentro de la esfera de esos intereses, es aplicable con mucha amplitud el sistema federativo. Comparando lo que hoy tienen las provincias, en cuanto á gobierno propio, con lo que aquella Constitución les acordaba, es como puede apreciarse realmente el valor de la obra de Rivadavia. La Constitución del año 26 no era más centralizadora que la que actualmente nos rige, ni importaba mayores limitaciones á los derechos de las provincias.

Igualmente se reglamentó lo que se refiere á la justicia, instrucción, rentas, impuestos.

La oposición estaba lealmente desarmada, porque Rivadavia había hecho una obra patriótica y de conciliación, tomando del sistema federal lo que tenía de bueno y declarando que aunque le parecía el mejor, no creía llegado aún el momento de ponerlo en práctica; el régimen federal iba á ser ensayado, porque federales eran las bases del gobierno, é iría prevaleciendo á medida que el tiempo fuera creando hábitos gubernativos.

Además la Constitución no se imponía á nadie; sería pre-

sentada á exámen y libre aceptación de la Capital y de las Provincias por el órgano de las Juntas que en ella existían; y solo la aceptación de las dos terceras partes de las provincias inclusa la capital, sería suficiente para que se pusiera en práctica entre ellas, conservando relaciones de buena inteligencia con las que retardarían su reconocimiento. Si no era aceptada por las dos terceras partes, la Constitución no se pondría en práctica.

En ese mismo momento la guerra con el Brasil se hacía más y más difícil, pero la inminencia del peligro hizo ceder á los opositores del gobierno empeñados en derrocarlo. Los caudillos y con ellos el partido que encabezaban se mantuvo en resistencia, afirmando que la Constitución, era unitaria porque tenía por base la unidad de régimen, sin querer advertir que la unidad de régimen era necesaria, que reunía á las provincias, constituía la nación y creaba el gobierno. La Constitución fué rechazada, y la guerra civil se incendió en todas partes. Rivadavia no quiso aceptar ni presidir la lucha en el terreno de la fuerza, y cuando esa lucha fué la única posible, abandonó la escena pública en Junio de 1827.

Caído Rivadavia, el Congreso Nacional se disolvió como un cuerpo sin alma, por la inercia de sus miembros. De común acuerdo se declaró que la Nación constituida era imposible, y el mismo gobierno formuló el programa de la disolución, repitiendo las palabras de Bolívar: «La concentración y desunión se han hecho igualmente impracticables. Cada gobierno confiado en su propia fuerza, ha adquirido mayor energía.» Han sido necesarios treinta y cinco años de dolorosas luchas y veinte de bárbara tiranía, para volver al punto de partida.

Desde 1827 empieza la peregrinación de Rivadavia. Pasa á Francia, donde pensando siempre en la patria, se ocupa de verter al castellano la obra que Azara había escrito en francés, tal vez temiendo no ser leído, obra que iba á vulgarizar el caudal de noticias sobre la riqueza de América. En medio de esas ocupaciones, le llega la noticia de que en su país se le hace víctima de injustas acusaciones; se presenta á dar cuenta de los actos intachables de su vida pública y se le niega la defensa. Busca un asilo en la Colonia, pero también pesaba la tiranía sobre las autoridades de la vecina república; en 1836 es arrebatado á sus ocupaciones y deportado á la isla de Santa Catalina; allí le persigue la saña del tirano y pasa á España, donde termina su vida el 2 de Setiembre de 1845 en la ciudad de Cádiz.

Cuéntase que al partir al destierro, Rivadavia dijo á sus amigos:

«Moriré en el destierro, pero con la fé inquebrantable de los altos destinos de mi patria. La tormenta que oscurece á Buenos Aires es pasajera. La República, tarde ó temprano recojerá los frutos de mis esfuerzos. Esta esperanza me hace soportable todo.» Los hechos han respondido elocuentemente á la profesía del gran Estadística.

Veinte y cinco años duró la oscuridad de la República producida por la más desastrosa de las tormentas, la sangrienta tiranía.

Pero veinte y cinco no alcanzan á ser un minuto en la vida de los pueblos.

La tormenta fué efectivamente pasajera y desde el año 52 en que el sol de la libertad volvía á proyectar sus rayos vivificantes sobre nuestro pueblo entumecido por las brutalidades del depotismo, los hombres patriotas reempren-

dieron con ardor, la obra iniciada por el gran Rivadavia. Las administraciones de Gobierno, no han necesitado separarse del régimen que implantó Rivadavia.

El impulso dado á la educación durante estos veinte años no es más que la continuación de la obra diseñada por el verdadero padre de nuestra patria

Era tal la visión del porvenir que tenía Rivadavia que en el año 22 inició la gran reforma eclesiástica que la Francia recién en nuestros días ha creído deber emprender; y para concluir la literatura nacional, á que el gran legislador consagró una gran parte de su dedicación, en ningún período de nuestra historia ha alcanzado un desenvolvimiento tan alto, si se tiene en cuenta, el progreso que la nacionalización del arte implica para un país. Obra fué de Varela, Luca, Lafinur, López, Funes, Gómez, Senillosa y tantos otros que descollaron en el periodismo, en la poesía y en la historia, la aparición de una literatura genuinamente argentina; pues aunque los moldes en que las obras se vaciaron fueron los moldes españoles, las ideas que los llenaban no podían ser sinó argentinas, ya que habían surgido al calor de los hechos gloriosos de las armas patrias, cuyos triunfos cantaban.

Rivadavia estuvo en todo; el bienestar material del pueblo no le ocupó más que su desenvolvimiento intelectual. Quizá fué el hombre que en nuestro suelo comprendió mejor las necesidades del pueblo, sus defectos y sus virtudes.

Tal fué Rivadavia: el gran estadista argentino, el más atrevido reformador de América, el más bien intencionado de sus hombres y el que tuvo el corazón más poderoso junto con la inteligencia más audaz y clarovidente para servir al progreso.

ERNESTINA A. LÓPEZ.

---

## LAVALLE Y DORREGO

### RESÚMEN DE CARRANZA

Lavalle nació en Buenos Aires. Aunque la historia callara su nacimiento, lo diría la naturaleza de su genio.

La savia meridional de su inteligencia; la claridad de su mente, hermosa y serena; la docilidad á las inspiraciones del patriotismo, la dignidad de su alma, el valor en los combates, la modestia después de la gloria, nos dicen que su cuna se meció en esta hermosa tierra que se honra en contarle entre sus hijos predilectos.

Desde temprano abandonó su hogar, desoyó el lloro de sus padres, único lazo que ata á la tierra, y se lanzó al campo de batalla, ofreciendo desnudo el pecho al plomo asolador; luchó con denuedo y murió con gloria.

Adolecente aún, se inició en la carrera de las armas en el regimiento de «Granaderos á caballo», en cuyas filas marchó al asedio de Montevideo permaneciendo allí hasta su feliz terminación.

Organizada y abierta la campaña de la restauración de Chile, al atravesar los Andes, se distingue en el encuen-

tro de Achupayas y conquista un ascenso en Chacabuco.

Su osadía como jefe de guerrilla en el famoso sitio de Talcahuano, hizo que los enemigos le llamasen la *guerrilla colorada*, aludiendo al color del cabello; y en el malogrado asalto de aquella plaza inexpugnable, contribuye á salvar las columnas de infantería cubriendo su retirada.

En la noche triste y desoladora de Cancha Rayada como en el día imperecedero de Maipo, cumplió con su deber entre los más esforzados; y al frente de su compañía siguió para el sur empujando los restos del enemigo, hasta obligarlo á vandear las corrientes apartadas del Biobio, regresando á Mendoza con los despachos de Sargento Mayor que había conquistado en el campo de batalla.

Abierta la nueva campaña sobre el bajo Perú, «el león enjaulado» según la espresión de Bolívar, apenas desembarcó en Pisco, derrotó en Nazca una fuerza realista, incorporándose en seguida á la columna del general Arenales, quien por órdenes de San Martín, se internó en la Sierra para distraer el enemigo por aquella parte, en tanto que la grande invasión se encaminaba al Setentrión.

El seis de Diciembre de 1820 triunfó con Arenales en Pasco, dejando libre de la dominación española las intendencias de Tauna, Huancaya, Huancarelica y Valle de Jauja en la parte occidental de la cordillera.

Ocupada Lima, formó parte de la columna auxiliar que desprendió el protector San Martín sobre el estado del Ecuador—señalándose en el combate de Riobamba, unos de los choques más lucidos de caballería que tuvo en la guerra de la independencia colombiana.

Siguióle de cerca la batalla de Pichincha, que á la vista del Chimborazo probó una vez más la disciplina y bravura del Escuadrón de Granaderos mandado por Lavalle, dejando asegurada la retaguardia del ejército libertador.

Terminada la campaña sobre Quito en 1823, ya con el grado de teniente coronel, é incorporado á la división del general Alvarado, se embarcó para Puertos Intermedios; mas aquella expedición fué desgraciada en Torata y Moquegua, tocando á Lavalle la honra de cubrir su retirada hasta que logró reembarcarse en Ilo.

Pero al bizarro soldado de Ríobamba estábanles reservadas nuevas peripecias.

Es ley fatal de la humanidad que un contraste viene siempre acompañado de otro contraste. La suerte adversa, la fatal estrella le siguió «en el naufragio que siete leguas al sud de Pisco sufría luego el bergantín *Dardo* que lo transportaba con su fuerza.»

«Evitados á duras penas los combates y peligros del mar, tuvo que marchar á pié 36 horas consecutivas, vagando cual Ulises, sin rumbo, por desiertos inhospitalarios, donde crueles padecimientos diezmaron á sus queridos granaderos; cuyos restos fueron salvados providencialmente por algunas partidas enviadas por el comandante Isidro Suarez desde Pisco, á cargo de su segundo mayor Luis Soulanges . . . . .» El comandante Lavalle, consigna aquel en «sus memorias (inéditas) fué encontrado en el acto de «estar con un par de pistolas en las manos para quitarse «la vida, desesperado ya del cansancio y la sed, perdida en un océano de arena y bajo un sol irresistible.»

De vuelta á Lima, se le extendieron despachos de co-

ronel graduado y pasó á operar sobre Chancay, hasta que ocurrida la sublevación del Callao y lastimado por Bolívar, con quien estaba siempre en desinteligencia por el modo brusco con que el libertador de Colombia acostumbraba á tratar á sus jefes, lastimado, digo, su amor propio de argentino, pidió su separación del ejército y se retiró á Chile en 1824.

Apenas llegado á Mendoza, rodeado su nombre de una aureola de gloria, se apresuró á cumplir como caballero la palabra empeñada años antes, vinculándose en 1825 á la respetable familia de Correas de Lareca, siendo nombrado poco después gobernador de aquella provincia, honor que declinó luego para trasladarse á Buenos Aires, pues era inminente un rompimiento con el Brasil y el destino lo llamaba á entrelazar nuevos laureles á los que ya adornaban su espada.

Lavalle, alférez en los muros de Montevideo, teniente en Putaendo y Chacabuco, capitán en Maipú y en el Sud de Chile, sargento mayor en Pasco, comandante en Ribamba, Pichincha y Moquegua, general en Ituzaingo, Navarro, Puente de Márquez, Palmar, Carpintería, Yerba, Don Cristóbal, Sauce Grande, Tala, Quebracho y Failla: fué siempre el mismo, fué como la violeta de nuestros Andes, que anuncia á la distancia su presencia al viajero por la suavidad de su perfume, pero que se oculta á la vista y se ignora á sí misma

Grande entre los grandes, coloso entre los colosos.

En Bolívar y San Martín despertó igualmente la admiración, hasta hacer esclamar al uno: « El comandante Lavalle es un leon á quien es preciso tener enjaulado para soltarle el dia de la batalla »—y al otro—« Lo que

« Lavallo haga como valiente, muy raro será el que lo imite, y el que lo exceda, ninguno.»

Si Bolívar «es el magestuoso Amazonas que se desborda é inunda de bayonetas toda la América; si San Martín es el coloso de los Andes, «Lavallo es el valle frondoso que está en relación íntima con la montaña que le envía los suspiros de su corazón envueltos en el fuego de sus volcanes. Y con el riacho que serpenteando entre los prados y bosquecillos, se une á otros de su clase para formar el coloso de las aguas.

Bolívar es el ígneo Chimborazo. San Martín el solitario Aconcagua, Lavallo es el Tupungato velado por la bruma y que empina su cabeza sobre el horizonte opaco, como si estuviera pendiente del firmamento y separado del mundo.

Al recuerdo de esos hombres, digo mal, de esos héroes, como á la vista de los colosos que ellos simbolizan, el alma enmudece, la palabra no asoma á los labios, porque la impresión que se siente no tiene lenguaje.

Abierta la campaña contra el vecino imperio, tocó á Lavallo inaugurarla en las márgenes de Vacacahí, destrozando una columna Brasileira.

El día fausto de Ituizangó mandaba la izquierda y su conducta allí, donde fué aclamado general, ha merecido ser cantada por la poesía épica de Juan Cruz Varela.

Operaba en las costas del Yaguarón, mientras que el grueso del ejército republicano acampaba en el Cerro-Largo cuando tuvo lugar el combate de Yermal, resultando herido de bala en la pierna derecha.

Lavallo vino á Buenos Aires á restablecer su salud y pudo apreciar de cerca el cuadro sombrío que ofrecía la Capital.

La Capital, á la llegada de Lavalle, presentaba un aspecto tristísimo. Rivadavia, impotente para luchar con éxito contra el partido conspirador, como le llamaban generalmente al encabezado por el coronel Dorrego, que con vastas ramificaciones en los demás pueblos de la república, entorpecía su política, á punto de inhabilitarle para continuar la guerra, tuvo al fin que dimitir el mando ante el Congreso, á mediados de 1827.

Este paso del primer magistrado puso las riendas del gobierno en manos de la oposición, que se agitaba bajo la influencia exclusiva del partido federal, el que dos meses después, haciendo desaparecer al gobernante de transición, lo llevó á la silla del poder.

Pero, oh! fatalidad humana! No hay sér perfecto en la creación. Una nube debía cubrir por largos años la gloria del inmortal Lavalle.

La ejecución de Dorrego y los laureles de Navarro, fué un contraste singular.

Dos hombres se encuentran frente á frente: Lavalle y Dorrego. Un combate se traba entre ambas huestes, corre sangre, numerosos cadáveres siembran el campo de batalla; uno de los jefes, el vencido, inmolado por el vencedor como ofrenda en el ara de las libertades patrias, un cadalzo se levanta y es arrojado en él Dorrego, el infeliz Dorrego, cuya muerte trájica debía reconciliarlo con la opinión contemporánea y con la posteridad.

La historia no debe ser la apología ni el sofisma, por que si ella siente cuando aplaude ó condena, jamás reconoce ídolos, sinó hombres con cuerpo y con sombra. Por eso arde delante de éstos el fuego sagrado que derrama luz y ver-

dad sobre los acontecimientos, en vez del incienso sano que nubla los errores y descolora las pasiones.

Los estadistas en cuyos sanos principios creyó Lavalle deber confiar, le inspiraron como se ha llegado á comprobar, que no sólo era responsable de los destinos de su ejército, sino también de las del partido que encabezaba (que era el unitario) presentándole á Dorrego como la encarnación viva del caudillaje que, disolviendo la nacionalidad, había hecho imposible al gobierno del primer presidente y exterilizado la campaña contra el Imperio.

Es evidente que exasperado Lavalle por las pasiones de un combate fratricida, é inducido por las instigaciones poderosas que suponía emanadas del patriotismo y de previsión política, pensó que era de su deber como jefe del Estado eliminar aquella entidad peligrosa para reorganizar la nación desquiciada.

Si los resultados se encargaran de probar que ese sacrificio doloroso que creyó aquel indispensable hacer, fué el origen de una reacción terrible, conviene no juzgar con el criterio actual una época espinosa, en que la exajeración de ideas predominantes en los partidos, hizo olvidar que César, caído bajo el arma de un conjurado, renació más terrible en Octavio.

Aunque lamentemos el error funesto que aconsejó la inmolación de un hombre cuya vida debió ser sagrada, es forzoso confesar que los factores de este pueblo, profesaban la misma doctrina que Beccaria sostuvo y es hoy repudiado en todas partes: á saber, que la pena de muerte podía aplicarse cuando era una necesidad política.

La revolución francesa que proclamó enfáticamente los derechos del hombre, adoptó como ley suprema el cadalso

sombreado por la bandera tricolor, y rodaron bajo el golpe de esa preocupación, cabezas inocentes é ilustres. . . . . y sin embargo ¿quien se atreve á reprobear tanta imprevisión é inclemencia?

El triunfo sanciona los medios empleados para un gran fin y cohonesto la conducta de los que la alcanzaron. Pero si frustra el intento, entonces se exige estrecha cuenta y se cierran los ojos sobre los móviles que rodearon al gobernante ó al jefe que lo ejecutó.

Este es desgraciadamente un axioma del mundo político. . . . .

Los hombres ceden de ordinario á la influencia de la época en que les tocó figurar, y la filosofía ó la experiencia no alcanzan á desprenderlos de esas ligaduras. De ahí que el criterio, acerca de las acciones humanas, exija conocimiento interno de las circunstancias y de la atmósfera en que se realizaron.

Lavalle, educado en medio del sacudimiento de la América y alumno de las batallas, no puede estar sujeto á medida igual á la de un estadista contemplativo que encerrado en su gabinete, atraviesa una tranquila existencia.

Si á esto se agregan las iniciativas del espíritu de partido pintadas de relieve por madama de Staél, nos explicaremos el vértigo que se apoderó de su cabeza al asumir con osadía y aceptar sin reserva una responsabilidad que en verdad está muy dividida, declarando noblemente que mandó ejecutar al Coronel Dorrego porque lo creyó indispensable á la salud pública y que se entregaba al fallo de la historia.

Esta lo ha dado ya, é inapelable.

Pero cuando aún no se habían apagado las pasiones que

desata la guerra doméstica, reconoció su grande error. . . . . Lloró como Alejandro sobre la tumba de Aquiles, y un arrepentimiento prolongado y veraz va hasta reconciliarlo con la familia del ajusticiado en Navarro.

Nadie ha confesado su imprevisión con más hidalguía que Lavalle, y apenas convencido de que había errado, nunca más quiso ser juez para derramar sangre humana, pues no solo se negó á imponer castigos militares en su ejército, que importaran esa pena, aún sin exceptuar á los espías del enemigo, sino que escudó con tenacidad la vida del coronel Pablo Muñoz en Corrientes, y las del general Garzón y Gobernador Mendez, cuando el día siguiente de ocupada, á viva fuerza, la ciudad de Santa Fé, defendida por estos jefes, se le apersonó una comisión de los suyos encabezados por Vega, exigiéndole á nombre del ejército el fusilamiento inmediato de los prisioneros y demás compañeros por *vía de represalia*.

Pero el año 40, Lavalle conocía mejor el corazón humano, y temió excederse otra vez repitiendo á los que le rodeaban, que su anhelo al volver á la vida pública, era colmar de beneficios á la familia de Dorrego y hacer la más ejemplar expiación de un extravío irresponsable.

A fines de 1839 «dice un testigo fidedigno», mientras el ejército se organizaba en la provincia de Corrientes para abrir la *cruzada libertadora*, una siesta en que Lavalle se paseaba agitado por delante de los que componían el cuartel general, deteniéndose de pronto exclamó con aire arrogante: *Señores: saben ustedes qué día es hoy?* Varios contestaron que ignoraban, pues no tenían almanaque. *No, señor*, añadió, *pregunto la fecha del mes*. Como todos quedaron en silencio, prosiguió: *Hoy es 13 de diciem-*

*bre, aniversario del fusilamiento del Gobernador Dorrego por mi orden.* Al pronunciar estas palabras, levantó la voz y llevó la mano al pecho —*sí, por mi orden,* repitió, pasando la mirada sobre todos los presentes.

« Señores: qué significa este por mi orden, de un mozo valiente de 30 años, que por disponer de quinientas lanzas, atropella las instituciones para quitar del medio al primer magistrado, al capitán general de una provincia? . . . .

« Dorrego debió morir ó Juan Lavalle; no había re-  
« medio; la anarquía se entronizaba. Yo, fuí más feliz,  
« lo vencí; que digo! más desgraciado . . . . acaso no había  
« formalidades que llenar, no había leyes? Ah! señores,  
« yo he sido el que abrió la puerta á Rosas para su des-  
« potismo y arbitrariedades sin ejemplo.

« Los hombres de casaca negra, ellos, con sus luces y  
« su experiencia, me precipitaron en ese camino, haciéndome  
« entender que la anarquía que devoraba á la gran  
« República presa del caudillaje bárbaro, era obra exclu-  
« siva de Dorrego. Más tarde, cuando varió mi fortuna,  
« se encojieron de hombros . . . .

« Pero ellos al engañarme, se engañaban también por-  
« que no era así; Dorrego solo explotó en su beneficio el  
« mal que estaba arraigado en el país como se ha visto  
« después » y haciendo una pausa, continuó: « Si algún  
« día volvemos á Buenos Aires, juro sobre mi espada y por  
« mi honor de soldado, que haré un acto de expiación  
« como nunca se ha visto; si, de suprema y verdadera ex-  
« piación . . . . » y bajando la cabeza quedó callado y  
siguió paseándose.

En el mes de Agosto del año 40, pasando Lavalle por el partido de Navarro al frente del ejército en su marcha

sobre esta ciudad, pernoctó en la estancia de Almeira, donde había acampado en otro tiempo. « Esa tarde—consigna el general Iriarte en unas notas—« Yo le acompañaba  
« y no bien nos apeamos, reconoció el general entre los curiosos que se juntaron en las inmediaciones, al encargado ó mayordomo del establecimiento que hacía doce años no le veía. Poco después, al entrar en la habitación donde en 1828 firmó la orden contra Dorrego, enmudeció y meditó amargamente; — diciéndome luego:  
« *Amigo mío, ¿cuando llegaremos á Buenos Aires, para ro-  
« dear de respeto y consideración á la viuda y á los huér-  
« fanos del coronel Dorrego?* Más tarde se trajeron dos catres, pero el general no pegó los ojos en toda esa noche, sintiéndolo yo fumar ó revolverse en la cama y suspirar de continuo. Al día siguiente de madrugada, continuamos la marcha, y guardó silencio por largo rato.»

Lavalle, naturaleza magnánima, abierta á todos los sentimientos dulces y generosos, á todas las emociones piadosas, á todas las ternuras del corazón humano, manda fusilar á Dorrego por su orden y sin querer oirlo.

Sí, sin querer oirlo; sólo los malvados son huraños á las nobles flaquezas de la sensibilidad; sólo éstos no necesitan cerrar los ojos y los oídos, en los momentos solemnes en que se dispone de la vida de un hombre . . . .

A esa escuela pertenecían Quiroga, Oribe, y otros como ellos; para quienes la sangre humana tuvo menos precio que el raudal en que apagaban la sed de sus parejeros.

Para aquel insigne patriota, la ejecución de muerte que le imponía el imperio de las circunstancias, tal como lo comprendía; la razón de estado, tal como la alcanzaba, en

el drama vivo de su época, era un deber y un sacrificio desgarrador.

Bolívar fué ingrato, inexorable con Díaz; Salaverry con Valle Riestra. La muerte de Dorrego solo prueba la falibilidad humana y nada más. Y si la posteridad ha sabido perdonar á Alejandro la muerte de Clito en medio de la embriaguez de un festin, ¿cómo no se le perdonará á Lavalle la muerte de Dorrego ejecutada pocas horas después de los horrores de una batalla? Dos héroes que lloran sus errores como el vencedor de Aquiles y el vencedor de Ríobamba, merecen por lo menos la piedad de la historia.

El general Lavalle sobrevivió á su error, que para su conciencia era el error de los hombres que tenían autoridad, y de la mayor parte de las influencias que le rodeaban en lo político y en lo militar.

Observémosle ahora bajo esta nueva faz de su vida; en la desgracia que aquilata en la desgraciada deuda que se contrae al nacer; en presencia del egoísmo de los amigos, del ódio sempiternamente calumniador de los que no lo son; de la opinión estraviada por el silencio de unos, por la injuria y la impostura perseverante de los otros.

Todo hombre de conciencia, por elevado que ponga el punto de su crítica al comprometerse en el análisis de los problemas históricos, no debe servir sus pasiones, ni abandonar su serenidad ó su tolerancia, sinó para hacer abominable la superchería que á veces se esconde triunfante en las tinieblas del pasado..!

Lavalle habíase remitido no á la piedad, sino al juicio frio de la historia; y la expresaba imperturbable después de asumir él solo la responsabilidad de sus correligionarios y de sus camaradas; y aunque lo oprimiese más

que nunca la loza sepulcral, según su expresión, no la declinó en ninguna forma, soportándola exclusivamente. Apenas dirá un día con el corazón lleno de amargura y en el secreto de la intimidad: «Ellos callan? déjenlos  
« callar..... iré sólo á la historia con mi tremenda res-  
« ponsabilidad!

Empero, madurado por los años, aleccionado por las ingratitudes, retira su apelación al porvenir, y constituyéndose en su propio juez, se condena á sí mismo con tanto rigor, que desarma completamente la animadversión de los demás.

Considera que la muerte de Dorrego fué un acto más que estéril, funesto; y con emoción ingénua, velados sus ojos por la melancolía, exclamaba: « *Si llego á Buenos Aires, haré una expiación inaudita. . . .* » Y la habría hecho sin ejemplo, nos repite el amigo que más de una vez pudo advertir que una lágrima furtiva se deslizaba de sus pupilas al recordar la sangre del prisionero de Navarro.

Esa reparación póstuma, era su ideal fijo; propósito sin doblez de hombre de corazón y de patriota, porque la patria se identificaba con todo lo que pensaba, con todo lo que sentía, con todo lo que deseaba.

« Mi expiación », decía, « que es deber mío, puesto que  
« cometí un error desastroso, será útil al país, porque ella  
« hará palpable cuán fácil es equivocarse con las mejores  
« intenciones, y por consiguiente cuán tremenda es la res-  
« ponsabilidad de quitar la vida á un hombre. »

Todos los actos sucesivos de su vida demuestran la lealtad de esta confesión.

Y le llamaron ASESINO ! pero le llamó Rosas, el mismo que gobernó 20 años haciendo del asesinato el muelle real

de su administración. Rosas, que siendo ultra centralista, porque era déspota, gritaba «Viva la Federación!» al levantar la túnica de la víctima del 13 de diciembre para convertirla en mortaja de las libertades patrias. El que hizo que la nacionalidad argentina, árbol frondoso del cual cortaban lanzas los guerreros y coronas los poetas, perdiese ramas, hojas y flores; que el pensamiento argentino, lago sereno que retrataba la suprema verdad y la eterna belleza, como el azulado Plata retrata en el cristal de sus nítidas aguas la pálida luna y las estrellas rutilantes, se corrompiese como las aguas del mar muerto.

No eran sangrientos el general Lavalle y su partido. Y los que duden de esta verdad, abran los anales de Rosas y comparen. . . . .

¿Por ventura respetó Rosas la inocencia, ni la sublime piedad filial, ni el sexo débil, ni el sacerdote, ni el saber, ni la virtud cívica?

Nadie puede repetir esa clasificación vociferada por Rosas y sus seides, sin que ella alcance y ofenda á las grandes figuras históricas de la República Argentina.

Su lucha con Rosas, y su vida rendida en ella, lo rehabilitan. Su arrepentimiento, manifestado en sus conversaciones privadas, su declaración oficial de que no venía á sostener tal ó cual partido sino á defender la causa que los pueblos quisieran; sus vacilaciones para resolverse para castigar con la muerte ciertos reos, probablemente por el recuerdo de la ejecución de Dorrego, han persuadido de que cuando la cometió estaba bajo la influencia de un fanatismo que se le había inspirado.

Lavalle se purificó sacrificándose por la justicia; y nosotros, de acuerdo con un pensador, *creemos en el arrepenti-*

*miento de los mártires y en el llanto de los bravos.*

Rebosando un entusiasmo patriótico, abrigó un corazón impetuoso y mostraba en las cicatrices de su cuerpo y en las condecoraciones de su uniforme la prueba solemne de haber lidiado por su independencia en la vasta extensión de la América. Digno descendiente de Hernan Cortés, podía también repetir lo que Luis XII en Aynadel—*«aquellos que tengan miedo pónganse detrás de mí»*.

Era soldado y ciudadano afectuoso en el seno de su familia; amigo fiel, arrogante en sus ademanes, elocuente y dado al estudio; escritor epistolar tan elegante como Brandsen; íntegro, desinteresado, caballeresco, amado de sus inferiores. Cualquiera diría que Cormenin le tomó de modelo al trazar la figura nobilísima del general Foy.

El no sobrevive al desenlace infausto de su cruzada libertadora; fué postrado al pisar los umbrales de una tierra enemiga por la bala extraviada de José Bracho; legando á sus conciudadanos las proezas de Nasca y de Riobamba, como Epaminondas legó al mundo Griego dos hijas inmortales: Leutres y Mantinea. . . . .

Pero en torno de su cadáver, el último grupo de cruzados que le defiende, traba una lucha imponente, digna de la epopeya de Homero, y entre sus Ajax y sus Diomedes, brillan también las espadas de los dorregistas, Olmos, y Benavente, Mancilla y Miró, hasta que apenas menos felices que las hijas de Priamo, colocan á su caudillo inanimado sobre los escudos y van á cruzar el hielo de la Cordillera, empujados por las lanzas de los confederados, que, ebrios de victoria y de sangre, tocan las fronteras de Bolivia en su afán sacrílego de arrebatarse á la tumba la cabeza de aquel campeón de la libertad argentina.

Las sombras ilustres tienen también su limbo, donde esperan la hora de redención y de gloria hasta que llega el día en que la patria libre y reconocida, adorna sus templos, enluta sus banderas é inclina sus armas para honrar la memoria de un soldado del pueblo, muerto por la causa de la libertad, y cuyas cenizas vuelven triunfantes del destierro en brazos de los fieles compañeros que los habían defendido de la profanación y su nombre aparece puro, preclaro en su resurrección histórica, y ninguna nube proyectará sobre aquel la sombra de Dorrego, como ninguna se ha proyectado en las de Moreno, Belgrano y San Martín.

Lavalle y Dorrego se han encontrado y son amigos allá en la inmortalidad.

MARÍA A. CANETTI.

---



